

TEATRO

teldense

Ignacio Morán Rubio

Saulo Torón

Montiano Placeres

Luis Báez

Braulio Guedes

TEATRO TELDENSE

es un libro a medio camino entre la investigación literaria y la animación teatral.

Un trabajo en el que se pone de manifiesto la habilidad del autor a la hora de seguir los rastros desdibujados de los libretos en cuestión, así como el buen quehacer para ensamblar en un *corpus libri* la totalidad de su aportación.

El profesor Morán Rubio, con manifiesta claridad y orden didáctico, explica de forma precisa y elocuente la vida y obra de los autores dramáticos teldenses.

La limpieza de sus textos no deja lugar a dudas. La sencillez del lenguaje no resta contenido ni madurez a sus apreciaciones y juicios literarios.

TEATRO TELDENSE se ha convertido, por méritos propios, en una de esas obras que todo amante de lo nuestro debe poseer en su biblioteca. Leer, releer, declamar y poner en escena estas obras es un reto que debe ser asumido, a partir de esta iniciativa, por las nuevas generaciones.

TEATRO TELDENSE

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE C. CANARIA
N.º Documento <u>92571</u>
N.º Copia <u>92582</u>

TEATRO TELDENSE

IGNACIO MORÁN RUBIO

M.I. AYUNTAMIENTO DE TELDE

Copyright: Ignacio Morán Rubio.
Copyright: Herederos de los autores.
Primera Edición: Abril 1.993
I.S.B.N.: 84 - 606 - 11 89 - 2
Depósito Legal: G.C. 1.240 - 1.992
Composición: Marcos Monzón López.
Al Cuidado de: J. Santos y Lucana Falcón
Imprime: Rapiprint, S.L. - Telde
Edita: M.I. Ayuntamiento de Telde.

Indice

· PRÓLOGO	9
· PALABRAS LIMINARES	15
· NOTICIA DEL TEATRO TELDENSE	19
· SAULO TORÓN:	
- UNOS DATOS BIOGRÁFICOS	27
- SU TEATRO	31
- LA ÚLTIMA DE FRASCORRITA	37
- LA FAMILIA DE DON PANCHO, SUS TERTULIAS Y EL INGLÉS	39
- DUELO Y JOLGORIO	41
TEXTOS:	
· LA ÚLTIMA DE FRASCORRITA	43
· LA FAMILIA DE DON PANCHO, SU TERTULIAS Y EL INGLÉS	69
· DUELO Y JOLGORIO	97
· MONTIANO PLACERES:	
- UNOS DATOS BIOGRÁFICOS	135
- SU TEATRO	137
- LA MUÑECA	143
- LA SIEMBRA	145
TEXTOS:	
· LA MUÑECA	147
· LA SIEMBRA	161
· LUIS BÁEZ - BRAULIO GUEDES:	
- UNOS DATOS BIOGRÁFICOS	201
- SU TEATRO - EL ÚLTIMO MARTIR	205
TEXTOS:	
· EL ÚLTIMO MÁRTIR	209

PRÓLOGO

Pocas veces nos es permitido, en nuestros días, la lectura pausada, casi contemplativa de algún texto. La feroz vorágine del cotidiano vivir hacen del lector de este final de siglo un devorador de letras impresas, más que un “degustador” literario. Es cada vez más difícil encontrar ese hueco que nos permita la lectura comprensiva de una obra literaria. Para muchos de nosotros es la noche el momento adecuado que nos predispone a sumergirnos en la mar de los predicados, los sustantivos y los adjetivos. Y he de confesar que no esperé al final de la jornada para leer y releer la obra que con estas líneas intentamos presentar: “Teatro Teldense”.

Tan pronto como despedimos a su autor, el profesor Ignacio Morán Rubio, nos lanzamos al siempre apasionante hecho de conocer un nuevo texto manuscrito, no exento de renovado interés por “las cosas del pasado”. Quise escudriñar datos del pretérito y cuál sería mi sorpresa cuando, según iba avanzando en su lectura, fui descubriendo la atemporalidad de las obras teatrales allí recopiladas.

Poseíamos unas vagas e indeterminadas noticias sobre el arte de la tramoya en la ciudad de Telde. Algunas notas sobre el asunto en cuestión habíamos tomado años atrás de familiares y amigos, ya ancianos por entonces, que rememoraban viejas tertulias, reuniones sociales o simplemente actuaciones teatrales en las que ellos fueron copartícipes, unas veces como actores y otras imbuidos en la estrecha e incómoda concha del apuntador.

El teatro en nuestra ancestral ciudad, como en cualquier otra de nuestro Archipiélago, no era ni mucho menos, un hecho fortuito o aislado, sino consustancial con la vida misma. El devenir de una

sociedad rural, cerrada, introspectiva, hacía de las relaciones sociales escenas varias del “gran teatro del mundo”. La farsa surgía por doquier, desde el saludo socarrón de la señorita al caballero, hasta los rituales de las visitas a los amigos. Los niños vestidos a la usanza romana o de pistoleros de un lejano oeste hollywoodense, eran o se comportaban como verdaderos actores, no carentes de algunas dotes interpretativas. Pero, claro está, este cúmulo de realidades cotidianas no son el motivo del libro de Morán Rubio, por el contrario, él ha ido entretejiendo su obra después de una larga y concienzuda búsqueda de aquellos libretos de los que apenas un grupo de privilegiados teldeños tenían noticias, nos referimos a las creaciones de Saulo Torón, Montiano Placeres, Luis Báez y Braulio Guedes.

Es por lo tanto el presente un trabajo de investigación literaria en el que se pone de manifiesto la habilidad de su autor a la hora de seguir los rastros desdibujados de las obras en cuestión, así como el buen quehacer para ensamblar en un “corpus libri” la totalidad de su aportación.

Los autores teatrales más prestigiosos hablan de recreación en el buen uso del idioma, no exento de artificios lingüísticos a la hora de definir sus propias creaciones. El teatro necesita hoy, más que nunca, de escritores, lectores y espectadores. Pero, ¿no siempre fue así?

Los datos más antiguos que poseemos sobre representaciones teatrales en Telde datan de la segunda mitad del siglo XIX y debieran estar enmarcados en los llamados “Autos Sacramentales”. La por entonces recién creada parroquia de San Gregorio Taumaturgo, en los Llanos, escenificaba en su plaza de mercado, junto a la iglesia, diversos momentos de la vida evangélica. Algo más tarde y a comienzos del presente siglo, se trocaron dichas manifestaciones teatrales en la llamada Procesión del Encuentro, verdadera puesta en escena de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Los actores no eran otros que la imágenes sagradas del Nazareno, Cristo crucificado, María

Magdalena, La Verónica, San Juan Evangelista, Nuestra Señora de los Dolores y Simón Cirineo. Debajo de los tronos y dando vida a las diferentes escenas, se encontraban un nutrido grupo de jóvenes que se sabían al dedillo lo que iba a suceder, pues no en vano previamente habían leído hasta repetirlo de memoria, el amarillento libreto que se conservaba en el Archivo Parroquial.

También era usual, por entonces, adquirir en la librería Izquierdo, libretos de los autores teatrales más en boga por entonces: Varela, Los Hermanos Alvarez Quintero, etc... para ser leídos e interpretados en reuniones sociales más o menos amplias, acompañados casi siempre por el omnipresente piano. Famosas fueron las reuniones en el domicilio del maestro en música don Andrés Cabrera, donde se declamaba o leía alguna que otra obra dramática. Asiduos a estas tertulias literariomusicales fueron entre otros muchos, Montiano Placeres Torón, Julián Torón Navarro y, a veces, su hermano Saulo, don Patricio Pérez y su hijo Patricio Pérez Moreno, el farmacéutico don Agustín Olorzaga y su hijo, y algo más tarde Braulio y Antonio Guedes Santos, Luis González Corbacho, Luis Báez Mayor y Juan Ojeda Alvarez.

Debemos valorar sobremanera la creación en las primeras décadas del presente siglo de la "Asociación Artística de Telde", de la que fuera promotor y presidente don Montiano Placeres Torón y secretario el ya anteriormente mencionado don Juan Ojeda Alvarez. Tenían como norte sus componentes el llevar la cultura fuera de los círculos reducidos en los que había permacido hasta entonces. Contaban solamente con una gran afición por el arte y una clara conciencia cívica que les hizo impregnarse de ideas sociales avanzadas. La Asociación contaba con el siguiente elenco artístico: primera actriz, la señorita Antonia de la Vega. Cantante, su hermana Emilia de la Vega, ambas hijas de don Ventura de la Vega y las señoritas Dolores Batista y Josefa Martín. Estrenaron numerosas obras en la sede del

Casino La Unión, así como “La Muñeca” de Montiano Placeres, en el Pérez Galdós.

Hecho destacable fue la celebración del cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, acontecido en 1.947. Las autoridades locales no estaban dispuestas a que pasara desapercibido, lo que se calificaba en la oratoria del régimen “aniversario del genio creador más universal de las letras hispanas”. Telde se prestó a conmemorar el hito histórico y lo hizo involucrando a buena parte de la sociedad. El Casino La Unión, la Sociedad La Fraternidad y el Centro Recreativo y Cultural Cánovas del Castillo, realizaron un esfuerzo inusitado a fin de llenar de esplendor dicha efemérides. Veladas artísticas y culturales en las que se entremezclaban los conciertos de piano y violín de la familia Falcón con las conferencias de don Luis Doreste Silva, daban sensación de una apoteosis sin precedentes. Fue por entonces cuando se cambió la nomenclatura de la calle Palmitos, que a partir de ese momento sería conocida por Cervantes. El teatro le ganó terreno al cinematógrafo, no sabemos a ciencia cierta si lo hizo por sus propios fueros o como solución práctica a la diezmada filmoteca, en la que se hacía sentir los ya largos años del aislamiento político. Tenemos noticias de la puesta en escena de varias obras clásicas de nuestro teatro y de la prohibición expresa que recayó sobre alguna obra de don Benito Pérez Galdós, autor éste tan vilipendiado por los poderes fácticos de entonces.

Como puede comprobar el amigo lector, los campos culturales del municipio siempre han estado abonados para que naciera el árbol robusto de la dramaturgia. Saulo Torón nos deleita con “La Última de Frascorrita”, “La Familia de Don Pancho, sus Tertulias y el Inglés”, y “Duelo y Jolgorio”, todas ellas de notable filiación costumbrista. Montiano Placeres escribe “La Muñeca” y “La Siembra”, en donde al lenguaje sencillo y a la vez exquisito le hace hilo conductor de ideas

no carentes de contenidos filosóficos. Luis Báez y Braulio Guedes con unos espíritus más críticos e inquietos y tal vez con una pretendida provocación literaria forman “El Último Mártir”, obra ésta de la que sólo quedaba alguna copia manuscrita y noticias contradictorias. Verdaderos exponentes de un teatro local, que no localista, con ansias de universalidad que permitieron a sus autores introducirse en el teatro desde ópticas individuales e inconexas.

Pero volviendo a la obra de Morán Rubio “Teatro teldense”, debemos exponer y con sumo agrado lo hacemos que ya forma parte, por méritos propios, de esos libros que todo amante de lo nuestro debe poseer en su biblioteca. Iniciativas bibliográficas de este calibre deben servir al estudioso de nuestro pasado a seguir indagando en los tiempos pretéritos, pues somos conscientes que la fuente dista mucho de estar agotada. El profesor Morán Rubio no pudo ni debió sustraerse de sus bien arraigadas dotes de pedagogo, y así, huyendo del artificio retórico, exponiendo con manifiesta claridad y orden didáctico, explica de forma detenida y elocuente la vida y obra de los autores dramáticos teldenses, acercándonos, páginas más tarde, el total del texto teatral rescatado del olvido.

La sencillez del lenguaje de Morán no le resta contenido y madurez a sus apreciaciones y juicios literarios. La limpieza de sus textos no dejan lugar a dudas, es ésta una obra escrita por un profesor que sabe enseñar y lo hace con destreza. “Teatro teldense” debe, repito, ser considerada no sólo por lo que de aporte bibliográfico tiene, sino por haberse convertido en un manual de historia literaria de este municipio grancanario.

Telde, ciudad y comarca del este de la isla más poblada del Archipiélago Canario, saluda esta nueva iniciativa de Morán Rubio, orgullosa de que sea su solar el lugar de gestación y nacimiento de un nuevo libro que realza aún más la contribución de sus hijos a las artes y a las letras del mundo hispano. Leer, releer, declamar y poner

en escena estas obras son un reto que debe ser asumido por las nuevas generaciones que ya no tienen necesidad de tocar en las puertas de los familiares de los mayores, sino simplemente tomar y abrir el libro del profesor Morán Rubio.

ANTONIO MARÍA GONZÁLEZ PADRÓN
Conservador del Museo León y Castillo
Cronista Oficial de la Ciudad de Telde

PALABRAS LIMINARES

Al plantearme la elaboración de este trabajo, además de satisfacer mi ego y mi curiosidad como viejo aficionado al teatro, traté en todo momento de atender a dos grandes objetivos: por un lado, fijar los textos teatrales producidos en Telde, en la medida que fuese posible su rastreo y recuperación. Por otro, contribuir al desarrollo de la animación cultural, introduciendo tan importante factor como es el conocimiento de textos y autores teatrales propios.

Teatro Teldense es pues un libro a medio camino entre la investigación y la animación.

La localización y sobre todo la recuperación de algunos textos con deficiencias de conservación, por tratarse de copias mal hechas o portando notas y correcciones autógrafas, es una labor paciente y minuciosa. Se ha tratado en todo momento de mantener el rigor en la transcripción estilística y literaria.

El objetivo de fijar los textos literarios mediante publicación, se plantea como prioritario al carecer nuestro Municipio de bibliografía específica, incluso en niveles de tratamiento periodístico. Se pretende ofrecer a críticos, intelectuales, autores, directores, actores o aficionados, unos textos sobre los que pueda ir ampliándose la aportación bibliográfica relativa al teatro. Todos los textos que se recogen son, por tanto, inéditos, excepción hecha de **La Muñeca** que

fue publicada en 1.906 aunque no por ello más fácil de localizar.

Los textos dramáticos se acompañan de unos datos biográficos, de notas o reflexiones acerca del teatro que hace el autor y de una aportación crítica a cada obra.

Se consideró importante este utillaje para facilitar la comprensión, el interés y el desarrollo de la animación teatral, al tiempo que se aportan unos conocimientos al lector de nuestra historia cultural reciente.

Partiendo de la convicción de que, como escribe Manuel de la Rosa:

“Se reconoce al espectáculo teatral como un vínculo de cultura con cualidades artísticas perfectas y completas, ya que en él puede darse la síntesis de diversas artes: música, danza, literatura, poesía, oratoria, pintura, escultura y arquitectura.”

Partiendo de esa convicción, es necesario posibilitar un desarrollo de la actividad teatral de Telde en tres direcciones: lectores y público en general; jóvenes directores y actores aficionados; introducir el teatro en la escuela.

Aún siendo importantes todas y cada una de las direcciones apuntadas, consideramos de extraordinario interés el factor pedagógico del teatro, como recurso didáctico en una población que, como en la nuestra, los estudiantes conforman el segmento poblacional más importante.

Tenemos un mundo educativo que pretende, sin conseguirlo, fundamentar la didáctica en medios audiovisuales que, cuando llegan al sistema ya son arcaicos en el mercado y despiertan escaso interés en los alumnos y un derroche de medios en la organización escolar. El teatro es un recurso audiovisual de primer orden, noble y barato, donde la voz y el gesto del actor adquieren el auténtico protagonismo sobre los efectos especiales o el decorado, si los hay. El teatro fórum, el teatro leído, dialogado, escenificado, el expresivo, el mimo, la

pantomima, el teatro de participación, el de improvisación espontánea, el psicodrama... son todos ellos recursos docentes plenamente estudiados y de contrastado rendimiento.

Caterine Dasté, en su trabajo *Una actriz en clase*, hace una viva defensa del juego dramático:

“El juego dramático que favorece la escucha de los otros, que suscita la actividad del espíritu, hace un llamamiento a la creatividad, desarrolla la iniciativa, la facultad de adaptarse a situaciones nuevas, puede ayudar a provocar un clima diferente en la clase y a conducir a enseñantes y enseñandos a descubrir un nuevo modo de relación.”

Teatro Teldense no quiere ofrecerse como un capítulo cerrado de nuestra historia cultural. Por el contrario deseamos, al desempolvar la memoria teatral, contribuir a una reflexión más generalizada y profundo sobre el hecho teatral.

Teatro Teldense quiere alentar a los aficionados de este arte, que en Grecia (Theodomaí) y en Roma (Spectare) dan nombre al espectáculo. El convencimiento para ellos de que en Telde, también se reconoce y valora la animación teatral.

El teatro ha estado y sigue estando en la vanguardia de la cultura.

El autor

NOTICIA DEL TEATRO TELDENSE

Ortega y Gasset comenzaba una conferencia en Lisboa, en Abril del año 1.936, con este símil:

“Supongan que la única vez que han visto y hablado a un hombre coincidió con una hora en que este hombre sufría un calambre de estómago o tenía un ataque de nervios o cuarenta grados de fiebre. Si alguien después les preguntase qué opinión tenían ustedes sobre lo que aquel hombre es, ¿se considerarían ustedes con derecho a definir su carácter y dotes?. Evidentemente no...”

Después de una magnífica aproximación a lo que es el teatro en sus diversas acepciones, termina diciendo:

“... Nuestro teatro actual no está a la “page” de nuestra sensibilidad y es la ruina del teatro. Pero en esas épocas a las que al principio me referí, generaciones y generaciones de hombres han logrado durante muchas horas de su vida, meced al divino escapismo que es la farsa, la suprema aspiración del ser humano: han logrado ser felices...”

Hoy no podemos en justicia, ser tan rotundos como Ortega en la valoración del teatro teldense. No es la ruina de, pero sí una grave enfermedad la que padece la animación teatral en nuestra ciudad.

No hay referencias al teatro en las crónicas de Telde de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX aunque podemos aventurar, por las características de la ciudad y sobre todo por la estructura de su

población, que a partir de la segunda mitad del siglo XVI se inicia la actividad teatral en Telde. Esta fecha que en líneas generales coincide con la aparición del teatro renacentista español, salvando los antecedentes de Juan del Encina, Fernando de Rojas, Torres Naharro y Gil Vicente, constituye, en efecto, el punto de partida de la popularización del teatro a nivel de masas. Los autores son Lope de Rueda, Cervantes y Juan de la Cueva.

Puede afirmarse que no hay pueblo en la España de Felipe II al que no llegasen las compañías de teatro que, cual nuevos titiriteros, representaban en patios, plazas o corrales los Pasos de Rueda o los Entremeses de Cervantes.

La pérdida progresiva de los orígenes religiosos y sobre todo la imagen pública que ofrecen estas compañías por pueblos y ciudades, empezó a provocar el anatema de la Iglesia y en consecuencia a envolver la actividad teatral en una polémica permanente. A finales del S. XVII, ya bajo el reinado de Felipe IV, se cobija al teatro bajo el manto de la corte y empieza a surgir el Siglo de Oro del teatro español.

A pesar de no tener noticias en tal sentido, ¿podemos imaginar a la escasa pero potente burguesía rural de Telde al margen de la moda teatral que se vive en España? ¿Podría entenderse que la pujanza económica de nuestra ciudad no atrajese representaciones de Lope, Tirso o Calderón?. Con toda probabilidad en algún rincón de Telde se escucharon los amores de Frondoso y Laurencia y el grito justo de "Fuenteovejuna, señor", así como las calamidades de Segismundo que con los amores de Astolfo y Rosaura colocan a la naturaleza humana en una vida de frenesí, de ilusión, en una ficción en la "que toda la vida es sueño".

En el siglo XVIII y principios de XIX asistimos a una relajación del teatro español que se corresponde con la ineptitud de los sucesivos gobiernos que llevaron al país a un declive en todos los órdenes. Esta relajación no disminuye las representaciones ni la producción, pero

sí provoca una quiebra en la originalidad y en la calidad que lleva a una mediocre imitación del teatro francés. En este contexto destaca la figura de Leandro Fernández de Moratín que vuelve a establecer la autenticidad del teatro hispano e inicia lo que pasó a llamarse, *comedia de costumbres*. Otro creador de finales del XVIII es Ramón de la Cruz, considerado iniciador del sainete, pieza breve de tema y personajes populares que surgen de la vida cotidiana. Ambas creaciones, *comedia de costumbres* y *sainete*, van a tener gran influencia en el teatro de nuestra ciudad.

Siguiendo en el terreno de las hipótesis, cabe imaginar que los adinerados señores de San Juan, que movidos por el gusto de la época, levantaron magníficas casonas, se hicieron traer objetos de arte peninsular, europeo o americano, construyeron capillas y siguieron con precisión los cánones de la moda; cabe imaginar que promovieran la representación de los renovados Autos Sacramentales de Calderón o de las encendidas comedias románticas de Hartzembusch y de Zorrilla. A falta de noticias contrastadas, deberemos presumir como cierto que el furor causado en la Península por *Los Amantes de Teruel* llegó también a nuestra ciudad; o que el espléndido drama histórico de Zorrilla en el que un pastelero de Madrigal pretende suplantar la legendaria figura del rey Sebastián de Portugal en *Traidor, Inconfeso y Mártir*, no pasase inadvertido para los aficionados teldenses.

No podemos, tampoco, entender como posible que la conmoción escénica que causó durante tanto tiempo la figura de *El Tenorio* no llegase a materializarse en representaciones otoñales del municipio teldense.

Más improbable resulta pensar en representaciones del llamado teatro burgués de Bretón de los Herreros o de Tamayo y Baus, que inician la ruptura del teatro con el verso.

A pesar del éxito alcanzado por el ingeniero José de Echegaray con el primer *Nóbel* de la literatura española, también resulta aventurado

fijar representaciones de su primer teatro postromántico y mucho menos del teatro de ideas que, al estilo Ibsen, trató de introducir el propio Echegaray, Dicenta o Codina. De igual forma habría que rechazar la posibilidad de que estrenase en Telde la gran figura del teatro catalán que fue el tinerfeño Angel Guimerá.

Así pues, parece que en el teatro teldense pudo darse un salto que no concuerda con la historia del teatro español y que le haría pasar de un teatro romántico, tremendamente desenfadado y popular a otro no menos desenfadado y gracioso escrito por los hermanos Quintero, las tragicomedias de costumbres que escribiera Carlos Arniches o a las astracanadas de Muñoz Seca.

De este breve repaso de lo que pudo ser la animación teatral en Telde, puede colegirse que: en primer lugar, hasta Montiano Placeres ningún autor nacido en Telde escribió teatro; en segundo lugar participamos de la idea mayoritaria de que en la historia del teatro deben tener un gran protagonismo las representaciones; en tercer lugar, no hay un teatro-edificio o un lugar específico en el que se hiciesen representaciones.

El primer hito importante, plenamente documentado de nuestra memoria teatral debe fecharse en torno a los años veinte de este siglo. Epoca en la que, si dejamos a un lado 1.905 y 1.906 en los que se publicó y representó, respectivamente, La Muñeca de Montiano, se inicia en nuestra ciudad una verdadera animación teatral en sus vertientes de: producción de textos, información y lectura del teatro que se hacía en el exterior y producción de espectáculos.

El verdadero artífice de este movimiento fue el poeta y animador cultural Montiano Placeres. Un amplio elenco de jóvenes actores y actrices que llegó a conocerse como “La Compañía de Montiano” ensayaban a diario en el barrio conventual de San Francisco, en los locales de la Sociedad La Unión y Recreo de San Juan o en viviendas particulares. La escenificación de piezas, por este grupo debió de ser

numerosa a decir de los testigos de la época y, casi siempre, realizada en los locales del Casino ante una nutrida audiencia.

A los inicios de este grupo se refiere la cita del libro Cuatro Poetas de Telde de Juan Vega Yedra.

“Mientras, en Telde, unos cuantos jóvenes de ambos sexos organizamos un grupo artístico de aficionados al teatro y a la música y proyectamos poner en escena una comedia de los hermanos Quintero, Las de Caín, aprovechando el modesto escenario de que disponía el Casino local y para los ensayos la casa de los señores Ascanio...”

La producción teatral de estos años concentra la mayor parte de los textos que conocemos y gira en torno a dos autores: Montiano Placeres que escribe La Siembra y La Vida Continua Sorpresa; Saulo Torón con tres piezas, Duelo y Jolgorio, La Última de Frascorrita y La Familia de D. Pancho, sus Tertulias y el Inglés.

Unos años después, y ya en plena Guerra Civil, Luis Báez y Braulio Guedes escriben en colaboración, El Último Mártir. Con anterioridad se habían roto en Telde, como en tantos lugares, todo tipo de manifestaciones culturales y de divertimento. La Sociedad Obrera Republicana fue una de las instituciones locales que más aportan al quehacer cultural de estos años.

Los años posteriores a la guerra, durísimos para la sociedad isleña, se caracterizan por una absoluta sequía no sólo en la actividad teatral sino en todos los órdenes de la cultura.

A partir de los cincuenta, en pleno vendaval cinematográfico, se reinicia una tímida animación teatral en el Instituto Laboral, creado en 1.954, y ya de forma más sistemática en el que se inauguran las instalaciones de este centro de Segunda Enseñanza.

El Instituto, cuenta con el primer salón de actos del municipio que reúne características aceptables para la representación teatral; en él y bajo la tutela del Departamento de Literatura, experimentaron

fugaces grupos de jóvenes actores en los años sesenta y setenta que no llegaron a cuajar.

Los años de la Transición Política, traen una efervescencia cultural que tiene su reflejo en el municipio. Compañías nacionales escenificaron en el magnífico patio porticado de la Casa Condal su repertorio de teatro clásico. También en esta primera legislatura democrática se incician, con más ilusión que método, los primeros talleres culturales del municipio, en los que está presente el teatro y el mimo. Esta idea cultural fue abortada por el Ayuntamiento al clausurar las instalaciones utilizadas.

En el segundo mandato municipal se recupera, por el Departamento de Cultura, la idea del Taller de Teatro y bajo la dirección de Klótticas se establece, en el número cinco de la calle Conde de la Vega Grande, el grupo más estable y de mejores resultados. En esta misma legislatura, siendo Alcalde Aureliano Francisco Santiago Castellano, se inaugura la Casa de la Cultura que dispone de uno de los mejores teatros de la Provincia.

Con la Casa de la Cultura se consolida en el municipio una parte importante de la idea de teatro, el ámbito escénico o la idea espacial de teatro.

Según planos del arquitecto Navarro Cáceres, el "teatro" se concibe como un salón multiusos, perfectamente adaptado y dotado para espectáculos audiovisuales y teatrales.

La arquitectura escénica se rige por el llamado sistema en T, que enfrenta a la Sala con la Escena y todo el espectáculo gira en torno a un eje perpendicular a la boca del escenario. La tradicional herradura se sustituye por una grada en bandeja, en línea con las salas de cine y de acuerdo con la concepción moderna que democratiza el espacio, rompiendo con la imagen de estratificación social que daban los palcos.

Con el apoyo de esta importante infraestructura, en estos años se

planifican ciclos teatrales, se participa de circuitos y se aprovechan giras que pasan por las Islas, pero el evento dramático de mayor envergadura es la participación, como subselección, en el Encuentro de Teatro III Continentes que cada año tiene lugar en la localidad de Agüimes.

El grupo Tabercorade es netamente teldense. Nace y ensaya en el barrio de Lomo Magullo si bien su ámbito de animación alcanza a todo el municipio. Refuerzan su formación en sucesivos cursos organizados por el Cabildo Insular e impartidos por prestigiosos ponentes catalanes. Llevan a la escena varias obras. Su último trabajo, *Las Espiritistas de Telde*, es una adaptación teatral de la novela de Luis León Barreto del mismo nombre. Tabercorade es uno de los pocos grupos teldenses que han estrenado fuera del municipio.

La Siembra es la primera obra de autor teldense que se representa en nuestra ciudad. La puesta en escena tiene lugar en el año 1.985 en el teatro del Instituto José Arencibia Gil, a cargo de un grupo de actores aficionados del Instituto de Ingenio, coordinados por el abogado y profesor Marcos Ascanio.

En la actualidad la infraestructura para la práctica y asistencia a eventos teatrales, sin ser suficiente, puede decirse que es importante. A las dos salas ya citadas hay que añadir un buen número de Locales Sociales, Centros de Primaria e Institutos que cuentan con salones fácilmente habilitables para esta práctica.

El número de representaciones que se ofrecen supera, en los últimos años, la veintena de promedio anual en el municipio de Telde.

Así pues, la causa de la enfermedad aludida al inicio de esta Noticia, hay que buscarla en la producción, tanto en la producción literaria como en la producción de espectáculos. Es una enfermedad que está afectando al cuerpo del teatro y que, de no ponerle remedio, acabará por estrangular la asistencia a las sesiones que se programan en Telde.

Hoy el campo del teatro moderno se ha ampliado enormemente tanto en el aspecto formal como en el tema a dramatizar. Ya Rousseau en una cita que recoge Gastón Breyer, previó un cambio de rumbo en este espectáculo:

“Plantad, en medio de la plaza, un mástil florido y reunís al pueblo y tendréis una fiesta; dad como espectáculo a los espectadores mismos, haced que ellos mismos sean actores, haced que cada uno se vea en los demás...”

Un cambio de rumbo que no está fijado ni mucho menos. Las compañías experimentan continuamente en un alarde vital de uno de lo espectáculos más antiguos que se conocen.

Con toda seguridad los grupos que surjan en nuestra ciudad, tendrán que dar un nuevo salto en el devenir teatral y enlazar con la animación de alta calidad dramática que ya se está haciendo en el Centro Insular de Cultura y desde la propia Universidad de Las Palmas.

SAULO TORÓN

UNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Joaquín Artilles en su Historia de la Literatura Canaria, incluye a Saulo Torón junto a Tomás Morales, Alonso Quesada y Manuel Verdugo, en un capítulo titulado: Los Poetas Mayores. Ciertamente Saulo es uno de los grandes poetas de la literatura canaria y, sin lugar a dudas, el mejor poeta que ha dado la ciudad de Telde.

Saulo León Torón Navarro, nacido en Telde el 28 de Junio de 1.885. Huérfano de madre, es trasladado a Las Palmas a muy temprana edad. A lo largo de su vida cultivó numerosos lazos que le unieron a su ciudad natal.

Estudia con su padre y, sobre todo, con su hermano mayor, el poeta precursor del intimismo y gran animador cultural, Julián Torón. Obligado a trabajar desde pequeño, ejerció los más variados oficios hasta que entra a trabajar en la Compañía Carbonera Canaria a la que continuará ligado hasta su jubilación.

Tomás Morales, Alonso Quesada y Saulo Torón disfrutaron de una gran amistad, a pesar de tener temperamentos personales y aún poéticos distintos. Los tres apoyaron y respetaron sus respectivas trayectorias y cuando éstos se separan definitivamente, Alonso Quesada muere en 1.925 a los 39 años y Tomás Morales en 1.921 a los 36 años, Saulo añora y siente la pérdida de sus amigos personal y poéticamente.

En gran parte de su producción poética hace concesiones al Modernismo, aunque el sentimiento más verdadero surge de un intimismo convencido y practicado. El andamiaje de la lírica de Saulo, está mucho más cerca de Machado que de Rubén Darío.

Hasta 1.932 mantiene una producción muy intensa: artículos periodísticos; poesía satírica publicada en los diarios Eco y El País, recopilada por Joaquín Artilles en el volumen Poesías Satíricas de Saulo Torón editado por la Macomunidad de Cabildos de Las Palmas en 1.976; tres libros de poesía, Las Monedas de Cobre (1.919), prologado por Pedro Salinas, El Caracol Encantado, con prólogo de Antonio Machado, y Canciones de la Orilla introducido por Enrique Díez Canedo. En esta época de los años veinte se fechan las obras que componen su producción teatral: La Familia de Don Pancho sus Tertulias y el Inglés, Duelo y Jolgorio y La Última de Frascorrita, que se incluyen en este libro y hasta ahora totalmente inéditas.

Desde 1.932 hasta 1.963, año en el que adelanta parte del contenido de lo que será su cuarto libro, Frente al Muro. Resurrección y Otros Poemas que se edita íntegramente en 1.970 con sus Poesías Completas, hay un largo vacío, un silencio prolongado y deseado por el poeta.

Saulo, sin ser un animador cultural, ni un agitador político, ni un activista social, observa y sufre la situación en la que vive. No hay en él alardes de rebeldía, sin embargo posee un sexto sentido para hacer certeros juicios de situaciones y personas que pone al servicio de la poesía con un adobo irónico que le permite influir sobre la actualidad de su tiempo. Especial interés cobra, en esta línea, El Tablado de la Farsa, en el que, si bien la contribución poética de Saulo es decisiva, colaboran reconocidos poetas, Tomás Morales, Claudio de la Torre, Alonso Quesada... Estos intelectuales se posicionan claramente, en ocasiones apasionadamente, sobre temas de actualidad: la dualidad germanófila-aliadófila, la política y los políticos locales, la sociedad

canaria con sus miserias, atrasos y virtudes...

Saulo Torón murió en Las Palmas el año 1.974 a los 89 años de edad. Una larga singladura para morir frente al mar que siempre tuvo:

“Y he de morir ¡oh mar! he de morir
como una ola más en tu ribera.”

SU TEATRO

Saulo es ante y por encima de todo un poeta, un poeta que deja una de las obras más vastas y más hondas de la literatura canaria. Quizá un poeta poco conocido en el Archipiélago; desconocido entre sus paisanos y poco reconocido entre los intelectuales y dirigentes de su ciudad natal.

Saulo no fue un hombre al que preocupase en exceso la divulgación de su obra, más bien todo lo contrario; siempre quiso que lo dejaran tranquilo, no estar al paio de políticos o ejecutivos editoriales. Tal vez a eso se deba el hecho de que su teatro permanezca inédito y absolutamente desconocido.

Isabel Torón, hija del poeta, recuerda la negativa indolente de su padre a desempolvar estas obrillas, hechas en un momento determinado y en un contexto de animación sociocultural de la ciudad de Las Palmas realmente especial. Recuerda la insistencia con la que el Alcalde y Senador por Gran Canaria, Juan Rodríguez Doreste, buen amigo del poeta y de la familia, reclamaba de Saulo Torón la puesta en limpio de los manuscritos de estas obras, por lo visto con bastante poca fortuna. Un día se presentó en casa y mientras subía las escaleras hacia el despacho le iba diciendo a mi padre: "Venga Saulo, dame esas obras que yo las mecanografié y en unos días te las devuelvo". Mi padre cogido por sorpresa solo decía: "este Juanito,

este Juanito". Efectivamente, don Juan a los tres o cuatro días volvió con las obras originales y las mecanografiadas.

Esta anécdota nos permite conocer tres cuestiones directamente vinculadas al teatro de Saulo Torón.

El poeta participó de forma activa en el movimiento sociocultural que se dio en Las Palmas en el primer tercio de siglo. Lo hace de manera especial en la zona portuaria, donde su hermano Julián fundó la Sociedad El Recreo, de brillante trayectoria cultural. En ella se estrenan sus tres obras con decorados de Néstor y Colacho Massieu.

La transcripción que ahora se edita, fue hecha por el desaparecido político y destacado escritor Juan Rodríguez Doreste, directamente de los textos originales.

El convencimiento y la persuasión del autor de que estas obras habían sido hechas en un momento determinado y no deberían tener otro interés del que tuvieron en el momento de ser representadas. Probablemente Saulo Torón consideró que su auténtica obra era la poética y por ello entendiéase ésta como una aportación menor a la literatura.

Fuera como fuese, estas obras han llegado hasta nosotros y constituyen, por muchos aspectos, parte importante de la creación de este autor teldense y una contribución nada despreciable a la corta historia del teatro en nuestra ciudad.

Todas las referencias que se hacen al teatro de Saulo Torón, probablemente hechas a su vez por referencias, las definen genéricamente como de ambiente costumbrista. Esta apreciación aún siendo correcta, es vaga e imprecisa; mete en igual saco, a un teatro de autor, de tema y de calidad escénica, que a tantas recreaciones costumbristas de temas puntuales hechas con el único objetivo del divertimento.

El teatro de Saulo Torón, que compartió cartelera en Las Palmas con obras de Alonso Quesada y el dramaturgo belga Maurice

Maeterlinck, es un teatro de indiscutible rigor literario, que utiliza el lenguaje popular porque populares son sus personajes y en consecuencia las situaciones o escenas en las que se encuentran, pero es costumbrista porque Saulo sabe que es la mejor, quizá la única, forma de que su obra llegue y divierta al público que va a verla.

Los diálogos de Saulo, al igual que los de Pérez Galdós, son agudos y escuetos. Hay pocas concesiones a la divagación, es como si pretendiese llevar al escenario temas cotidianos, en lenguaje cotidiano, bajo su óptica de lírica desnuda.

Como hombre culto que es y como escritor intuitivo, conoce y maneja los recursos del autor dramático. Utiliza el golpe de humor, la posición forzada de la escena, el contacto con el público, las entradas y salidas de los personajes, los diálogos cortados... con notable maestría. Participa en fin, como tantos otros poetas de la animación que posibilita el teatro, sin ánimo de cortar ni aún modificar su auténtica vena poética, tal como hiciera, Montiano, Quesada, Lorca, Hernández...

Únicamente en *La Última de Frascorríta* recurre a la tragedia que supone matar a un personaje como desenlace y forma de concitar la máxima reflexión. En las otras obras, *La Familia de Don Pancho*, *sus Tertulias y el Inglés*, y *Duelo y Jolgorio*, utiliza, como único instrumento, cual auténtico bisturí, la sátira, manejada por igual en situaciones cómicas que en otras más comprometidas.

La temática de su obra, ajena a los grandes temas de su ideario poético, es muy amplia y constituye un auténtico repaso a la situación y al interés de la sociedad Gran Canaria en los inicios del siglo.

Frascorríta, encabeza el personal que pretende sin poderlo, vivir de las apariencias, mientras que Antoñita sentencia la apariencia de los ricos.

De La última de Frascorríta:

FRASCORRITA: Ni a mí ni a mi marío nos ha gustado nunca quear

por debajo. Cuando se cristianó mi difunta hija Filomena, que en Santa Gloria esté, jasta don Marcial, el escribiente del Juzgado, que lo convidó mi marío, se quedó asombrado... Ni en las casa de gente rica dijo él que había visto en la vía, derroche semejante...

ANTOÑITA: ¡Los ricos, señora...! Esos menos que naiden... Mucho lujo, mucho trapío y mucho repique de campanas... Pero lo que es de aquí... (*Señalándose a la boca*).

El mal de ojo, los hechizos y los asuntos supersticiosos, la brujería... son temas tan arraigados en la sociedad que también están presentes en el teatro de Saulo.

De Duelo y Jolgorio:

MARIQUITA: ¿Qué se le pierde tan temprano por aquí...?

T. CHISPITA: Mi nieta Encarnación que me mando a buscar pa que le santiguara a un chico que tiene con mal de ojos...

S. NICOLASA: ¿Qué me cuenta...? ¡Mal de ojos...! Pues mire, tío Chispita, mejor sería que mandaran a buscar a Frasquita la bruja... que en esas cosas de males y hechizos es toa una médica... ¡Y qué buena que es, quería...!

La situación de los obreros es muy delicada. La falta de trabajo y de una cobertura social mínima, hace que las posiciones de la clase obrera vayan radicalizándose en estos años de forma cada vez más preocupante.

De Duelo y Jolgorio

ANDRÉS: No hay peros ni manzanas... ¡ni vergüenza, recontra! ¡Pues no lo he de decir...!

GREGORITO: Pero si no sacamos nada de protestar... Ya vé usted lo que le pasó a Mateo Jilario, que por mucho protestar, con o sin razón, tuvo que salirse escafiendo pa La Bana.

ANDRÉS: ¿Y por qué, Gregorito, por qué...? Por lo que dije en denantes, porque aquí no hay vergüenza ni unión entre los trabajadores...

En la sociedad isleña también se sienten con virulencia los conflictos Iglesia-Estado y consecuencia de ellos son las posiciones clericales y anticlericales, de tan funestas consecuencias en la historia de nuestro país.

De Duelo y Jolgorio:

ANDRÉS: Con los curas sólo, no, que algunas veces le pega también con los frailes...

GREGORITO: Porque conviene, Andresito, porque conviene. Hay que ser republicano... Y ya que usted los nombra. ¿A qué no sabe usted en que se parece un fraile a otro fraile...?

La Primera Guerra Mundial y la posición española se convierte en el acontecimiento que viene a convulsionar la sociedad canaria, especialmente sensible a conflictos internacionales. El tema se recoge ampliamente en el texto teatral.

De Duelo y Jolgorio:

TORIBIO: ¿No saben ustedes lo que pasa?

D. POLICARPO Y D. BERNABE: *(Simultáneamente)*. ¿Qué?

TORIBIO: ¡Qué los rusos piden la paz... que los italianos ya no seguirán luchando porque se les acabó el carbón... y que en España se está armando la gorda para echar a los ingleses de Gibraltar...!

D. POLICARPO: *(Con ansiedad)*. ¿Pero eso es cierto...?

TORIBIO: ¡Pues ya lo creo!. Como que me lo acaban de decir ahora mismo en la botica de enfrente...

En realidad domina la posición de...

D. POLICARPO: Si yo fuera Gobierno haría con los que escriben y peroran en contra de los alemanes, tan fuerte escarmiento, que se habrían de acordar de mí hasta más allá del juicio final... Y luego dicen y critican de Sánchez Guerra, ¡el mejor gobernante que tenemos!. Porque quiso meter en collera a los revoltosos que pretendían descoronar al rey pa irse a favor de Inglaterra y

Francia...

Aunque Saulo Torón no participó nunca directamente en política, la política municipal y en particular, la tensión que llegó a generar el bipartidismo alcanzaba a cualquier debate o tertulia. Los poetas de su generación también tomaron partido y el propio Saulo escribe poemas satíricos aludiendo a estos temas. En varios pasajes de su teatro hace referencia a la pugna política entre conservadores y liberales, pero en el desenlace de *La Familia de Don Pancho*, sus Tertulias y el Inglés se refleja con mayor calor, casi con hilaridad.

De La Familia de Don Pancho sus Tertulias y el Inglés:

D. PANCHO: ¡El grosero es usted...!

D. TORIBIO: ¡Usted!

D. PANCHO: ¡Usted!

D. TORIBIO: ¡Usted!

CARLITOS: (*Interviniendo*). Pero, papá, por Dios...

D. PANCHO: (*A su hijo*). ¿Tú también...? ¡Quítateme delante...!

ROSITA Y PACITA: ¡Dios mío del alma...!

DOÑA RITA: ¡Cálmate Pancho...!

D. TORIBIO: Su marido señora es un mal educado, un intransigente, un... (*soltando el último ultraje*) ¡leonino!

D. PANCHO: ¡Póngase en la calle!

Convencidos de no exagerar, podemos calificar esta aportación teatral como una verdadera crónica dialogada de su tiempo. Una crónica inteligente, jocosa, didáctica y sobre todo divertida.

SAULO TORÓN

LA ÚLTIMA DE FRASCORRITA

Se trata de una pieza ambientada en los años veinte. El autor la subtitula, *Sainete Trágico* y está escrita en un solo acto que se articula en diez escenas.

Diez actores dan vida a los personajes, siendo Frascorríta, el señor Pedro y Manolito Sandunga los protagonistas de la obra.

La trama se desarrolla en el Puerto de la Luz. La argumentación es sencilla, ajustada a los objetivos que Saulo se propuso al escribir la pieza.

Una familia pobre se dispone a celebrar el bautizo de su hijo. La ocasión se presta al retrato de relaciones y situaciones entre las clases más populares: las apariencias, los actos religiosos, el exceso de bebida...

El autor utiliza un lenguaje popular, manejado con gran precisión, poniendo en boca de cada personaje expresiones y giros utilizados habitualmente por el colectivo a que pertenece.

El ritmo del teatro de Saulo y de esta obra en particular es muy vivo. El autor quiere manifestar la fuerza del diálogo por encima de la hondura de la reflexión. Sus personajes dialogan con naturalidad, a veces con pasión natural. Los canarismos fluyen naturalmente, sin posiciones forzadas por el humor u otras consideraciones. Los toques de humor vienen de fuera y adquieren gran protagonismo en

la obra. Su valedor es Manolito Sandunga el andaluz, gracioso, exagerado, mentiroso...

La Última de Frascorrita, obsérvese que la propia expresión del título es un giro habitual en el léxico canario y hace referencia a la fiesta o a la celebración, es una pieza escrita sin grandes pretensiones literarias; como las tres restantes, para ser representadas de inmediato. A pesar de ello, evidencia la facilidad del poeta para seleccionar y definir personajes; para mantener la viveza y atención de los diálogos y del espectador y, sobre todo, para exponer con acierto una situación social o personal, ya sea festiva o dramática.

LA FAMILIA DE DON PANCHO. SUS TERTULIAS Y EL INGLÉS

La Familia de Don Pancho. Sus Tertulias y El Inglés, es con toda probabilidad la mejor pieza de teatro que escribe Saulo Torón. La subtítulo Sainete Isleño y está estructurada en doce escenas que componen su único acto.

Participan en los diálogos once personajes que conforman un elenco compacto por su protagonismo, en el que sobresale, si cabe, doña Rita y don Pancho, que son el eje del argumento.

Esta obra se ambienta en la segunda década del siglo XX y en su temática se abordan las cuestiones más importantes de la época, presentes en las reuniones de una sociedad acomodada capitalina.

La trama argumental es más compleja que en las otras piezas. La tertulia de la casa de don Pancho se convierte en la tribuna por la que el autor hará desfilar temas y protagonistas. Las relaciones con el servicio, la situación económica, la Guerra Mundial, la juventud, la política... La familia de don Pancho es una familia acomodada, que ha venido dedicándose a la exportación de plátanos. Tiene dos hijos, Carmencita y Carlitos, para los que se pretende caminos en la vida bien diferentes. A las tertulias asisten Rosita y Pacita que vienen a representar la sociedad más reprimida. Componen la totalidad del cuadro, don Toribio, tío de Juanita y adversario político de don Pancho y Mr. White, amigo de Carlitos que aporta la particular visión del extranjero sobre las cosas del país.

Ciertamente la obra no tiene desperdicio en su contenido. A lo largo de este diálogo se suceden numerosos análisis que desembocan en rápidas y certeras matizaciones. El nivel expositivo de la obra se inicia en cuestiones domésticas para ir elevándose a temas de mayor

envergadura, hasta llegar al nivel dramático más alto, que se concreta en la discusión, más bien pelea, entre conservadores y liberales. En medio quedan los temas económicos, la estrecha vigilancia sobre los novios, los primeros escauceos turísticos y la visión de Mr. White de nuestra España de pandereta.

La pieza tiene un desarrollo muy ágil, el autor introduce numerosos recursos dramáticos entre los que destaca el mantenimiento en escena de varias conversaciones simultáneas que configuran la tertulia.

El hecho social de la tertulia fue muy frecuente en la época. Existieron tertulias en Madrid, en Las Palmas y en nuestra ciudad adquirió especial resonancia la de Montiano Placeres. Este elemento de animación cultural se articulaba, generalmente, en torno a uno o varios líderes de gran talla intelectual.

Aunque se introducen frecuentes canarismos, el léxico es mucho más variado y ajustado a la ortodoxia de la lengua, en simpatía con el mayor nivel cultural de los protagonistas. El localismo o costumbrismo, no obstante queda patente en la peculiaridad de las observaciones y en una particular puesta en escena.

La Familia de Don Pancho. Sus Tertulias y el Inglés, constituye una obra que encierra numerosos recursos de análisis social, histórico y literario muy válidos para una utilización didáctica de la pieza.

SAULO TORÓN

DUELO Y JOLGORIO

Duelo y Jolgorio es la obra más popular y costumbrista de las tres piezas teatrales escritas por Saulo Torón. Lo popular y costumbrista se aprecia en la extracción social de los personajes, en sus reacciones, costumbres y lenguajes, en los temas que aborda y cómo los aborda. Se trata, como lo indica el poeta en la acotación al título de, Escenas de la Vida Isleña.

La acción se desarrolla en la ciudad de Las Palmas, coincidiendo en el tiempo con la llamada Guerra del Catorce, en realidad la Primera Gran Guerra. El plantel de personajes lo cubren catorce actores, sin que haya protagonistas definidos. La pieza de un solo acto, se compone de dos cuadros, toda una novedad en el teatro teldense, perfectamente diferenciados. El primero, formado por diez escenas aborda el contenido de la primera parte del título, es decir, el duelo. El cuadro segundo, integrado por ocho escenas, se refiere al jolgorio que sigue al duelo.

El cuadro primero trata temas domésticos, tales como el difícil mundo laboral, los abusos patronales, la escasez de jornales, la rivalidad entre los obreros, la brujería, el curanderismo... Temas, todos, de un profundo arraigo en una sociedad de graves carencias.

El cuadro segundo, quizá por las profundidades a que empuja el alcohol, se reserva a temas de mayor enjundia. Se analizan en clave de humor, la forma en que se difunden las noticias del exterior, sus

deformaciones, el radicalismo clerical y anticlerical, las posturas germanófilas y aliadófilas y, como no, la influencia del parrandeo en la familia.

Duelo y Jolgorio es una obra de gran frescura. La naturalidad y agilidad de los diálogos, hacen de esta pieza, una de las más atractivas de la producción teatral de Saulo.

La superposición de dos conceptos antagónicos como son el duelo y el jolgorio en una sola obra hay que entroncarla en la propia realidad social que convierte estos eventos en grandes acontecimientos de comunicación y distracción tal y como se refleja en la obra.

De Duelo y Jolgorio:

GREGORITO: A mí no me digan. Esto de los entierros tiene sus atractivos... Se distrae uno un rato y ... vamos que llega uno a desear que hayan difuntos todos los días.

Conviene resaltar el trato preferencial que se dispensa a la Guerra del Catorce. Es un tema de mucha vitalidad en las tertulias y debates de la época y está presente en la práctica totalidad de escenas de la segunda parte de la obra.

LA ÚLTIMA DE FRASCORRITA
(Sainete trágico en un acto)

Saulo Torón

PERSONAJES

FRASCORRITA, 40 años.

ANTOÑITA, 40 años.

IRENITA, 30 años.

ISABELITA, 20 años.

MARIQUITA, 20 años.

LA FAÑOSA, 60 años.

SEÑOR PEDRO SANTANA, 45 años.

TIBURCIO, 30 años.

MANOLITO SANDUNGA, 30 años.

EL TOLLO, 25 años.

UN HOMBRE, 30 años.

Tocadores, hombres, mujeres y chiquillos del pueblo.

Época: Los años veinte.

ACTO ÚNICO

Salita de casa pobre en el Puerto de La Luz. Puerta al fondo y dos laterales. La del fondo da a la calle y al interior de la casa las laterales. En el fondo, a la derecha, una cómoda, sobre ella un cristo y un velón apagado. A la izquierda, una mesa con botellas y bandejas llenas de dulces. Cuadros de asuntos religiosos en las paredes. Sillas distribuidas por la escena. La acción empieza por la tarde y termina de noche.

ESCENA I

FRASCORRITA. ANTOÑITA. VECINA.

Preparando el refresco para cuando lleguen los convidados.

FRASCORRITA: Pues hija, de too se quejarán, pero de que semos míseros... Mire qué bandeja de bizcochos... *(Mostrándole una bien colmada)*.

ANTOÑITA: ¡Señora, qué van a decir...! Ya quisieran ellos encontrar en toas las últimas la abuncancia que hay aquí... ¡Si esto parece una confituría!

FRASCORRITA: Y lo puee usted decir.

ANTOÑITA: ¡Ya lo creo!

FRASCORRITA: Ni a mí ni a mi marío nos ha gustao nunca quear por debajo. Cuando se cristianó mi difunta hija Filomena, que en Santa Gloria esté, jasta don Marcial, el escribiente del Juzgado, que lo convidó mi marío, se quedó asombrao... Ni en las casas de gente rica dijo él que había visto en la vía, derroche semejante...

ANTOÑITA: ¡Los ricos, señora...! Esos menos que naiden... Mucho lujo, mucho trapío y mucho repique de campanas... pero lo que es de aquí... *(Señalándose a la boca)*.

FRASCORRITA: Y así andan ellos, que parecen encanijaos... Tome, maténgame el fonil...

ANTOÑITA: Traiga p' acá... Échelo ahora.

FRASCORRITA: *(Trasegando vino de un garrafón a una botella)*. No lo suelte... Vaya. Ponga la botella allí encima. *(Señalando la mesa que está a la izquierda)*.

ANTOÑITA: Oiga, y qué buen olfato tiene... Este e de cuatro duros la botija, lo menos.

FRASCORRITA: Pues no le digo... Lo mandó Tiburcito, mi compadre... Bueno si parece que es...

ANTOÑITA: ¡Ya lo creo...! Y que tienen aquí aceite pa mientras le quee mecha a la lámpara... Oiga, ¿y estos bollos los mandó también Tiburcito...?

FRASCORRITA: No, señora, esos bollos se los encargué yo a Micaelita Jiménez, que me los trajo de la ciudá.

ANTOÑITA: ¡Ah! (*Pausa*). Bueno ya está too arregalo... Ajulee esas moscas...

FRASCORRITA: ¡Éstas, rayos...! ¡Pa qué habrán mandao Dios estos bichos al mundo...!

ANTOÑITA: Es verdá, señora; ¡pa fastidiar naa más...!

FRASCORRITA: (*Mirando a la calle por la puerta del foro*). Entoavía la gente no aparece...

ANTOÑITA: ¿Entoavía, señora...? No tienen tiempo. Los curas pa cristianar son como los bueyes pa comer... lo hacen despacito y rumiando.

FRASCORRITA: Y así están de gordos... Oiga, ¿quién es aquel que viene por allí?

ANTOÑITA: (*Yendo a la puerta*). ¿Por dónde?

FRASCORRITA: Por allí, por la tienda de Panchito Riñones...

ANTOÑITA: Señora, ¿qué no lo conoce? Es Manolito Sandunga, el andaluz... ¡Viene p'ca...!

FRASCORRITA: Ah, sí... El padrino, Tiburcito, lo convidó... Dicen que es muy gracioso...

ANTOÑITA: Señora, se estalla una con él... En el baile de Soledita la flaca, la otra noche, fue un descándalo... Jasta el sereno del distrito, que nunca llega cuando siente rebumbio, se asomó a la puerta a ver lo que pasaba... ¡Qué me reí, quería...!

FRASCORRITA: Veremos esta tarde...

ANTOÑITA: Ya lo verá. Mírelo, ya enfiló pa nosotras. (*Llamando*).
Manolito, venga hombre.

ESCENA II

DICHAS. MANOLITO SANDUNGA.

MANOLITO: (*Desde la puerta*). Mu güenas tardes.

ANTOÑITA: Pase pa dentro, hombre. (*Entra Manolito*).

Frascorrita Pérez, la comadre de su amigo Tribucito...

MANOLITO: ¡Ah!, la señora e la mare de la criatura, ¿no?

FRASCORRITA: La mismita.

MANOLITO: Por muchos años. (*Inclinándose atento*).

FRASCORRITA: Dios lo quiera... Siéntese.

ANTOÑITA: Siéntese, Manolito.

MANOLITO: Muchas gracias. (*Se sienta*). ¿Y entoavía no han venío eyos de la iglesia?

FRASCORRITA: Entoavía. Antoñita me decía endenantes que los curas pa cristianar son como los bueyes pa comer, que lo jacen despacito y rumiando.

MANOLITO: Pos tie gracia la comparansia... Por ma que yo no tengo ma que isir... Cuando a mí me cristanaron...

ANTOÑITA: ¿Usté se acuerda de cuándo lo cristanaron, Manolito?

MANOLITO: ¡Güeno...!, como si lo estuviera viendo

entoavía... Bien e verdá que lo mío fue mu sonao... (*Con orgullo*).
A mí no me bautizó un cura...

FRASCORRITA: ¿Qué no? ¿Pues quién?

MANOLITO: (*Inflado, soltando las palabras con preponderancia*). ¡Er
Papa...!. Yo soy neófito der Papa...

ANTOÑITA: (*Riendo*). Ja... Ja... Ja... ¡Qué gracioso! Del Papa.

MANOLITO: Sí señora, no se ría usted... ¿Pos de quién se cree usted
que soy hijo?

ANTOÑITA: ¡Yo qué sé!

MANOLITO: (*Sin inmutarse*). Pos na menos que der obispo de
Seviya. (*Las dos mujeres ríen*).

FRASCORRITA: ¡Este hombre está loco!

MANOLITO: No, señora, no; en mi cavá. Verá usted. Lo mío e mu serio
(y a mí no me gusta desagerá). Yo soy hijo der Obispo de Seviya,
como suena; así mismo. Y cuando a mí me hisieron cristiano,
que ya va pa años, como fue un acontecimiento tan extraordinario,
que jasta los periódicos de la China publicaron editoriales con mi
efigie y la der padrino, tocaron al unísono las cuarenta campanas
de la Girarda, metiendo un ruío tan fenomená, que dende entonses
a la fecha, (y coste que a mí no me gusta desagerá), toos los
chiquiyos en Seviya y pueblos limítrofes, nasen sordos. Por éstas.
(*Besando la cruz*).

FRASCORRITA: ¡Ave María purísima...! (*Riendo*).

ANTOÑITA: (*Idem*). No se lo decía yo a usted, que se esmorecía una
con él...

FRASCORRITA: ¡Señora! ¡Jágame el favor!

MANOLITO: Güeno, ríanse ustés. Yo digo lo que e y no me importa
lo e ma. Ahora sí, lo que yo deseo de toas veras e que me huarden
ustés er secreto... No quiero que la gente piense que yo digo esto
pa presumí, que no me gusta.

FRASCORRITA: Descudie, hombre, que no lo diremos.

ANTOÑITA: Mi boca cosía.

MANOLITO: Conforme. Y qué, ¿habrá jaleo esta tarde?

FRASCORRITA: ¡Ya lo creo! Bueno es mi Pedro pa no.

MANOLITO: Esos son los míos. (*Suspirando*). ¡Ay, mi tierra, mi Seviya de l'arma! Aqueyo si que e canela, señá Frascorríta, ayí sí que se dirfruta.

ANTOÑITA: ¿Más que aquí? ¡Usté no ha visto la Naval...!

MANOLITO: Que navá ni que na; si en Seviya e tanta la alegría y tan nutría la grasía que se respira en el aire, que jasta a los muertos e menester enterrarlos pa que se estén quietos.

ANTOÑITA: ¿Eeeeh...? ¡Lo mismito que aquí!

MANOLITO: No compare osté, señora. Si aquí las gentes paese que van siempre como pa que las acompañen en sus sentimientos; ¡Mi Seviya de l'arma!

ANTOÑITA: Bueno, hombre, pues váigase pa su Sevilla...

FRASCORRITA: Ya se dirá, vecina, ya se dirá.

MANOLITO: En cuanto suene er pito der tren. Pero antes voy a ir por la iglesia pa despedirme de los santos y de la gente, si no han salío. (*Se levanta*).

FRASCORRITA: Ya ellos no han de tardar.

MANOLITO: Pos voy a ver si los cojo en er camino. (*Despidiéndose*). Jasta lueguito, ¿eh...?

FRASCORRITA: Si no quiere esperarlos sentao...

MANOLITO: No, quiero acompañá a Tribusio lo má posible. Servior de ustés. (*Sale. Frascorríta y Antoñíta lo acompañan hasta la puerta*).

FRASCORRITA: Jasta luego.

ANTOÑITA: Adiós, Manolito.

ESCENA III

FRASCORRITA. ANTOÑITA.

FRASCORRITA: ¡Fuerte demonio de hombre...!

ANTOÑITA: Este Manolito es mucho cuento.

FRASCORRITA: Hija, tiene una labia... Es muy gracioso.

ANTOÑITA: ¡Oh! y eso que usted no lo ha oído de gusto entoavía. Si le digo a usted que muchas veces he tenido que ponerme las manos en la cintura pa no partirme, de tanto que ha jecho reír...

FRASCORRITA: Voy un momento allá dentro a ver cómo está el fuego.

ANTOÑITA: Deje, yo voy.

FRASCORRITA: No, señora, de ninguna manera. Quédese usted pa que me llame cuando sienta llegar a la gente.

ANTOÑITA: Como usted quiera.

FRASCORRITA: Jasta ahora, vecina.

ESCENA IV

ANTOÑITA.

ANTOÑITA: *(Después de ver salir a Frascorríta).* ¡Gracias a Dios que me queo sola!. Fuertes fatigas tengo... Almorzaa desde las nueve de la mañana con un buche de rala solamente, pa dejá ganas pa después, y esta es la fecha en que no he podío entoavía probar boca. *(Se dirige a la mesa donde están los bizcochos y coge uno).* Ajajá... ¡qué buenos están!. *(Se lo engulle y coge otro).* Solo por esto, bien vale la pena de quearse una a ayudar en la casa... Ay, qué bueno... *(Murmullo de voces en la calle).* Ya parece que vienen... *(Mirando por la puerta del foro).* Ya parece que vienen... *(Mirando por la puerta del foro).* Si, ellos son. *(Se traga el bizcocho precipitadamente y corre a llamar a Frascorríta por la puerta de la derecha).* ¡Frascorríta, Frascorríta, corra que aquí están ya!. *(Entra Frascorríta. En la calle los murmullos van creciendo hasta que se oyen claramente varias voces infantiles que gritan "Viva el padrino...").*

ESCENA V

ANTOÑITA. FRASCORRITA. IRENITA. ISABELITA.
MÁRIQUITA. EL TOLLO. MANOLITO SANDUNGA.
SEÑOR PEDRO SANTANA. TIBURCITO. COMITIVA.

IRENITA: *(Dirigiéndose a Frascorríta y entregándole el niño)*. Tome, señora; moro me lo entregó y cristiano se lo devuelvo.

FRASCORRITA: *(Cogiendo el niño)*. Gracias, comadre... ¡Mi niño querío! *(Lo besa)*.

TIBURCIO: *(A los chicos que se aglomeran en la puerta de la calle dándole vivas al padrino)*. Vaya, la última perra. *(Hace ademán de tirar el dinero y cierra la puerta cuando los chicos echan a correr)*.

ISABELITA: Ay, qué calor con la mantilla.

MARIQUITA: Yo creí que no salíamos de la iglesia hoy.

FRASCORRITA: Ahora se refrescarán. Síveles Pedro.

SR. PEDRO: En eso me ando.

MANOLITO: A mí no me lo de usted mu fresco.

TIBURCIO: Ni a mí. Yo prefiero un pisco de ron. ¿Y tú, Tollo?

TOLLO: ¿Yo? ¡Dinamitra!

MANOLITO: ¡Sopla!

SR. PEDRO: Bueno, pues vino pa las mujeres y ron pa nosotros, ¿estamos?

TIBURCIO: Al pelo.

MANOLITO: Pos venga ron. *(Tiburcio obsequia a las damas mientras el Señor Pedro sirve el ron para los caballeros)*.

TIBURCIO: Empiezo por la comadre... Usted ahora, Antoñita.

Alcanza los bizcochos, Tollo... Ande Isabelita... Madrina, la suya... y pa usted, Mariquita (*Las mujeres mantienen las copas en la mano y los bizcochos que les ha servido el Tollo, hasta que el señor Pedro da la señal para ingerir*).

ANTOÑITA: ¡Viva el padrino!

TODOS: ¡¡Vivaaaa...!!

MANOLITO: No, ¡qué beba er padrino!

TIBURCIO: Eso, que beba...

TOLLO: Y nosotros también, recontra...

SR. PEDRO: Eso corre de mi cuenta. Vaya caliá. (*Les da las copas*).

A la una... A las dos... Y a las tres... (*Beben todos, hombres y mujeres*).

TIBURCIO: ¡Caray, qué raspa!

TOLLO: Está bueno, jinojo.

MANOLITO: Lágrimas de arcángel debiera yamarse este líquido divino.

ISABELITA: Y los bizcochos, qué tiernos...

ANTOÑITA: Magníficos, quería...

SR. PEDRO: (*Después de una pausa*). ¿Nos larguemos el otro cañiflazo?.

TIBURCIO: No; espere un pizco. Lo que conviene es otro bizcochito pa las damas. (*Les ofrece con la bandeja*).

ANTOÑITA: (*Cogiendo uno*). Ni ganas tengo.

ISABELITA: (*Idem*). Ni yo.

MARIQUITA: (*Idem*). Por no desairarlo...

FRASCORRITA: Jagánlo sin vergüenza.

SR. PEDRO: (*Apurando otra copita que se ha servido él mismo*). Yo con una no me embarco.

MANOLITO: (*A Mariquita, después de hablar un momento en voz baja con ella*). Si tie usted unos ojos que son candela, Mariquita...

MARIQUITA: (*Desabrida*). ¡Jesús, el hombre, que repugnante...!

FRASCORRITA: Entren p' acá pa que se quiten la mantilla, mientras yo acuesto al niño en la cuna.

SR. PEDRO: Sí, váyanse ustees, que nosotros nos queamos. *(Señalando pa la mesa donde están las botellas).*

FRASCORRITA: Ten cudiao, Pedro.

ANTOÑITA: Señora, descuide que no se perderan, vamos.

MANOLITO: Se yeva osté mi alma, pimpoyo.

MARIQUITA: *(Con enfado).* No sea chinchoso, cristiano. *(Vanse las mujeres por la puerta de la izquierda).*

ESCENA VI

SEÑOR PEDRO. TIBURCIO. MANOLITO SANDUNGA.
EL TOLLO.

SR. PEDRO: Vamos a no dejar enfriar esto. *(Coge la botella y llena las copas de nuevo)*

MANOLITO: Camará, ¡y qué geniesito que tfe la niña...!

TIBURCIO: Porque es un poco arisca entoavía.

MANOLITO: Pos ya, ya se dirá amansando, ya... sería la única que a mí me fallara.

TOLLO: La única... sin contar las otras, ¿no?

MANOLITO: *(Picado).* No, la única. A mí no hay mujé que se me resista ni que se me haya resistío jamás... Y lo pruebo.

SR. PEDRO: Y yo lo creo. Tome, sóplese la otra.

MANOLITO: Venga. *(Bebe)*. Por su salú.

TIBURCIO: Salú. *(Beben todos)*.

TOLLO: Pos yo, en buen hora lo diga, contra; la mujé que a mí me pesque ha de tené mucha carnáa en el anzuelo.

SR. PEDRO: A ti te pescan con currica, Tollo.

TOLLO: ¿A mí, consio?.

TIBURCIO: Yo digo lo mismo.

MANOLITO: Ar Tollo le va a pasá lo que al sacristán de mi pueblo, que se yevó cuarenta años y un pico jablando mal de las mujeres y vino a casarse con una Madalena sin arrepentí.

TOLLO: ¿Yo, consio?

SR. PEDRO: *(Riendo)*. ¡Sí, puñema...!

TIBURCIO: Bueno, Manolito, vamos nosotros a avisar a lostocadores pa empezar el baile de una vez.

MANOLITO: Andando.

SR. PEDRO: Echense la otra antes. *(Sirve las copas)*.

TIBURCIO: Venga la otra, jasta luego. *(Beben los cuatro. Tiburcio y Manolito Sandunga salen por el foro. Quedan en escena el señor Pedro y el Tollo, paladeando el ron; enseguida entran por la derecha Frascorrita, Antoñita, Mariquita, Irenita e Isabelita)*.

ESCENA VII

SEÑOR PEDRO. EL TOLLO. FRASCORRITA. ANTOÑITA.
IRENITA. ISABELITA. MARIQUITA.

FRASCORRITA: ¿Aónde fueron Monolito y el compadre?

SR. PEDRO: A buscar los tocadores pa empezar el baile, a Juanito el Conejero y a Santiago el Tuerto.

TOLLO: Esto va a estar de primera, Frascorrита. Ya me estoy desjaciendo.

IRENITA: Comadre, va a ser menester sacar más sillas, que con éstas me parece que no va a haber bastantes...

FRASCORRITA: Descudie, comadre, que cuando falten sillastraemos las burras de la barrecama.

ANTOÑITA: Y si con ellas no hay bastante traigo yo los bancos de mi casa, que tan lejos no está...

FRASCORRITA: ¡Qué va, señora!

SR. PEDRO: *(Siempre al grano)*. ¿Otra copita...?

ANTOÑITA: Eso no se pregunta, cristiano.

Las mujeres forman grupo aparte de los hombres.

ISABELITA: Jesús, jinojo, que me aprietan los botitos...

MARIQUITA: Desabróchate los, niña.

FRASCORRITA: No jagas eso, muchacha, que se te jinchan los pies, y después es peor.

ISABELITA: Como estos no son los míos sino los de mi prima Encarnación, por eso es. Los míos estaban un poco destropeados por las puntas y se los mandé a maestro Salvador pa que me los

arreglara; y esta es la fecha en que el consumí vieja no me los ha acabao.

SR. PEDRO: Aquí están las copas (*Al Tollo*) Tollo, tú sirve el ron pa nosotros.

TOLLO: Usté manda, maestro.

SR. PEDRO: Usté primero, camadre. (*Ofreciéndoles las copas a Irenita*).

IRENITA: ¡Jesús, este hombre nos va a emborrachar!

ANTOÑITA: A mí no me importa.

TOLLO: Un día es un día, ¡qué diablos!

FRASCORRITA: Claro. Y dos días son dos días.

SR. PEDRO: Ja, Ja... ¡Qué graciosa es mi mujer!

FRASCORRITA: Cállate tú, y no seas pesao.

SR. PEDRO: Déjame, contra; si hoy estoy lo mismo que la noche que me casé...

ISABELITA: ¡Jesús, el hombre...!

MARIQUITA: (*Ruborizada*). ¡Hija, qué afrentoso...!

IRENITA: Mi compadre es lo que hay.

SR. PEDRO: Comparao con los pallos de hoy... Anda, Tollo, vamos a tomar la nuestra.

TOLLO: Sin protestar. (*Beben*).

SR. PEDRO: Ajá... Voy a quitarme la chaqueta. (*Entra en la habitación de la izquierda y vuelve a salir enseguida en mangas de camisa*).

FRASCORRITA: Cómanse un bollito ahora.

ISABELITA: No, Señora; déjelos pa después. (*Tocan en la puerta de la calle*).

IRENITA: Ahí llaman.

FRASCORRITA: (*Al señor Pedro que sale de la habitación de la izquierda*). Mira a ver quién es, Pedro.

SR. PEDRO: Allá voy. (*Abre la puerta del foro y entra la Fañosa*).

ESCENA VIII

DICHOS. LA FAÑOSA.

La Fañosa es lo que su nombre indica. Viste de sobretodo por los hombros y pañuelo a la cabeza. Tiene sesenta años y casi no se le entiende lo que habla.

FAÑOSA: Buenas. ¿Aónde está Frascorríta? *(Reparando en el Sr. Pedro)*. ¡Hola, señor Pedro!

SR. PEDRO: Hola, Fañosa.

FRASCORRITA: Pase, señora, que aquí estoy.

FAÑOSA: ¡Oh, Frascorríta!. *(Se dirige a ella y la abraza)*.

FRASCORRITA: ¿Y qué vuelta?

FAÑOSA: Ya usted ve. Supe lo del bautismo cuando pasaba por aquí y no quise seguir de largo sin saludarles a vustéis y ver al niño. ¿Aónde lo tiene?

FRASCORRITA: En la cuna durmiendo. ¿No se sienta?

FAÑOSA: No, que me voy ensegúa. Entoavía tengo que llevarle el cesto a mi yerno, que tiene metía esta noche.

FRASCORRITA: Pos sírvele algo, Pedro. ¿Qué quiere tomar?

SR. PEDRO: ¿Vino, ron o anisao?

FAÑOSA: Ronito, me calienta más la tripa.

SR. PEDRO: Pos vaya el ronito. *(Le sirve el ron a la Fañosa y de camino se sopla él la otra copita)*.

FAÑOSA: *(Después de apurar de un trago la suya)*. Dios se lo pague.

SR. PEDRO: Esto da vida, Fañosa.

FAÑOSA: Y lo pé usted decir. Yo si no fueran estos buchitos que me

caen de vez en cuando, ya me hubiera muerto. ¿Y aónde está el niño, Frascorríta?.

FRASCORRITA: En la cama durmiendo, le dije.

FAÑOSA: Ah, es verdad. Se me va la memoria... ¿Vamos a verlo?.

FRASCORRITA: Pero con cuidao no sea que me lo despierte.
(Entran Frascorríta y la Fañosa en la habitación de la izquierda y vuelven a salir al poco rato).

TOLLO: Esta Fañosa... El diablo la entiende...

ANTOÑITA: ¡Quitela pa la jorca!. Le gusta más el trinque...

SR. PEDRO: Eso no es falta, vecina.

ISABELITA: ¡Qué va...! Es sobra.

MARIQUITA: Si, niña; ¡miá tú...!

SR. PEDRO: ¿Qué saben ustées de eso, recontra?

MARIQUITA: ¡Baah...!

FAÑOSA: *(Entrando con Frascorríta).* ¡Ave María Purísima...! Es toa la cara del padre. ¡Dios lo guarde!

SR. PEDRO: ¿Pos de quién había de ser, mujer de Dios?

FAÑOSA: Jasta las orejas son iguales.

MARIQUITA: *(Aparte a Isabelita).* ¡Jesús, qué rechinchosa...!

ISABELITA: *(Idem a Mariquita).* Quítala p' allá.

FAÑOSA: Bueno, me voy que se me jase tarde. ¿Quién es la madrina?

IRENITA: Yo, una servidora.

FAÑOSA: Por muchos años. Y el padrino, Triburcico, ¿no?

FRASCORRITA: El mismo.

FAÑOSA: Bueno. Pues jasta más ver.

SR. PEDRO: Espérese; tómele la otra. *(Le sirve otra copa a la Fañosa y hace lo mismo para él).*

FAÑOSA: No se moleste... Vaya, por no desairar... *(Beben los dos. Ya el señor Pedro está en piedras de a ocho).*

SR. PEDRO: Con esto no se desaira nunca, Fañosa.

FAÑOSA: Ajá, me marchó. Frascorríta, Dios se lo pague y que vea a su niño críao con toa felicidad. Adiós, señoras. Adiós, señor Pedro. Gracias a toos...

FRASCORRITA: Adiós, señora. No hay de qué.

SR. PEDRO: Vaya con Dios.

TOLLO: Adiós, Fañosa.

Sale la Fañosa acompañada hasta la puerta por el señor Pedro. En el momento de ir a cerrar la puerta el señor Pedro, llegan Tiburcio, Manolito Sandunga, los tocadores uno de timple o guitarrillo y otro de guitarra y varios mozos y mozas. Los personajes que estaban en escena ruedan las sillas para los extremos, procurando dejar libre el centro para el baile. Las mozas que llegan van tomando asiento, después de los saludos de reglamento. Los hombres se quedan junto a la puerta, sin atreverse a adelantar un paso. Los tocadores se sientan en uno de los rincones del fondo y empiezan a afinar los instrumentos tan pronto se les brinda.

ESCENA IX

DICHOS. TIBURCIO. MANOLITO SANDUNGA.

TOCADORES. MOZOS. MOZAS.

SR. PEDRO: Entren pa dentro toos.

FRASCORRITA: Pase la gente. *(Acude a saludar a los que llegan y les ayuda a colocarse en sus sitios. Momento de gran animación)*

y barullo en escena). Enciende el velón, Pedro, que ya jase escuro.
SR. PEDRO: Enseguidita. *(Enciende el velón que está encima de la cómoda)*.

TIBURCIO: Una copita pa los tocadores: *(Les sirve)*.

MANOLITO: ¿Y pa las damas?

MOZA 1ª: Gracias, nosotras no tomamos naa.

MANOLITO: Respeto sus voluntaes.

MOZA 2ª: Así se jace.

SR. PEDRO: Las mujeres son unas desabrías. Too les repuna.
Vamos a beber nosotros. *(Sirve nuevas copas y va brindando a todos los hombres que están en escena)*.

MANOLITO: Tie éste caa ocurrencia... que me sabe a ron. *(Bebe)*.

HOMBRE: ¡No arrempuje, jinojo!. *(A los que están en la calle que empujan la puerta para entrar)*.

TOLLO: ¡Mándeles un sonío!

TIBURCIO: No; descándalos, no.

SR. PEDRO: *(Cuando los tocadores han terminado de afinar)*.
Prepárense que va a empezar el baile.
El centro de la escena queda libre. Solamente el señor Pedro es el que pasea de un extremo a otro animándolos a todos.

MANOLITO: Venga de ahí. *(Los tocadores rompen a tocar la clásica isa isleña)*.

SR. PEDRO: Esto está bueno, ¡recontra!

TIBURCIO: Madrina, nosotros primero... Usté no baila, ¿verdad, comadre?

FRASCORRITA: Las niñas primero. *(Empieza el baile. El señor Pedro, con una botella de ron en una mano y una copa en la otra, no cesa de animar a las parejas)*.

MANOLITO: *(A Mariquita, su pareja)*. Por su taye retrenchero, pimpoyo...

MARIQUITA: Si toos ustees dicen lo mesmo. *(Siguen hablando)*.

FRASCORRITA: Cante usted, vecina. *(A Antoñita)*. Pa que dé el ejemplo.

SR. PEDRO: Eso; rompa usted el fuego.

ANTOÑITA: Yo no me jago de rogá. Allá voy. *(Canta)*.

Vivan el padre y la madre,
el ahijádo y el padrino;
que vivan los que están tristes
y los que están divertíos.

SR. PEDRO: ¡Echamela, contra! ¡Y que viva mi vecina, caray...!
Tome un bollo.

ANTOÑITA: Yo por animar a la gente na más.

FRASCORRITA: Muy bien, señora. Mire a Manolito. *(Manolito mientras baila le hace cucamonas a Mariquita. Ella se ríe ya)*.

ANTOÑITA: No se lo decía yo a usted.

FRASCORRITA: Que sanduguero es, quería.

ANTOÑITA: Como no hay otro, señora.

SR. PEDRO: *(Cuando le parece que ya el baile ha durado bastante)*.
Vaya, contra, ahora los toca a otras parejas. *(Se sientan las parejas que ballaban y se levantan otras)*.

HOMBRE: *(Siempre en la puerta)*. ¡Qué no arrempujen!, y no lo digo más. *(A los que están fuera que quieren entrar)*.

TIBURCIO: *(Asomándose a la puerta del foro)*. Que no se puee entrar. *(Hace que discute un momento con los que están en la calle y vuelve luego al proscenio)*.

ISABELITA: Cante usted ahora, señor Pedro.

TODOS: Sí, que cante, que cante el señor Pedro.

SR. PEDRO: Sí, contra, ya lo jaré, ya lo jaré; no se apuren.

ANTOÑITA: No, ahora mismito.

SR. PEDRO: Pues venga música. *(A los tocadores que han cesado de tocar cuando el señor Pedro dio la señal para cambiarse las parejas)*.

MANOLITO: Eso, que venga sustansia.

HOMBRE: *(A los que empujan la puerta).* ¡Qué no, que no se puee entrar, majaderos!

TOLLO: Déjeme a mí y verá. *(Se abre paso por entre los personajes que están junto a la puerta y sale).*

TIBURCIO: No me armes líos, Tollo.

SR. PEDRO: Pues venga baile. *(Comienza la música de nuevo y sigue el baile con más animación. El señor Pedro se dispone a cantar, pero antes se toma otra copita. Su estado es ya de perfecto curda).*

IRENITA: Cante el compadre.

TODOS: ¡Qué cante, qué cante...! *(En la calle se oyen voces de hombres que discuten acalorados; después cesan, cuando los tocadores y bailarores paran un momento).*

FRASCORRITA: Escuchen...

TIBURCIO: *(A Manolito).* El Tollo la arma. *(Pausa. Las voces callan).*

IRENITA: Ya se callaron.

SR. PEDRO: Sí; no es nada... Siga el baile, que voy a cantar yo.

ESCENA ULTIMA

SEÑOR PEDRO. FRASCORRITA. ANTOÑITA. IRENITA.
ISABELITA. MARIQUITA. TIBURCIO. MANOLITO SANDUNGA.
TOCADORES. MOZOS. MOZAS.

FRASCORRITA: Y después Manolito.

TODOS: Sí, sí.

MANOLITO: Bueno, conforme, pero os advierto una cosa.

MUJERES: ¿Qué? ¿Cuál?

MANOLITO: Que os tendréis que subí a las nubes pa oírme... porque yo canto mu subío. *(Todos ríen)*.

FRASCORRITA: *(A Antoñita)*. Qué gracioso es, quería.

SR. PEDRO: *(Con la copa en la mano)*. Esto está que da gusto..., Frascorríta, ve poniendo el sancocho al fuego, ¡rayo...! ¡y va la mía...! *(El señor Pedro canta la siguiente copla jaleado por Manolito Sandunga y entre las risas y voces de animación de los demás concurrentes)*.

Mi compadre Tribucito,
mi mujer Frascorra y yo,
semos un frasco de vino
y dos botijas de ron.

TODOS: ¡Bien, bien!. ¡Qué viva el compadre! ¡Qué viva...!

MANOLITO: ¡Olé por lo flamenco!

SR. PEDRO: Vamos a tomar la otra...

TIBURCIO: Que se jaga. *(El señor Pedro sirve las copas de nuevo. Las parejas pasean mientras los tocadores descansan)*.

SR. PEDRO: Allá va el otro estampío.

FRASCORRITA: Escuchen...

TIBURCIO: El Tollo... *(En la calle se oyen voces y gritos de mujeres. Todos los personajes que están en escena quedan un momento en suspenso, escuchando las voces que vienen de fuera).*

TIBURCIO: Voy a ver lo que pasa. *(Sale Tiburcio. Los hombres le siguen).*

IRENITA: ¿Qué será quería?

ANTOÑITA: Yo también voy a ver.

VOCES: *(Desde fuera).* ¡Lo mato...! ¡Lo mato!

FRASCORRITA: ¿Qué dicen?

Acuden todas las mujeres a la puerta del fondo; algunas salen a la calle. Ya se perciben claramente los llantos y los gritos de las mujeres).

VOCES: ¡Mi jijito...! ¡Mi hermanito del alma...!

SR. PEDRO: *(Desde el primer lateral de la izquierda, con la copa de ron en la mano y haciendo equilibrio por mantenerse de pie, casi sin poder).* ¿Qué pasa, consio?

FRASCORRITA: ¡Qué desgracia...!

SR. PEDRO: *(En un estado de inconciencia completa).* ¿Pero qué pasa?

ANTOÑITA: ¡Ay, no me diga...! ¡Chanito el Torció, que abrió al Tollo como una caballa...!

FRASCORRITA: *(Siempre ante el Cristo).* ¡Señor, salva a mi niño!
¡Salva a mi niño!

SR. PEDRO: *(Con furor reconcentrado).* ¡Lo mató... lo mató! ¡Y lo mató esta noche!. ¡Mal rayo lo ajunda...! ¡Ya nos estropió el bautismo! *(Vacía de un trago la copa que tenía en la mano y va, vacilante a ponerla sobre las mesa. Las mujeres siguen llorando).*

Telón muy lento

**LA FAMILIA DE DON PANCHO, SUS TERTULIAS
Y EL INGLÉS**

(Sainete isleño en un acto)

Saulo Torón

PERSONAJES

DOÑA RITA, ama de casa, 45 años.

ROSITA ESTUPIÑAN, 50 años.

PACITA ESTUPIÑAN, 55 años.

CARMENCITA, hija de doña Rita, 17 años.

JUANITA, pretendida de Carlitos, 17 años.

GREGORIA, criada, 40 años.

DON PANCHO, esposo de doña Rita, 50 años.

DON TORIBIO, tío de Juanita, 55 años.

SANTIAGO, novio de Carmencita, 23 años.

CARLITOS, hijo de doña Rita, 20 años.

MR. WHITE, 35 años.

Época: de 1.910 a 1920

ACTO ÚNICO

Corredor de casa de clase media. Mesa grande en el centro con sillas alrededor y otras arrimadas a la pared. Aparador a la izquierda, haciendo esquina, y lavabo a la derecha. Cuadros adecuados. Lámpara con pantalla de cristal en el centro, pendiente del techo. Puerta al foro, que da a un corredor o galería, y dos laterales: una a la derecha, que da a la cocina y otra a la izquierda, que comunica con las habitaciones interiores. Es de noche.

ESCENA I

RITA. CARMENCITA. DON PANCHO.
GREGORIA.

Doña Rita y Carmencita terminando de recoger la mesa; don Pancho de zapatillas y en mangas de chaleco, dormido profundamente, recostado sobre el respaldo de la silla, con el periódico caído sobre las rodillas. Gregoria que entra y sale cuando el diálogo lo indique.

D^a RITA: ... y te lo he dicho muchas veces, Carmencita, nada de relajos con los novios, que las que perdemos somos nosotras, nadie más que nosotras...

CARMENCITA: Pero yo no sé a qué llaman ustedes relajos, mamá...

D^a RITA: ¡No sabes a qué llamamos relajos...! ¿Ya no te acuerdas de anoche, cuando jugamos a la lotería...? Cada vez que bajaban la cabeza para apuntar los números, parecía materialmente que se estaban besando.

CARMENCITA: Parecía ... pero no era cierto, mamá.

D^a RITA: Perfectamente. Y eso, ¿qué importa? Que no fuera verdad, de acuerdo; pero ve tú a convencer a las de Estupiñán, que estaban con los ojos como chernes fijos en ustedes, que no era verdad lo que veían ... A ellas, que con sólo oler la sotana ya tiene bastante para decir que han oído misa ...

CARMENCITA: Pero ellas no pueden decir...

D^a RITA: No chilles, que puede oír tu padre. Ellas pueden decir todo lo que les da la gana... Lo que no podrán hacer nunca es callar ...

¡Jesús como ronca este hombre!

CARMENCITA: Bueno pues me resignaré a lo que ustedes quieran.

Y si se enfada Santiago y me deja plantada como dejó Paquito el teniente a la de Corcovado, solo porque ella no quiso darle una noche la mano al despedirse, temerosa de que la criticasen las amigas, veremos quién me busca sustituto, y si son las de Estupiñán, las de Galindo o el demonio quién carga con mi soltería...

D^a RITA: No chilles, te he dicho...

CARMENCITA: No chilló... Esta noche nos sentaremos uno frente a otro, y si se juega a la lotería, nos pondremos cada uno en un extremo de la mesa, y cuando tengamos que arrayar algún número mandaremos a buscar a un criado del Casino, para que lo haga a gusto de ustedes.

D^a RITA: No, hija, no; ni tanto ni tan poco. Juntos, sí, como siempre, pero guardando las formas, Carmencita, guardando las formas, que, después de todo, quizás sean las formas lo único que tenemos que guardar...

CARMENCITA: Ellas... ni eso.

D^a RITA: Bueno, mejor... Déjate de ironías y haz lo que te digo... Toma, guarda la azucarera.

CARMENCITA: Se hará, señora, se hará; no tenga cuidado.

D. PANCHO: (*Despertando*). ¡Aaaah...! Estos malditos periódicos no traen nunca nada...

D^a RITA: Pero hombre, pero si desde que los coges en las manos te quedas dormido...

D. PANCHO: ¡Qué dormido ni que ocho cuartos...! Parece que duermo porque leo en voz baja...

D^a RITA: Hijo, pues nadie diría que para leer en voz baja era menester roncartan alto. Gregoria, tome, sacuda el mantel... y tú, Carmencita, arréglate pronto por si hoy se adelantan las visitas...

CARMENCITA: Allá voy. (*Vase izquierda*).

ESCENA II

DON PANCHO. DOÑA RITA. GREGORIA.

D. PANCHO: *(Dejando el periódico sobre la mesa)*. ¿A quién esperas esta noche...?

D^a RITA: A las de siempre, a las niñas de Estupiñán y a Juanita Cardones, la novia o pretendida de tu hijo.

D. PANCHO: ¡Y qué me carga a mí esa niña...! Yo creo que tú debías decirle algo a Carlos para que se dejara de boberías con ese microbio.

D^a RITA: Jesús, hombre, tan despreciable no es... Además, son cosas de muchachos que a lo mejor no pasan de ensayos...

D. PANCHO: Si, ensayos; acuérdate de los ensayos nuestros en lo que terminaron... en función completa con desenlace trágico: ¡el matrimonio...!

D^a RITA: ¡Hombre, pues tan mal no creo que te haya ido...!

D. PANCHO: No... Dicen que en el Purgatorio lo pasan peor.

D^a RITA: O mejor, si todos los hombres son como tú.

D. PANCHO: ¡Rita...! ¿Ya empezamos...?

D^a RITA: Quien ha empezado has sido tú.

D. PANCHO: Bueno, pues para acabar, tráeme los zapatos y el sombrero que voy a ir un rato al Casino... ¿Ya salió Carlos?

D^a RITA: No, todavía no; está leyendo. *(Llamando)*.

¡Gregoria...! *(Esta sale por la derecha)*. Tráigale el sombrero y los zapatos al caballero...

GREGORIA: Voy enseguidita, señora.

D^a RITA: ¿Ya fregó la loza?

GREGORIA: Me falta la bandeja grande.

D^a RITA: Pues tenga cuidado y no la rompa... *(Sale Gregoria por la izquierda)*. Yo no sé qué tienen en las manos estas criaturas... ¿Te acuerdas de aquel lebrillo azul, que me regalaron cuando me casé...? Pues esta mañana murió de una caída.

D. PANCHO: Y cualquiera compra ahora nada con el precio a que están las cosas...

D^a RITA: Como que va a ser necesario comer en platos de lata, como en los cuarteles...

D. PANCHO: Mejor sería... traiga p' cá... *(A Gregoria que sale con lo pedido)*. Tome... llévese las babuchas...

GREGORIA: Sí, señor. *(Entra un momento por la izquierda y vuelve a salir enseguida para marcharse por la derecha)*.

D^a RITA: ¿Te ayudo?

D. PANCHO: No; déjame... Hum... ¡Ya está uno!... Hum... ¡Ya está el otro!... Toma *(Cogiéndola americana que está colgada en el espaldar de la silla donde estaba sentado)*, mantenme la americana...

D^a RITA: Trae p' acá... ¡Jesús, que mal engarbiao eres! ... Mete por aquí la mano... Así...

D. PANCHO: ¡El demonio que inventó el vestido...!

D^a RITA: De todo reniegas... Y luego hablas de mí...

D. PANCHO: Mujer, si esto del vestido parece hecho para titiriteros... Mete un brazo por aquí, saca el otro por allá; estira esta pierna, encoge la otra... Hija, ni que estuviera uno descoyuntado... Toma, el duro pa mañana.

D^a RITA: Déjalo ahí, y no tardes que tú sabes el miedo que me da acostarme sola...

D. PANCHO: No tengas cuidado; vendré enseguida. *(Vase foro)*.

ESCENA III

DOÑA RITA. GREGORIA.

D^a RITA: Gregoria...

GREGORIA: (*Entrando*). Usted dirá, señora.

D^a RITA: Pa decirle la compra.

GREGORIA: Usted mande. (*Se rasca fuertemente la cabeza*).

D^a RITA: ¡Ay, por Dios, mujer...! No se rasque así, que me da dentera.

GREGORIA: Es algún bichillo, señora, que no me salió con el escarmenaor...

D^a RITA: Pues pásese el peine fino, criatura, y no haga eso, que es muy feo...

GREGORIA: ¡Cómo una no está presumiendo!... Garbanzos, ¿trae?

D^a RITA: Media libra. Una fisca de batatas, coles, ñames... las prevenciones pa un puchero. Y a Juanito, el carnicero, que no le vaya a dar la carne como la del sábado pasado, que quedaron las sopas como si estuvieran hechas con agua de jabón. Sin un ojo en el caldo... ¡Qué ruines estaban!... Pancho casi no las comió...

GREGORIA: No fue culpa mía, señora, ¡yo bastante que regatié...!

D^a RITA: No fue culpa suya... ¿Pues de quien iba a ser, mujer de Dios?

GREGORIA: Oh, pues si yo se lo dije y no me quiso hacer caso...

D^a RITA: Pues habérsela dejado allí. Cuando vaya a comprar y no le guste lo que le dan, lo deja... y santas pascuas... ¡Pues no faltaba más!. Para eso lleva su dinero.

GREGORIA: Pero es que usted no sabe las mortificaciones que una

pasa cuando tiene que devolver algo... Lo menos que le dicen a una es adulona.

D^a RITA: Pues se aguanta; pero no me traiga lo que no nos podemos comer.

GREGORIA: Está bien, señora.

D^a RITA: Mire, p' almorzar se trae... ¿Qué traeré pa almorzar...?

GREGORIA: Tollos, señora; traiga tollos.

D^a RITA: Tollos no, que no le hacen gracia a Pancho... ¿Habrá albacora?

GREGORIA: Ahora está algo cara, porque descasea.

D^a RITA: Pues, hija, no sé qué hacer... Ah, ¿a cómo están los huevos ahora?

GREGORIA: A seis, los vendían esta mañana en la plaza.

D^a RITA: Pues traiga huevos... Una peseta de huevos y una libra de arroz. Almorzaremos huevos fritos y arroz blanco.

GREGORIA: Está bien.

D^a RITA: Está bien, señora, se dice.

GREGORIA: Está bien, señora.

D^a RITA: Ah, no deje de mover los huevos, no sea que se los den cluecos, que hay gente pa todo. Tome el duro.

GREGORIA: Sí, señora, no tenga cuidado.

D^a RITA: Yo voy a pasarme la mopa por la cara y a traer los calcetines de esta semana para zurcirlos... Termine pronto en la cocina para que se espere en la galería a que lleguen las visitas. Y ahora por eso: no vaya a quedarse dormida como anoche, que se cansaron de tocar, y casi se van las de Estupiñán.

GREGORIA: Fue porque como una está tan rendida de la traquina del día...

D^a RITA: ¿Más de lo que estoy yo...? Y ya ve como no me duermo... Bueno, hasta luego.

GREGORIA: Hasta luego, señora.

ESCENA IV

GREGORIA. CARLITOS.

GREGORIA: ¡Mal rayo te coma, vieja regañadal. No hacen más que mandar y dice que está rendía como una... ¡Ay, señor, vale más morirse que tenerle que servir a esta gente gruñona y mal agradecida...! ¡Y todo por tres pesos!

CARLITOS: *(Entrando precipitadamente por la puerta de la izquierda).*

Gregoria... Gregoria... Gregoria...

GREGORIA: ¿Qué dice, niño?

CARLITOS: Por fin... Ya cayó. ¡Mire aquí su carta...!

GREGORIA: ¿Quién?

CARLITOS: Juanita. Me ha dicho que sí. Antier noche me le declaré y no quiso contestarme porque le daba vergüenza, y ahora, cuando ya me desesperaba viendo mis ilusiones perdidas, recibo esta carta en la que me envía el sí que tanto deseaba... ¡Qué feliz soy, Gregoria...!

GREGORIA: Déjese ir, niño, que usted es todavía muy joven...

CARLITOS: Cállate, Gregoria; tú no sabes lo que es querer; tú no sabes lo que valen los ojos de Juanita, y sus manos... y su pelo, y sus dientes, y sus pies, y su cintura, y su nariz, y su... ¡Ay, Gregoria, Gregoria... cuánta felicidad!

GREGORIA: Pero Carlitos, usted está loco...

CARLITOS: De contento, Gregoria, de contento... Es demasiada alegría para mí... Oye, a mi familia no le digas nada, ¿sabes?

GREGORIA: No tenga cuidado.

CARLITOS: Esta noche la corro... Luego vendré con Mr. White, que quiere conocer a mi familia, y después nos iremos juntos a correrla hasta el día... Déjame la llave en la ventana. No te olvides.

GREGORIA: Tenga cuidao con lo que hace.

CARLITOS: Déjame a mí, que disfrute, que goce de esta dicha que me ha dado mi Juanita... Hasta después, Gregoria ... (*Bailando ante ella*). ¡Ay, Gregoria... Gregoria... Gregoria...! Bueno; me voy ... (*Vase por el foro tarareando contentísimo*).

GREGORIA: Vaya con Dios... Yo voy a terminar en la cocina. (*Vase derecha*).

ESCENA V

CARMENCITA. DOÑA RITA.

Carmencita con un libro muy voluminoso en las manos; doña Rita con la cesta de la costura llena de calcetines, que va repasado, sentada también junto a la mesa, mientras su hija lee.

CARMENCITA: ¿Quedamos anoche...?

D^a RITA: En la desaparición del hijo de la marquesa.

CARMENCITA: (*Hojeando el libro*). Página... 783... Aquí está (*Leyendo*). "Un personaje misterioso".

D^a RITA: ¿Quién?

CARMENCITA: Este es el título del capítulo 186.

D^a RITA: ¡Ah, vaya...!

CARMENCITA: *(Lee)*. “Daban las doce en el reloj de la iglesia vecina...” *(Suenan las campanas lejos)*.

D^a RITA: Las ocho.

CARMENCITA: Jesús, mamá, no me vas a dejar leer...

D^a RITA: No te sulfures, hija, que todo lo tomas por la tremenda. Sigue, que ya escucho.

CARMENCITA: *(Con tono enfático)*. “Cuando la marquesa recobró el conocimiento, tendió la vista en torno suyo y lanzó un suspiro: ¡Ay!...”

D^a RITA: *(Suspirando)*. ¡Ay!

CARMENCITA: “Todo el terrible momento de la escena anterior se le presentaba ante su vista agrandado por el delirio de la fiebre. Ella recordaba con mortal angustia, pasándose la mano pálida por la frente calenturienta, el trance horroroso en que, como una fiera acorralada, luchó desesperadamente con el infame vizconde, que pretendía arrebatarle a su hijo. De pronto saltó del lecho, y arrebujándose en una de las mantas del suso dicho lecho, echó hecha...”

D^a RITA: Echa pa cá ese ovillo.

CARMENCITA: Tome... “Echo hecha...” Parece que tocan...

D^a RITA: Debe ser Santiago. *(Llamando)*. Gregoria... *(Sale Gregoria de la cocina)*.

GREGORIA: Usted dirá.

D^a RITA: Vaya a ver quién llama. *(Vase Gregoria por el foro)*. Sigue, hija.

CARMENCITA: “Eché, hecha un mar de lágrimas, a andar por los largos pasillos de su suntuoso palacio... ¡Ah!. ¡Pobre marquesa! ... Todos sus tesoros, sus incalculables tesoros y fantásticas opulencias, no eran bastantes para recompensarla de la irreparable pérdida sufrida. ¡Oh!. ¿Quién puede sondear los profundos designios del arcano?...”

D^a RITA: Oye, Carmencita, ¿arcano se llamaba el ladrón?

CARMENCITA: No, mamá, el arcano es lo desconocido, lo que no se ve...

D^a RITA: ¡Ah, vaya...! Oh, Santiago. *(Entra Santiago por el foro)*.

ESCENA VI

DOÑA RITA. CARMENCITA. SANTIAGO.

Cuando Santiago entra en escena, Carmencita suspende la lectura, cierra el libro, que pone sobre el aparador, y va a sentarse junto a su novio, en un extremo de la escena. Doña Rita sigue zurciendo y de vez en cuando les hecha una mirada disimulada a los novios, cuando éstos hablan en voz baja.

SANTIAGO: Buenas noches.

CARMENCITA: Buenas...

D^a RITA: Hola, Santiago.

SANTIAGO: ¿Qué tal, bien?

D^a RITA: Entretenida siempre con los dichosos calcetines. Pancho parece que tiene dientes en los pies... ¿Y la gente por allá, bien?

SANTIAGO: Todos, sin novedad.

D^a RITA: Dios quiera que todos sigan siempre igual.

SANTIAGO: Gracias, señora. *(Aparte a Carmencita)*. ¿Y tú?

CARMENCITA: *(Idem)*. Ya ves. ¿Dónde has estado?

SANTIAGO: ¿Por qué lo preguntas?

CARMENCITA: Por nada. *(Pausa. Los dos se miran fijamente y*

callan)

SANTIAGO: ¿Me quieres?

CARMENCITA: Muchísimo. ¿Y tú a mí?

SANTIAGO: También.

D^a RITA: *(Suspirando)*. ¡Ay!

SANTIAGO: *(A Carmencita)*. Tu madre ha suspirado...

CARMENCITA: No me fijé. *(Pausa)*.

SANTIAGO: ¿Esta noche no vienen las de Estupiñán?

CARMENCITA: ¡No me las nombres...!

SANTIAGO: Es verdad. ¡Qué antipáticas son!

CARMENCITA: Y alegadoras...

SANTIAGO: ¿Te han dicho algo...?

CARMENCITA: No; a mí, no.

SANTIAGO: Creí... *(Pausa)*.

D^a RITA: *(Suspirando otra vez)*. ¡Ay...!

SANTIAGO: Tu madre ha vuelto a suspirar...

CARMENCITA: Ahora sí que la oí.

SANTIAGO: ¿Qué tendrá?

CARMENCITA: Pues no sé.

SANTIAGO: No sabes nunca nada.

CARMENCITA: ¡Oh...! *(Otra pausa)*.

D^a RITA: ¿Qué horas serán?

SANTIAGO: *(Sacando el reloj)*. Las ocho y media.

D^a RITA: Jesús, que han tardado las niñas...

CARMENCITA: Ya me parece que las oigo. Sí, ellas son.

ROSITA. PACITA: *(Desde fuera)*. ¿Se puede...?

D^a RITA: Pasen, niñas. *(Las de Estupiñán salen por el foro)*.

ESCENA VII

DICHOS. ROSITA. PACITA.

Después de los saludos de rigor, se sientan en torno de la mesa, de manera que puedan refistolear todo lo que pasa en escena.

ROSITA: Santas y buenas noches...

PACITA: ¿Cómo les va...?

D^a RITA: Muy bien, hijas, ¿y a ustedes?

ROSITA. PACITA: Muy bien.

D^a RITA: Siéntense.

ROSITA: Gracias, niña; ahora mismito... Carmencita, hija, que guapa estás... ¿Usted está bueno, Santiago?

SANTIAGO: Para servir a ustedes.

PACITA: Siéntese, hombre. Por nosotras no pierda su conversación.

SANTIAGO: *(Sentándose)*. Muchas gracias. *(Las de Estupiñán se sientan también)*.

D^a RITA: ¿Y qué cuentan de nuevo?

ROSITA: Casi nada. Como una no sale de casa sino por las noches, no se entera de nada...

D^a RITA: Lo mismo me pasa a mí.

ROSITA: Hija, pero tú tienes tu marido que anda en la calle y puede traerte alguna noticia, pero nosotras...

D^a RITA: Niña, mi marido... en sacándolo de la política y de los plátanos, no se entera de nada.

PACITA: ¡La verdad es que los hombres, siempre están en Babia...! Usted no se enfade, Santiago.

SANTIAGO: No, señora; yo no me enfado por tan poco.

PACITA: Así me gusta a mí. *(Siguen hablando las de Estupiñán y doña Rita en voz baja)*.

CARMENCITA: *(Aparte a su novio)*. Siempre que las veo me revuelvo.

SANTIAGO: A mí me pasa lo mismo... Ni la ipecacua na...

CARMENCITA: ¡Ay, que Dios no me castigue quedándome soltera...!

SANTIAGO: Pero, mujer, ¿dudas de mi cariño?

CARMENCITA: ¡Qué se yo...!. *(Siguen hablando en secreto)*.

PACITA: ¡Sí, hija, él!

D^a RITA: ¡Quién lo diría!

ROSITA: Oh, echa tú que la mujer se enteró y le retiró la pensión que le estaba dando para que se vistiera...

D^a RITA: Y la otra dicen que no es fea.

ROSITA: Regular, hija, regular... ¿Tienes agua?

D^a RITA: Sí, mujer. *(Llamando)*. Carmencita...

ROSITA: Deja; yo voy a beberla. *(Sale un momento por la puerta del foro)*.

D^a RITA: Como tú quieras.

SANTIAGO: *(A Carmencita)*. Tu madre parece que te llamó...

CARMENCITA: Pues no la oí.

SANTIAGO: Como estamos tan entretenidos...

CARMENCITA: *(Suspirando)*. ¡Ay, Santiago! ¿Me quieres?

SANTIAGO: Muchísimo. *(Sigue el diálogo en voz baja)*.

PACITA: *(A doña Rita)*. ¿Te quedan muchos calcetines que zurcir...?

D^a RITA: Niña, sí entre Carlitos y Pancho destrozan más calcetines que un regimiento...

PACITA: Oye, los soldados no usan calcetines...

D^a RITA: Sí, niña, cuando van a oír misa, sí.

PACITA: ¡Ah, es verdad...!

ROSITA: *(Entrando)*. Hija, que sed da el sancocho...

PACITA: Y la sama que estaba hoy un poco salada.

D^a RITA: Pues en casa, hijas, no sé el tiempo que hace que no lo comemos... Como a Pancho no le gusta.

ROSITA: Los hombres, niña, son muy repudiosos...

PACITA: Y dilo, querida.

D^a RITA: Nada les gusta y de todo reniegan... *(Sigue el diálogo)*.

SANTIAGO: *(A su novia)*. ¿Quién, tu padre?

CARMENCITA: No.

SANTIAGO: ¿Tu madre?

CARMENCITA: No.

SANTIAGO: ¿Tu hermano?

CARMENCITA: No.

SANTIAGO: ¿Entonces...? *(Sigue el diálogo)*.

ROSITA: Yo oigo pasos. Han de ser de don Toribio y su sobrina...
Voy a poner esto allá dentro.

PACITA: Te acompaño.

D^a RITA: Pues cuida tú, Rosita. *(Por Santiago y Carmencita que cuchichean quedamente. Salen doña Rita y Pacita por la izquierda, enseguida entran don Toribio y Juanita por el foro)*

ESCENA VIII

ROSITA. CARMENCITA. JUANITA.
DON TORIBIO. SANTIAGO.

D. TORIBIO: ¿Cómo está la gente...?

JUANITA: Buenas noches...

SANTIAGO. CARMENCITA: Felices...

ROSITA: Santas y buenas.

D. TORIBIO: ¿Dónde está la otra gente?

JUANITA: ¿Y Carlos?

CARMENCITA: Mamá viene en seguida, que fue allá adentro, con Pacita, y Carlos dijo que iba por ese amigo inglés que se ha echado ahora y que dice que tiene muchos deseos de conocernos... Siéntate, Juanita. Siéntese, don Toribio.

D. TORIBIO: No, yo me marcho en seguida; voy a buscar a tu padre, que ha de estar en el Casino.

ROSITA: Allí seguramente lo ha de encontrar. Los hombres desde que se casan le cogen horror a la casa... No lo digo por usted, Santiago.

SANTIAGO: Claro que no; yo no soy casado todavía...

D. TORIBIO: Y aunque lo fuera... Todos los hombres no somos iguales. ¿Verdad, Carmencita?

CARMENCITA: Así creo yo; ni las mujeres tampoco.

ROSITA: Jesús, hija, parece que te has rascao.

CARMENCITA: ¿Yooo...?

JUANITA: (*Acercándose a Santiago y Carmencita*). ¿Les interrumpo

un momento?

SANTIAGO: Usted no molesta nunca, Juanita.

D. TORIBIO: Bueno, yo las deixo; hasta luego.

JUANITA: No tardes, títí.

D. TORIBIO: No; vengo en seguida. Adiós.

ROSITA: Hasta después.

CARMENCITA. SANTIAGO: Adiós. (*Vase don Toribio*).

JUANITA: ¿Y Carlos?

ROSITA: Hija, ya has preguntado dos veces por él...

SANTIAGO: Porque le interesa, Rosita.

JUANITA: Sí... (*Ruborosa*).

ESCENA IX

DICHOS. DOÑA RITA. PACITA.

D^a RITA: Hola, pitusa. (*A Juanita*).

JUANITA: Buenas noches, señora. Muy buenas, Pacita.

PACITA: ¡Jesús, hija, que emperifollada vienes...!

ROSITA: A la moda, niña. ¡Quiten p' allá esas modas...!

JUANITA: Señora, esto no tiene nada de particular. ¿Verdad, Santiago?

SANTIAGO: Yo creo que no.

CARMENCITA: Igual pienso yo...

ROSITA: ¿Oh, ustedes qué van a decir...?

PACITA: *(Aparte a doña Rita)*. Que escachada es esta niña. *(Por Juanita, que habla en voz baja con Santiago y Carmencita)*.

D^a RITA: Niña, es la edad. Acuérdate de como era yo cuando me estaba enamorando Pancho.

PACITA: Mujer, tú eras distinta. Lo que tenías era el genio muy vivo...

D^a RITA: Ah, sí; eso sí...

ROSITA: Niña, y otro fundamento para los novios...

PACITA: Como que las niñas de hoy, mujer, da vergüenza de como hablan con los hombres...

ROSITA: Y di tú que sí... *(Siguen las tres hablando en voz baja)*.

JUANITA: *(En el grupo de Santiago y Carmencita)*. Para mí el verlas, es como ver al enemigo...

CARMENCITA: Peor, hija, peor. En todo se meten, todo refistolean, todo quieren saber... y luego... venga murmuraciones.

SANTIAGO: Como son santurronas...

JUANITA: No; hombre; por eso no. ¿Qué tienen que ver las misas con las murmuraciones?

SANTIAGO: ¡Ya lo creo...!. Rezar y murmurar...

CARMENCITA: Niña, no le hagas caso, que es un herejote... *(Los tres ríen y sigue el diálogo)*.

ROSITA: *(A doña Rita y Pacita)*. Dos veces ha preguntado por él.

D^a RITA: Sí, está muy enamorada...

ROSITA: Hija, lo que está es muy relajona. Mira como se ríe ahora...

PACITA: ¡Qué zafada...!

ROSITA: ¡Qué juventud...!. ¡Y dígales usted algo...!

PACITA: Se ponen como fieras...

D^a RITA: Por eso yo, muchas veces, me aguanto con Carmencita... porque, hijas, si después de los disgustos que una tiene por el día con la criada, y con las cosas de la casa, va a estar siempre de

cantinelas detrás de la muchacha, se muere en dos días...

PACITA: Sí, pero no conviene dejarles pasar mucho. Mira tu hija, que pegada está ahora al novio...

ROSITA: Sí, es verdad, mujer; llámala.

D^a RITA: Carmencita...

CARMENCITA: ¿Qué dices mamá?

D^a RITA: Mira... Con el permiso... *(Carmencita se levanta y habla en secreto con su madre; después vuelve a sentarse al lado de su novio, un poco más retirada de lo que estaba antes).*

JUANITA: ¡Ahí viene Carlos...! *(Corre a sentarse al otro lado de la escena, retirada del grupo que forman las de Estupiñán y doña Rita, en torno a la mesa).*

ROSITA: Ya lo sintió... *(Entran por el foro Carlitos y Mr. White).*

ESCENA X

DICHOS. CARLITOS. MR. WHITE.

Mr. White es un tipo de inglés perfecto; tiene la nariz muy encarnada, por efectos del trinquí, y fuma en pipa desafortadamente. No ríe casi nunca, aunque dice muchas veces que le hacen reír las cosas pintorescas de este país.

CARLITOS: *(Haciendo la presentación).* Mr. Eduard White... mi mamá... Rosita y Pacita Estupiñán... Santiago Robaina... mi hermana... Juanita... *(Todos van haciendo una inclinación de cabeza a medida que son presentados).*

MR. WHITE: Señoras... Caballero... Mí ser muy complacido conocer ustedes...

D^a RITA: A nosotros nos satisface... Siéntese, míster.

MR. WHITE: Zanquiéut.

PACITA: *(Aparte a su hermana)*. ¿Qué dijo?

ROSITA: *(Idem)*. No lo entendí, hija.

CARLITOS: *(Orador)*. Míster White tenía gran deseo de venir a esta tierra para conocer nuestras costumbres y hacer verdadera propaganda en Inglaterra de las excelencias de nuestro clima y de las maravillas que aquí se encierran...

MR. WHITE: ¡Oh, sí...! Yo estar satisfechísimo de todo ésto. Canarias es para mí un verdadero paraíso. Todo aquí ser muy pintoresco, desde los aristócratas hasta los municipales... Yo aquí no saber nunca lo que es spleem... Encantarme todo mucho... mucho... las personas... el clima y las bananas.

D^a RITA: Las bananas es lo mejor que aquí tenemos, míster.

MR. WHITE: ¡Oh, yes!

PACITA: *(Aparte a su hermana)*. ¿Lo entendiste ahora?

ROSITA: *(Idem)*. Niña, yo no.

PACITA: ¡Pues estamos lucidas...!

CARLITOS: *(Que ha ido a sentarse junto a Juanita)*. Gracias, Juanita; me ha hecho usted el más feliz de los mortales, ¡el más feliz...!

JUANITA: ¡Pero usted ha bebido, Carlitos!

CARLITOS: Sí; unos whisky and soda, para acompañar a míster White...

JUANITA: Por Dios... *(Siguen hablando en voz baja)*.

D^a RITA: ¿Y en su tierra no hay bananas, míster?

MR. WHITE: Las que importan de aquí y de Jamaica, solamente.

ROSITA: ¡Niña, qué raro...! Oiga míster, ¿dicen que allá en su tierra, en London, salen solos los novios a la calle...?

CARMENCITA: *(Por lo bajo a Santiago)*. ¡Ya apareció aquello...!

MR. WHITE: Sí, señora. Nosotros respetar mucho y querer seriamente a la... a la... ¿cómo se dice, Carlos...? A la pro... metida...

CARLITOS: Sí, prometida.

ROSITA: Pues aquí los hombres, poco o nada respetan a las mujeres... ¡Si una se descuida...!

MR. WHITE: ¡Oh, la señora teme...! ¡Oh, muy pintoresco... muy pintoresco...! *(Ríe flemático)*.

CARMENCITA: *(Riñendo con su novio)*. ¡Pero, hijo, y yo que culpa tengo...!

SANTIAGO: Pues si no la tienes me importa lo mismo. No estoy dispuesto a tolerar que ni las de Estupiñán ni nadie se salga con la suya...

CARMENCITA: Pero atiende, hombre... *(Sigue el pleito)*.

D^a RITA: Oiga, míster, ¿dicen que en su tierra hay mucho frío?

PACITA: ¿Y que no sale nunca el sol?

ROSITA: ¿Y que en Semana Santa no dejan salir santos a la calle?.

PACITA: ¿Ni dejan celebrar la procesión del Retiro?

MR. WHITE: ¡Oh, las señoras preguntan mucho...!

PACITA: *(Aparte a doña Rita y a su hermana)*. ¡Jesús...! ¿Qué en su tierra no se preguntará nada...?

ROSITA: Puede ser... ¡Quién sabe...!

D^a RITA: ¡Niña, no lo creas!

MR. WHITE: En Inglaterra ser todos muy equitativos...muy condescendientes. Allí nadie se preocupa por nada ni por nadie, y todos hacen lo que precisan hacer.

PACITA: *(A doña Rita y Rosita)*. ¡Hijas, qué gentes más rara...!

D^a RITA: ¡Quita p' allá...!

ROSITA: Ni por nada del mundo me casaría yo con un inglés...

PACITA: Ni yo... *(Se oyen voces alteradas fuera que se van acercando)*

gradualmente hasta que entran en escena don Pancho y don Toribio, insultándose de manera violenta, con una discusión política que traían entablada. Momento de espectación en los personajes que están en escena, menos en el inglés, que continúa inalterable fumándose su pipa, sin moverse de su asiento.

D^a RITA: ¿Qué voces son esas...?

PACITA: ¡Jesús, qué escándalo...!

ROSITA: (A doña Rita). ¡Tu marido, niña!

JUANITA: (A Carlos). ¡Mi tití...!

SANTIAGO: (A Carlos). ¡El cafre de tu padre...! (Entran por el foro don Pancho y don Toribio).

ESCENA XI

DICHOS. DON PANCHO. DON TORIBIO

Don Pancho y don Toribio discuten acaloradísimos, descompuestos, casi a irse a las manos.

D. PANCHO: ¡El grosero es usted...!

D. TORIBIO: ¡Usted!

D. PANCHO: ¡Usted!

D. TORIBIO: ¡Usted!

CARLITOS: (Interviniendo). ¡Pero, papá, por Dios!

D. PANCHO: (A su hijo). ¿Tú también...? ¡Quítateme delante...!

ROSITA. PACITA: ¡Dios mío del alma!

D^a RITA: ¡Cálmate Pancho!

D. TORIBIO: Su marido, señora, que es un mal educado, un intransigente, un... *(Soltando el último ultraje)* ¡leonino!

D. PANCHO: ¡Póngase en la calle!

CARMENCITA: ¡Qué vergüenza!

D. TORIBIO: Sí; nos vamos... Juanita, arréa.

JUANITA: ¡Dios mío...! ¡Mi Carlos...! *(Llora)*.

CARLITOS: ¡Dios mío...! ¡Mi Juanita...!

D. TORIBIO: ¡No vendremos más a esta casa...! *(Salen don Toribio y Juanita por el foro, sin despedirse de nadie, Juanita va llorando a lágrima viva)*.

MR. WHITE: ¡Qué pintoresco ser todo esto!

ESCENA XII

DON PANCHO. CARLITOS. CARMENCITA.

PACITA. SANTIAGO. DOÑA RITA. ROSITA.

GREGORIA. MR. WHITE.

Don Pancho se ha desplomado en una silla junto a la mesa y se lleva las manos a la cabeza, dando muestras de un fuerte ataque de jaqueca. Doña Rita, preocupadísima, va en su auxilio. Carlitos llora hipo, escondiendo la cara entre las manos, sentado en la misma silla que dejó Juanita.

D. PANCHO: ¡Ay...! ¡La jaqueca...! ¡Ay...!

CARLITOS: *(Llorando)*. ¡Mi Juanita...!

CARMENCITA: *(Afligida)*. ¡No te vayas Santiago!

SANTIAGO: ¡Para no volver más! ¡No vale tu cariño tanto sacrificio!
¡Adiós!. *(Sale de estampida por el foro, sin despedirse de nadie)*.

CARMENCITA: *(Llorando)*. ¡Mi Santiago...!

D. PANCHO: ¡Ay...!

D^a RITA: *(Desde la puerta del foro)*. Gregoria... traiga un poco de agua y vinagre para ponerle paños al caballero... *(Entra Gregoria y pasa a la cocina)*.

PACITA: *(A su hermana)*. ¡Hija, qué disgusto!

ROSITA: ¿Vámonos...?

PACITA: Sí, hija, vámonos...

D^a RITA: *(Viéndolas prepararse para marchar)*. Perdonen, niñas...
¡Ay, qué vergüenza...!

PACITA: *(Consolándola)*. Mujer, no te apures... Hasta mañana.

ROSITA: Calma, Carmencita... Carlitos, no hay por qué apurarse...
(Los dos siguen llorando sin contestar palabra). Bueno, hasta mañana. *(Salen las de Estupiñán haciéndole una profunda reverencia al inglés)*.

D. PANCHO: *(Que no ha cesado de quejarse)*. Ese hombre...
¡Insultar a los liberales, cuando si no hubieran sido los liberales, sabe Dios cómo estaría el país! ¡Ay...!

D^a RITA: Cálmate, hombre... ¡Andese, Gregoria!

GREGORIA: *(Saliendo con una escudilla grande en las manos)*.
Tome, señora.

D^a RITA: ¡Traiga p' acá...! *(Coge la escudilla y empieza a ponerle los paños de agua y vinagre en la frente a su esposo. Gregoria le ayuda)*.

D. PANCHO: ¡Me muero...! ¡Ay...!

CARLITOS: ¡Mi Juanita...! ¡Mi dicha...! *(Llora amargamente)*.

CARMENCITA: ¡Santiago de mi alma...! ¡Ay!. ¡Ay!. ¡Ay...! (*Le da un histérico. Gregoria corre a sujetarla*).

GREGORIA: ¡Niña...!

D. PANCHO: ¡Ay...!

CARMENCITA: ¡Ay...! ¡Ay...!

D^a RITA: (*Llorando también desolada*). ¡Dios mío...! ¡Qué desgracia...
Qué desgracia tan grande...!

MR. WHITE: (*Que ha presenciado todo lo ocurrido sin moverse de su sitio ni dejar de fumar*). ¡Oh... Muy pintoresco...! ¡Canarias...!
¡Gran país para el spleem... A mí hacerme reír mucho todo esto...
Hacerme reír mucho... mucho...!

(*Telón lento*)

DUELO Y JOLGORIO
(Escenas de la Vida Isleña)

SAULO TORÓN

PERSONAJES

MARIQUITA, 30 años.

SEÑA NICOLASA, 40 años.

VENDEDORES DE PESCADO.

UNA NIÑA

TÍO CHISPITA, 80 años.

SINFORIANO, marido de Mariquita, 35 años.

ANDRÉS, marido de S. Nicolasa, 45 años.

GREGORITO.

D. BERNABÉ, 55 años.

D. POLICARPO, 50 años.

TORIBIO, 40 años.

UN ALEMÁN.

JUANILLO EL ESCURRÍO, 14 años.

ANTOÑITO, 9 años.

Época: Guerra europea del 14.

CUADRO PRIMERO

Final de una calle del Puerto de la Luz. Una casa a la derecha y otra a la izquierda, ambas de planta baja y con puertas practicables. En el fondo, cruzando la escena, un camino o carretera, a distancia, en la lejanía, el mar y parte del caserío y peñascos de Arrecife.

La acción empieza en las primeras horas de la mañana.

ESCENA I

MARIQUITA. NICOLASA

(Mariquita barriendo la escena; Señã Nicolasa, que sale de su casa).

S. NICOLASA: Buenos días Mariquita...

MARIQUITA: Hola, vecina.

S. NICOLASA: ¿Usted oyó anoche llover...?

MARIQUITA: Por la madrugada, cuando me levanté pa mudarle los pañales al niño, que el pobre está algo ligerillo de la barriga...

S. NICOLASA: ¡Ah, sí! ¿Y eso de qué ha sio...? ¿Alguna cosilla que le han dao, que le jizo daño...?

MARIQUITA: No, señora; fue que el padre se empeñó ayer en que la criaturita había de tener algo de indigestión, porque estaba palidillo, y le dimos algunas cucharaditas de aceite de almendras pa que limpiara...

S. NICOLASA: Oiga, y bien buena que es...

MARIQUITA: Sí, señora, pero cuando el médico lo manda. Ya usted ve. Anoche, después que le pasaron las primeras corrientes, y en vista de que el pobrecito se ponía ca vez más descolorío y entristecío, vine a caer en la cuenta de que lo que el infeliz tenía

era hambre...

S. NICOLASA: ¿Qué me dice...? ¡Angelito...!

MARIQUITA: Lo que usted oye; mi niño... Con la trajina de la casa, y el lavado de la ropa, que me tocaba ayer se me pasó el tiempo y no me acordé de darle de mamar... Y así estaba el pobre de desfalleció...

S. NICOLASA: Claro, y después el purgante...

MARIQUITA: No me diga, señora, que disgusto tan grande no lo he tenido en mi vida...

S. NICOLASA: ¡Ya lo creo, quería...!

MARIQUITA: Por eso digo yo, que cuando un niño se pone malo, que no se sabe lo que tiene ni él sabe decir lo que le duele, lo mejor es llevarlo al médico... Ellos lo ven y saben mejor que uno lo que es menester mandarles... ¿Y me decía usted que si vi llover? ¡Cómo hacía muchos años!. Creí que el techo de la alcoba se nos caía encima... ¡Santa Bárbara bendita...!

S. NICOLASA: Pues yo, señora, tuve que despertar a mi marío porque se me puso un salto en el pomo... que creí que iba a darme algo. ¡Yo no he oído nunca lluvia tan espesa...! ¡Si parecían teniques las gotas que caían en la azo ¡Y luego Andrés, como tiene el sueño tan pesado, ronca que ronca, sin oír nada... Jesús, no me quiero acordar...!

MARIQUITA: Y diga usted, señora, que los maríos con la excusa de que tienen que trabajar al siguiente día, se tumban en el colchón y hasta la eternidad... Y a mí que no me digan que es cansancio y estropeo, porque más de lo que una se atarea por el día... que si

lavar la ropa, que si hacer de comer, que si planchar, que si barrer y limpiar lo que las criaturas empuercan... Señora, ¡un Belén...!

S. NICOLASA: Sí, señora; y es que los hombres quieren ser muy regalaos y que se lo jagan too, y que una pase las fatigas pa que esté too dispuesto cuando ellos lleguen... ¡Le digo a usted...! Y la culpa la tenemos nosotras, por casarnos... ¡Bien me lo decía mi madre, que en Santa Gloria esté...!

MARIQUITA: A mí también me lo decía la mía; pero, hija, una por conocer de too... Yo lo que creo es, que aquí, como en otras partes, debía haber eso que llaman tivorcio... divorcio... o no sé cómo; eso que cuando una no está a gusto con su marío, no tiene más que declararlo a la Justicia y puede separarse de él desde que quiera...

S. NICOLASA: Sí, Mariquita, pero eso tiene una gran dificultad... ¿Y los hijos, nuestros pobres niñitos...?

MARIQUITA: Señora, ya se arreglaría todo... *(Mirando por el foro)*.
Tío Chispita...

ESCENA II

CHISPITA. NICOLASA. MARIQUITA

(Por el foro izquierda).

T. CHISPITA: Santos y buenos...

S. NICOLASA: Salú, Tío Chispita.

MARIQUITA: ¿Qué se le pierde tan temprano por aquí...?

T. CHISPITA: Mi nieta Encarnación que me mandó a buscar pa que le santiguara un chico que tiene con mal de ojo...

S. NICOLASA: ¿Qué me cuenta...? ¡Mal de ojos...! Pues mire, Tío Chispita, mejor sería que mandaran a buscar a Frasquita la bruja, que en esas cosas de males y hechizos es toa una médica... ¡Y qué buena es, quería...! Manuelita la del carbón, la que vive con Antoñito el pelao, tenía un hijo con malhecho, y desde que se lo llevaron a la bruja, quedó el niño tan sano y contentísimo como si hubiera visto llegar a los propios Reyes Magos...

T. CHISPITA: Yo también entiendo algo de esas cosas, Señá Nicolasa... Jasta la fecha no me ha fallado uno de los que he santiguado... ¿Y Andrés? ¿Dónde está Andrés...?

S. NICOLASA: Se levantó al amanecer, a ver si le daban trabajo en el lirio que llegó esta mañana...

T. CHISPITA: ¡Ah, tiempos...!

MARIQUITA: Todos los tiempos son iguales, Tío Chispita; los que variamos, y no poco, semos nosotros...

T. CHISPITA: No, hija, no; no voy por el camino que tú crees... No me refiero a que los trabajadores tengamos que ir a mendigar trabajo de casa en casa, como quien pide una limosna... Nada de eso... Esa costumbre viene rigiendo desde que se fundó el capital y el trabajo... A lo que yo me refería era a los tiempos aquellos en los que yo, con una mano, era capaz de echarme a cuesta un candray y llevárselo... a la Virgen del Pino, si se ofrecía... Aquellos tiempos en que no era necesario tener que estar jaciendo de curandero por esos andurriales pa reunir el cuartillo del gofio...

MARIQUITA: ¡Qué más da! Tanto da una cosa como la otra... Al fin hemos de embarcarnos pa el otro mundo con el mismo equipaje...

S. NICOLASA: ¡Y dígala quería!

T. CHISPITA: Ustés jablan de esas cosas porque no saben lo que son trabajos...

MARIQUITA: ¿No oye usted, señá Nicolasa? ¡Qué no sabemos lo que son trabajos...! La cantinela de todos los hombres... ¡No sabemos lo que son trabajos...!

T. CHISPITA: Trabajos de rigor... de producción, quiero decir.

MARIQUITA: ¡Qué quiere usted decir, hombre de Dios! Si nosotras, las mujeres, trabajamos más y producimos más que ustees... Si ustees con salir por la mañana a cargar cuatro fardos o echar cuatro palas de carbón en una bodega, vienen a casa completamente rendíos, y se tumban en la cama mismamente que

animales... ¡Qué no sabemos nosotras lo qué son trabajos...!

¡Mujer debió usted haber nacido, pa que supiera lo que hablaba...!

T. CHISPITA: Bueno, hija, no te incomodes, que pierdes el gobierno.

S. NICOLASA: Y tiene razón Mariquita...

T. CHISPITA: Pues que se las arraye toas.

MARIQUITA: No; arráyeselas usted, pa que me ajorre ese... trabajo.

ESCENA III

DICHOS. JUANILLO EL ESCURRÍO

(Por el foro derecha).

J. EL ESCURRÍO: Tío Chispita...

T. CHISPITA: Eh, ¿qué dice el pollo?

J. EL ESCURRÍO: Dice Encarnacionita que vaya usted enseguida p'allá, que al niño le ha dao como unas fatigas y que se ha quedao amarillo y engarrotao... Que vaya usted ahora mismito.

T. CHISPITA: Allá voy... ¡Pobrecito...! Dios quiere que el mal no le jaya tocao muy hondo...

S. NICOLASA: No olvide a Frasquita la Bruja...

T. CHISPITA: Vamos, muchacho... *(Al chico, que espera)*. ¡Condenao mal de ojos...! *(Vanse ambos foro derecha)*.

S. NICOLASA: Y yo también voy a ver si encuentro algo en el mercado pa arreglarle el cesto a Andrés. *(Entra un momento en la casa y sale con un cesto y un sobretodo que se pone en escena)*.
¿Usté va, vecina...?

MARIQUITA: Yo, no; me queo un rato jasta ver si se levanta Sinforiano.

S. NICOLASA: Pues entonces, jasta luego.

MARIQUITA: Oiga vecina, si pasa por ca Don José Navarro, tráigame un madeja de zurcir de dos perras.

S. NICOLASA: Descuide, señora. *(Sale por el foro izquierda)*.

ESCENA IV

MARIQUITA. SINFORIANO

MARIQUITA: Pobre Señá Nicolasa y que buena es. Tan hacendosa y servicial y tan cariñosa pa su marío, y él tan borrachín y sinvergüenza como... como la mayoría de los hombres... Sí, así,

clarito... De ca cien hombres que se ajunten pa venderlos... se podrá escger uno, a lo sumo; los demás... el que no se emborracha es mujeriego, y el que no es mujeriego...

SINFORIANO: *(Dentro)*. ¡María...!

MARIQUITA: Ya despertó el caballero. ¡Voy...!

SINFORIANO: ¿Dónde me pusiste los calzones...?

MARIQUITA: En la cama del niño. Allá voy. *(Entra en la casa)*.

ESCENA V

ANDRÉS. GREGORITO. SINFORIANO

ANDRÉS: No, Gregorito, no; las cosas no están como antes. Ya no se premia el trabajo ni se busca al hombre trabajaor... Hoy todo son favoritismos y adulaciones, y al que es honrao y sabe cumplir, a ése se le deja morir de jambre...

GREGORITO: Sí, lo comprendo, pero...

ANDRÉS: No hay peros ni manzanas... ¡ni vergüenza, recontra!
Pues no lo he de decir...!

GREGORITO: Pero si no sacamos nada de protestar... Ya ve usted

lo que le pasó a Mateo Jilario, que por mucho protestar, con o sin razón, tuvo que salirse escafiriendo pa la Bana.

ANDRÉS: ¿Y por qué, Gregorito, por qué...? Por lo que dije denantes, porque aquí no hay vergüenza ni unión entre los trabajaores... Vamos a ver. ¿Usté cree que hay derecho a que los mismos que van a trabajar hoy vayan mañana, y pasao, y siempre; y nosotros, los que no tenemos influencias ni vamos con regalos, y otras cosas que yo me sé, pa los encargaos, nos muramos de hambre viendo a los demás como se las bailan...? No, jinojo, ¡esto salta a los ojos de Dios!

SINFORIANO: (*Saliendo*). Muy bien jablao.

GREGORITO: Hola, Sinforiano.

SINFORIANO: (*Desperezándose*). ¡Aaah...! Sigue, hombre, sigue, que me gusta oírte.

ANDRÉS: No me vengas tú también a acalorar, más de lo que uno está.

SINFORIANO: Ya sabe aónde quea la marea... ¡Reontra, y qué frío jace esta mañana...!

GREGORITO: Como que hacía muchos años que aquí no llovía como anoche... ¡Madre Dios del alma!

ANDRÉS: Y así debió seguir lloviendo un año. A ver si nos ajogábamos toos como chinches!

SINFORIANO: Jesús, hombre; no digas barbaridaes... Que lloviera como llovió anoche, pero que en vez de ser agua lo que cayera... que fuera... ¡ron!

GREGORITO: ¡Hía...!

ANDRÉS: Tú eras el primero que te ajogabas.

SINFORIANO: ¿Yo...?, sí; después que tú.

GREGORITO: A todos nos gusta; menos al cura que lo rebaja con bendiciones.

SINFORIANO: Je... Je... Tiene gracia Gregorito; siempre la pega con los curas...

ANDRÉS: Con los curas sólo, no, caramba, que algunas veces la pega también con los frailes...

GREGORITO: Porque conviene, Andresito, porque conviene. Hay que ser republicano... Y ya que usted los nombra, ¿a qué no sabe usted en qué se parece un fraile a otro fraile?

ANDRÉS: ¡Un fraile a otro fraile...!

SINFORIANO: ¿Un fraile a otro fraile...? En que los dos van descalzos, será.

GREGORITO: ¡Quiá...! En que uno es tan inútil como el otro.

SINFORIANO: ¡Muy bien, caray! Ésa sí que me gustó.

ANDRÉS: Señores, los invito a hacer la mañana.

GREGORITO: Se aceta.

SINFORIANO: Y por mí que no se diga.

ANDRÉS: Pues a avío; ca de Don Policarpo, en la esquina, que da buena medía.

SINFORIANO: A probao. (*Vanse los tres foro izquierda*).

ESCENA VI

MARIQUITA. VENDEDORA DE PESCAO. UNA NIÑA

VENDEDORA: *(Dentro)*. ¡Quién compra pescao fresquiito...!

MARIQUITA: *(Saliendo de la casa)*. Eh... ¿qué vende, cristiana?

VENDEDORA: *(Saliendo por el foro izquierda)*.

Pescao, señora, zaifias y lebranchos.

MARIQUITA: ¿Y a cómo lo lleva?

VENDEDORA: Por ser usted se lo daré a nueve perras... ¿Cuánto le pongo...?

MARIQUITA: Si me lo da a ocho le compro una libra.

VENDEDORA: *(Descargándose la cesta que lleva a la cabeza)*. Señora, por una perra ni más rica ni más probe... *(Pesando el pescado)*. Mira, y muy bien pesao...

MARIQUITA: Póngamelo aquí, en el suelo. *(Contándole el dinero)*.

Una... dos... tres... cinco...

VENDEDORA: Está bien, señora... *(Se carga la cesta)*. Vaya... que haiga salud. *(Dirigiéndose al foro derecha)*. ¡Y vamos con el pescao fresquiito...!

NIÑA: *(Saliendo foro izquierda)*. ¡Eh...! ¡Mujer...! Mi madre que vaya allá.

VENDEDORA: Allá voy. ¡Y vamos con el pescao fresquiito...!
(*Vanse ambas foro izquierda*).

ESCENA VII

MARIQUITA. ANTOÑILLO. SEÑA NICOLASA.
JUANILLO EL ESCURRIO

MARIQUITA: (*Llamando al interior de la casa*). Antoñillo... Antoñillo...

ANTOÑILLO: (*Saliendo*). ¿Qué quiere, madre?

MARIQUITA: Tráeme el cuchillo pa escamar el pescao.

ANTOÑILLO: Voy enseguidita.

MARIQUITA: Y tráeme también el lebrillo pequeño.

ANTOÑILLO: ¿Cuál, madre?

MARIQUITA: El que está sobre el poyo, ¡condenao!

S. NICOLASA: (*Entrando*). ¡Ay, Señor! Qué mortificación tan grande...

Lleva una dos pesetas a la plaza, y vuelve sin ellas y casi nada en el cesto... Mire usted: tres patatas picaas y arru gas, casi inservibles, una fisca; esta col, dos perras; dos libras de manzanas, media peseta; cuatro naranjas, un real vellón... Hija, no sabe una qué

jacerse... La madeja.

MARIQUITA: No me diga usted naa señora... Yo, con esta libra de pescao que acabo de comprar, y el puñito de gofio, me las arreglaré... Trae acá, jijo... *(Coge los objetos que le trae Antoñillo y se dispone a arreglar el pescado)*.

S. NICOLASA: Y ahora vamos a ver si mi niño se ha despertao, que el pobre lo dejé dormidito en la cama nuestra...

MARIQUITA: A Andrés lo oí hablar aquí fuera con Sinforiano y Gregorito...

S. NICOLASA: Ah, ¿sí? ¡Tampoco hoy le han dao trabajo...!

MARIQUITA: Parece que no. *(Mostrándole el pescado)*. Mire, señora, qué fresquito está.

S. NICOLASA: Así parece... ¿Y pa ónde fueron los caballeros?

MARIQUITA: ¿Pa ónde quería usted que fueran? ¡Pa ca de don Policarpo de toos los demonios, que debían de secársele las entrañas...!

S. NICOLASA: So, señora; con que se le secan las pipas y botellas que tiene allí... habría suficiente. *(Entra en su casa)*.

MARIQUITA: Antoñillo, ve y dile a tu padre que qué piensa.

ANTOÑILLO: Voy, madre, que estoy recogiendo los boliches...

MARIQUITA: ¡Deja los boliches, rayo...! ¡Confiscao chiquillo...!
(Vase Antoñillo foro izquierda).

J. EL ESCURRÍO: *(Cruzando por el foro)*. Adiós, Mariquita...

MARIQUITA: ¿A ónde vas, Juanillo?

J. EL ESCURRÍO: A avisarle a Dieguito pa que prepare el coche pa

las cuatro...

MARIQUITA: ¿Se murió el niño de Encarnacionita?

J. EL ESCURRÍO: Sí, señora; la cabeza.

MARIQUITA: ¡Pobrecito...! Maleficio... ¿no?

J. EL ESCURRÍO: Eso dicen toos... Pero voy que tengo que avisarle también a Tiburcio el fañoso pa que vaya a sacar la papeleta... Jasta luego, y dígaselo a la gente.

MARIQUITA: Sí, hombre, que se lo diré. *(Vase Juanillo el Escurrío. Mariquita, que ha terminado de aliñar el pescado, se levanta y con el lebrillo bajo el brazo entra en la casa).*

ESCENA VIII

ANDRÉS. SINFORIANO. SEÑA NICOLASA.

MARIQUITA. ANTOÑILLO.

SINFORIANO: Ja... Ja... Ja... ¡Qué gracia tiene este Gregorito...!

ANDRÉS: Sí, caray; mía que decir que los canónigos van siempre sofocaos porque llevan requintá la estiva...

SINFORIANO: Pues, y el otro día, cuando le dijo al sacristán que

¿sí...? (*Habla al oído de Andrés*).

ANDRÉS: Oh, ¿y cuándo...? (*Lo mismo a Sinforiano*).

SINFORIANO: ¡Hia, recontra...! (*Los dos ríen*).

S. NICOLASA: (*Saliendo de la casa*). Andrés, ¡tampoco hoy...!

ANDRÉS: Tampoco, hija, tampoco.

S. NICOLASA: No bastan las risas, Sinforiano; hay también que comer, que es lo principal.

SINFORIANO: Sí, señá Nicolasa, pero si no hay aónde ir a trabajar, o no quieren darnos trabajo, ¿qué va uno a jacer...? Ya usté me ve a mí, trabajando quince días en el mes... y las costas libres.

S. NICOLASA: ¡Cómo ha de ser!

ANDRÉS: No, recontra; es que las cosas no están bien; es que se abusa y se desprecia mucho al trabajaor... Es que los que tienen obligación de hacer por nosotros se encogen de hombros... y too les tiene sin cuidao... Y es por lo que yo digo, jinojo: porque no estamos uníos, porque no vamos a nenguna parte, ¡porque no tenemos vergüenza...!

MARIQUITA: (*Saliendo*). Justo... ¡Porque no tienen vergüenza!

SINFORIANO: Mujer, es un decir...

MARIQUITA: Es un decir, pero un decir muy bien dicho. Se quejan de que no tienen trabajo, de que no encuentran trabajo, y caa vez que se lamentan... van a buscar el remedio ca de don Policarpo!

ANDRÉS: ¡Pa quitar penas, Mariquita, pa quitar penas...!

MARIQUITA: ¡Pa quitar penas... pa quitar penas...! ¡Pa quitar rayos, Andresito, pa quitar rayos...!

SINFORIANO: Mujer...

ANTOÑILLO: Padre, hay viene Tío Chispita...

SINFORIANO: Oh, Tío Chispita...

ESCENA IX

DICHOS. TÍO CHISPITA.

TÍO CHISPITA: *(Muy afligido)*. Sinforiano... Andrés...

ANDRÉS: ¿Qué tiene, Tío Chispita? ¿Por qué llora?

MARIQUITA: El niño...

TIO CHISPITA: ¡Se fue...! Se lo llevó el mal, que era muy jondo...
(Llora).

S. NICOLASA: ¡El pobre!

MARIQUITA: *(Suspirando)*. ¡Cómo ha de ser...!

(Pausa).

S. NICOLASA: ¿Y no llamaron a Frasquita la bruja?

T. CHISPITA: Ya, ¿pa qué? si cuando yo llegué aonde él estaba
era ya un difunto... Tenía la muerte retrataa en la carita... ¡Perro,
y más que perro maleficio...!

SINFORIANO: Quemaas vivas debían ser las personas que jaicen

esas ruindaes...

ANDRÉS: Presidio pa toa la via, jinojo, con caenas en el pescuezo...

S. NICOLASA: ¡Pobre criaturita!

MARIQUITA: Dios nos libre de un mal querer... ¡Mis niños, cuando pienso que a alguno de mis hijos puean hacerle ese mal...!

T. CHISPITA: Andrés, ¿me acompañas...?

ANDRES: Sí, Tío Chispita; yo lo llevaré a su casa... Nicolasa, prepárame la comía y la ropa negra pa el entierro, que yo vengo en seguía.

S. NICOLASA: Ve, y no tardes.

T. CHISPITA: Adiós, Mariquita... Señá Nicolasa... ¿tú te queas, Sinfioriano?

SINFORIANO: Sí, Tío Chispita. Después iré por allá...

T. CHISPITA: Jasta luego, entonces... vamos, Andrés. *(Salen Tío Chispita y Andrés por el foro izquierda).*

ESCENA ÚLTIMA

MARIQUITA. SEÑA NICOLASA. SINFORIANO

S. NICOLASA: *(Desde el fondo)*. ¡Mírenlo como va, parece un Nazareno...!

MARIQUITA: ¡Mis niños... mis niños! No dejo de pensar en mis pobres criaturitas...

S. NICOLASA: ¡Ay, es verdad, señora...!

SINFORIANO: *(Conmovido)*. María, sácame la ropa, anda; que quiero estar vestío pa el entierro... Anda.

MARIQUITA: *(Entrando en la casa)*. ¡Mis niños...! ¡Mis pobres niños...!

(Telón lento)

CUADRO SEGUNDO

Interior de una tienda-café. A la izquierda, desde el segundo al primer término el mostrador. Puerta al fondo, que da a la calle, y dos laterales: una a la calle y otra al interior de la casa. Mesas con sillas y bancos sin pintar en primer y segundo término, de derecha a izquierda. Hora, de cinco a seis de la tarde.

ESCENA I

DON POLICARPO. DON BERNABÉ. ANTOÑITO

(Sentados alrededor de la mesa de primer término).

D. POLICARPO: *(Después de haber leído la hojilla telegráfica de un diario local, profético).* Le digo a usted, mi amigo, que cuando Gindemburgo se propone en una cosa, es tremendo. ¿Usted cree que haya alguien capaz de resistir una embestida preparada por este hombre...? Acuérdesese, que cuando acabe con toos los soldados de los frentes ha de empezar con nosotros, los españolitos desgraciaos, que no nos hemos querfo convencer de que Alemania es la primera nación del mundo, y el Kaiser el hombre de más riñones, y el Kronsprinz el más guapo y el de más estrategia... Y crea usted que me alegraría, para que se fastidiaran esos aliadillos bobos que fían de los Lerrouxes y demás zurrirurias que andan por ahí...

D. BERNABÉ: *(Asintiendo).* Tiene usted razón, Doñ Policarpo. La culpa de nuestras desgracias futuras la vamos a tener nosotros mismos...

D. POLICARPO: ¡Pues ya lo creo, hombre!

ANTOÑILLO *(Que entra, golpeando el mostrador):* ¡A despachar!

D. POLICARPO (*Sin moverse*): ¡Voy! (*A don Bernabé*). Si yo fuera Gobierno haría con los que escriben y peroran en contra de los alemanes tan fuerte escarmiento, que se habían de acordar de mí hasta más allá del Juicio Final... Y luego dicen y critican de Sánchez Guerra, ¡el mejor gobernante que tenemos! porque quiso meter en collera a los revoltaos que pretendían descoronar al rey pa irse a favor de Inglaterra y Francia...

ANTOÑILLO: (*Golpeando de nuevo sobre el mostrador*). ¡A despachar!

D. POLICARPO: (*Colérico*). ¡Voy reconcio...! ¿Qué prisa tienes?

ANTOÑILLO: Me dijo mi madre que me despachara pronto y que fuera ensegúa.

D. POLICARPO: Pues a tu madre que se aguarde. ¡Pues no faltaba más...! Y dígame, don Bernabé, ¿cree usted que los ingleses y franceses podrán resistir esta nueva embestida que se les prepara...?

D. BERNABÉ: (*Moviendo la testa filosóficamente*). No sé, don Policarpo... Aquello de Verdún es cosa para hacer desconfiar del éxito de esta nueva empresa.

D. POLICARPO: Pues yo, apostarí una corría y la cena pa cuatro amigos, a que desde que los alemanes jagan tantito así palante, los anglofranceses se salen escafiendo.

D. BERNABÉ: Puede ser...

ANTOÑILLO: Cristiano, ¿qué no me despacha?

D. POLICARPO: ¡Voy, voy, y voy...! ¡Caray...! ¿Y qué quieres? (*Levantándose*).

ANTOÑILLO: Cinco cuartos de espíritu.

D. POLICARPO: ¡Y pa eso tanta música...! (*Despacha a Antoñillo, que sale corriendo. Después vuelve a sentarse en la mesa con don Bernabé*).

ESCENA II

DON POLICARPO. DON BERNABÉ. TORIBIO

TORIBIO: (*Que entra pricipitadamente por la puerta del fondo, con el rostro rebosando de una singular alegría*). ¿No saben ustedes lo qué pasa?

D. POLICARPO Y D. BERNABE: (*Simultaneamente*). ¿Qué?

TORIBIO: ¡Qué los rusos piden la paz... que los italianos ya no seguirán luchando, porque se les acabó el carbón... y que en España se está armando la gorda para echar a los ingleses de Gibraltar...!

D. POLICARPO: (*Con ansiedad*). ¿Pero eso es cierto...?

TORIBIO: ¡Pues ya lo creo! ¡Como que me lo acaban de decir ahora mismito en la botica de enfrente...!

D. POLICARPO: (*Radiante de júbilo*). ¡¡Hia, contra...!!

TORIBIO: ¿No se lo decía yo a ustedes...? ¡Si tenía que ser...!

D. POLICARPO: Sí, hombre. Si no podía ser de otra manera... Aquí le hablaba yo a don Bernabé de la próxima ofensiva de los alemanes en Francia y de todas las cosas que tienen que suceder... ¡Claro! ¡Qué se le escapará a uno que ha pasado el charco más de cuatro veces...!

TORIBIO: Ya era tiempo de que esta llegara... ¡Cómo la van a pagar todas juntas...!

D. BERNABÉ: (*Incrédulo*). Pero sin embargo... yo dudo. Esas noticias lanzadas así, a la buena de Dios, generalmente no suelen salir ciertas. Ya ven ustedes que la hojilla no dice nada...

TORIBIO: Pero si esto es un telegrama secreto que ha recibido la colonia, ¡y no lo saben todavía sino unas cuántas personas...!

D. BERNABÉ: Podrá ser... Siendo así, como usted dice...

D. POLICARPO: Sí, hombre; ¡tiene que ser!

TORIBIO: Así mismito. Y ahora, voy a decírselo al señor Cura, que ya vino del entierro, y a repetirlo en la sociedad, para que se convenzan los incrédulos, los mentecatos que no ven más allá de sus narices...

UNA NIÑA: (*Entrando*) ¡A despachar!

D. POLICARPO: ¿Qué quieres, niña?

NIÑA: Una vela de dos perras, una perra de jabón, otra perra de aceitunas, cinco céntimos de azafrán y una libra de judías.

D. POLICARPO: ¡Amén Jesús!

TORIBIO: Señores, hasta la noche. Voy a correr la noticia...

D. POLICARPO: Hasta luego.

D. BERNABÉ: Adiós.

(Vase Toribio precipitadamente por la puerta donde entró. Don Policarpo despacha a la niña con mucha calma y después se queda reclinado sobre el mostrador).

D. BERNABÉ: Yo también me retiro. A buena tarde, don Policarpo. Ya vendré después por aquí. *(Sale por la puerta de la derecha).*

ESCENA III

DON POLICARPO. VENDEDORA DE PESCADO

D. POLICARPO: Que haiga salú. *(Deletreando la hojilla pangermánica detrás del mostrador).* "Tele... Tele... grama de San Peters... Peters... Petersburgo..." ¡Caray, que difíciles de leer son estos nombres extranjeros...! "San Peters... burgo, que las tropas del gene... general Kur... Kur... Kurni... loff..."

VENDEDORA: *(Desde la puesta del fondo).* ¿Compra zaiffas, don Policarpo?

D. POLICARPO: No.

VENDEDORA: Son fresquitas, las acabamos de coger ahora mismito...

D. POLICARPO: No, no quiero.

VENDEDORA: Se las doy baratas.

D. POLICARPO: Que no, no quiero.

VENDEDORA: Cómprelas, cristiano.

D. POLICARPO: ¡No sea majadera, concio!. *(Colérico)*.

VENDEDORA: ¡Jesús, el hombre qué genio tiene!. *(Vase)*.

D. POLICARPO: Pues no jeringan, caray... *(Leyendo de nuevo)*.

“Tomarán la ofen... fen... siva...” ¡Ya me perdió esa tía...! “Dicen de Cons... Cons... tan... tan... ti... ti...” *(Dejando la lectura)*. Ya llega la gente del entierro.

ESCENA IV

DON POLICARPO. SINFORIANO. GREGORITO.

ANDRÉS.

(Todos vestidos de negro, con el ala del sombrero caída por delante y algo calamocanos, como regresan, generalmente, los isleños de los entierros).

SINFORIANO: Buenas tardes, don Policarpo.

D. POLICARPO: Hola, señores. ¿Mucha gente en el entierro?

GREGORITO: Alguna... ¡Diablos, vaya un frío!

SINFORIANO: Ahora se nos quita. Don Policarpo, póngase un pisco.

D. POLICARPO: Enseguidita.

GREGORITO: Y Andrés, ¿no viene...? Sí, aquí está ya... (*Llamando*).

¡Andrés!

ANDRÉS: (*Entrando*). Llegaron primero; y eso que el caballo nuestro venía eslapao...

D. POLICARPO: Tres quince, ¿no?

SINFORIANO: Sí, tres. Siéntate, Andrés. (*Los tres se acomodan en la mesa de primer término. D. Policarpo les sirve*).

GREGORITO: (*Alzando la copa*). Señores, salud; y revolución social y ... bueno. Bebamos.

SINFORIANO Y ANDRÉS: Sí... salud...

LOS TRES: (*Después de apurar las copas*). ¡Boaagff...!

ANDRÉS: ¡Qué bueno está, caray!

GREGORITO: Pero se pega al gaznate...

SINFORIANO: Eso es lo mejor... (*Pausa*).

ANDRÉS: Don Policarpo, póngase la otra.

D. POLICARPO: Con mil amores. (*Les sirve de nuevo*).

GREGORITO: A mí que no me digan. Esto de los entierros tiene sus atractivos... Se distrae uno un rato, caray, se distrae uno un rato y... vamos, que llega uno a desear que haigan difuntos todos los días!

SINFORIANO: Sí, hombre. ¡Ya lo creo!

ANDRÉS: ¡Cuidao que ustees son herehes...!

GREGORITO: Por eso venimos a bautizarnos... (*Bebe*).

SINFORIANO: (*Idem*). Pues vaya por el bautismo.

ANDRÉS: (*Idem*). Pues vaya...

LOS TRES: ¡Baaagff...!

ESCENA V

DICHOS. EL ALEMÁN.

ALEMÁN: (*Que entra por la puerta de la derecha y se sienta en la mesa que está en segundo término*). Don Policarpo, un bog de cerveza. (*Acento extranjero muy pronunciado*).

D. POLICARPO: Ahora mismito, don Carlos; su mercé manda... Buenas noticias... Buenas noticias...

ALEMÁN: Oh, es poco, mucho poco: nosotros ser fuertes... dar ahora mucho fuerte... golpes fuerte... ¿sabe...? fuerte... Matar mucho...

D. POLICARPO: (*Sirviéndole la cerveza*). Así me gusta a mí. Duro, y a la cabeza.

ALEMÁN: (*Apurando el bog*). Ya usted verá... ya usted verá...

SINFORIANO: Don Policarpo, póngase el otro estampío.

D. POLICARPO: Voy. *(A parte)*. ¡Y van tres!

ANDRÉS: Sí señores, ya mi cabeza no está tranquila. Hay un jumillo más espeso, dentro de ella... que ni el de la chimenea de un Castle.

GREGORITO: Pues la mía entoavía se mantiene.

SINFORIANO: Y yo estoy más fuerte.. que uno de esos... *(Señalando al alemán)*. Ya usted verá... ya usted verá... *(A Gregorito)*.

ALEMÁN: Don Policarpo, otro bog de cerveza.

D. POLICARPO: Va...

SINFORIANO: *(Después de tomarse la tercera)*. Esta me supo mejor entoavía... Chóquela, compadre.

ANDRÉS: Allá va. *(Bebe)*.

GREGORITO: Y vamos con la décima de la tarde. *(Bebe)*.

LOS TRES: ¡Baaagfs...!

ANTOÑILLO: *(Entrando)*. Padre, dice madre que vaya pronto que la comía se enfría.

SINFORIANO: Que voy ensegúa... ¡Pa lo que hay!...
(Se va Antoñillo).

GREGORITO: Estas mujeres... ¡Ni en el infierno dejan a uno tranquilo!

ANDRÉS: ¡Bah...! Lo mejor es no jacerles caso.

GREGORITO: ¡Claro! O permanecer encélibe, como yo.

ALEMÁN: Cóbrese, don Policarpo. *(Tirando una moneda sobre el mostrador)*.

D. POLICARPO: Muy bien. *(Devolviéndole)*. Muy... Una peseta... y dos perras. Servidos.

ALEMÁN: Bien. Gracias... Señores, adiós... Don Policarpo, nosotros

beber cerveza... nosotros ser fuerte, muy duros... matar muchos....

(Vase).

D. POLICARPO: Sí, muchos... Adiós.

ESCENA VI

SINFORIANO. GREGORITO. POLICARPO.

ANDRÉS.

SINFORIANO: Ya usted verá... *(A Gregorito y a Andrés)*. Y ahora que estamos solos... ¿no les parece que haiga algo de rasqueo, pa echarnos la otra?

GREGORITO: De primera. ¡Venga la guitarra!

SINFORIANO: Don Policarpo, échese p'acá el guitarró, y póngase la otra.

D. POLICARPO: *(Alargándole la guitarra)*. Allá va. *Sinforiano se levanta dando traspies, coge la guitarra y se la da a Gregorito.*

ANDRÉS: *(Fijándose en los traspies de Sinforiano)*. ¡Compadre, ya su barco mete la banda!

SINFORIANO: Pero entoavía hay quilla, compadre, entavía hay

quilla... *(Se sienta. Gregorito suena un poco las cuerdas).*

GREGORITO: ¡Divinas!

SINFORIANO: Antes, bebamos la otra. *(Beben).*

LOS TRES: ¡Baaagfs...!

GRGORITO: ¿La quieren punteada o resguedida...?

ANDRES: Como sea. *(Gregorito empieza a rasguear un poco y a darle vuelta a las clavijas, como para afinar. Los otros dos le acompañan tarareando bajito).*

ESCENA VII

DICHOS. SEÑA NICOLASA. MARIQUITA.

(Nicolasa y Mariquita con sus respectivos críos en el cuadril).

MARIQUITA *(Desde la puerta a Señá Nicolasa):* ¡Mírelos, señora, mírelos qué divertíos...!

S. NICOLASA: ¡Lo veo y no lo creo, señora...!

SINFORIANO: *(A Gregorito, sin reparar todavía en las mujeres).*

¡Toque fuerte, Gregorito, toque fuerte...!

ANDRÉS: ¡Y aquí jasta el alba!

S. NICOLASA: No, hombre, no, jasta el alba no: jasta la eterniá.

MARIQUITA: ¡Perros, y más que perros...! ¡Borrachos...!

SINFORIANO: ¡María...! ¿Qué es eso...?

GREGORITO: Señora...

D. POLICARPO: (*Interviniendo*). ¡En mi casa no quiero escándalos...!

MARIQUITA: ¡Tenga cuidado y no se le desacredite el establecimiento, condenao...! Y usted, nariz de beterrada (*A Gregorito*) que parece un calamar en su tinta, ¡a dar música al infierno...!

SINFORIANO: María, las mujeres a su casa, a cuidar los críos, que nosotros sabemos lo que tenemos que jacer... ¡Largo...!

MARIQUITA: ¿Qué saben lo que tienen que jacer...? ¿Qué tú sabes lo que tienes que jacer...? Mía, Sinforiano, no me caldees más la sangre y... vámonos pa casa...

ANDRÉS: Ya iremos nosotros, ¡jinojos...! Váyanse ustees...

SINFORIANO: Eso, váyanse ustees...

D. POLICARPO: Sí, señoras, váyanse ustees, que después irán ellos...

MARIQUITA: No. Tiene que ser ahora mismito... No me mortifiques Sinforiano; Mía que estoy aburría...

S. NICOLASA: ¡No tienen consideración, señora!

SINFORIANO: (*Colérico*) Vaya... ¡A la calle!. (*Haciendo tentativas de levantar una silla. Los demás intervienen*).

MARIQUITA: Sí, pégame... A los dos, a tu hijo...

SINFORIANO: ¡Qué te vayas digo, y naa más...!

MARIQUITA: Sí, hombre, ya nos vamos; para que conste, (*Desde la puerta del fondo*) que ni tú, ni ése, ni aquél... (*Señalando para*

cada uno de los hombres que están en la escena) tienen vergüenza, recontra... Vámonos Señá Nicolasa...

S. NICOLASA: Sí vámonos. *(Salen las dos. Los demás vuelven a colocarse en sus respectivos puestos).*

ESCENA ÚLTIMA

GREGORITO. SINFORIANO. ANDRÉS.
DON POLICARPO.

(Los tres primeros curdas perdidos).

GREGORITO: Así se hace, caray. Los hombres tenemos que ser hombres siempre...

D. POLICARPO: Claro, hombre; la fuerza, siempre la fuerza...
(Imitando el gesto del alemán).

ANDRÉS: Don Policarpo, póngase la otra...

GREGORITO: Toque ahora, contra, y toque fuerte.

SINFORIANO: Sí, que ésta la voy a cantar yo... *(Gregorito rasguea fuertemente la guitarra, mientras D. Policarpo llena las copas).*

ANDRÉS: *(Golpeando en la mesa)* ¡Venga jueлга!

SINFORIANO: *(De pie, sin poderse mantener, canta)*. “Por ser la primera vez...”

ANDRÉS: *(Entusiasmado, jaleándole)*. ¡Ay, su madre...!

SINFORIANO: *(Cantando a voz en cuello)*. “Que yo en esta casa canto, gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo...” *(La copla no termina. D. Policarpo presencia el cuadro reclinado sobre el mostrador)*.

(Telón lento)

MONTIANO PLACERES

UNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Nace en Telde en 1.885. Cursa estudios en Las Palmas y se instala definitivamente en su ciudad natal en 1.908. Obligado a hacer frente a una delicada situación familiar, trabaja como procurador y, posteriormente, como Registrador de la Propiedad. Desarrolla una intensa actividad cultural, utilizando para ello diferentes tribunas entre las que destacan la Presidencia del Casino La Unión y más tarde como miembro de su Junta Directiva. Es líder indiscutido de una pléyade de intelectuales conocidos como Grupo Aparte. Aislado de otros poetas de su generación se encuadra en la línea intimista de la poesía canaria que explora su tío Julián Torón. Aunque en algunos de sus poemas se aprecian concesiones al Modernismo. Roto el grupo de amigos y jóvenes animadores culturales, enfermo, en plena Guerra Civil y hastiado de la situación, muere en Telde el 28 de Marzo de 1.938.

Montiano Placeres es esencialmente poeta. En medio de la indiferencia artística, de una incultura generalizada, del desprecio y desconsideración hacia los asuntos educativos y culturales, en la intimidad de su despacho va dejando la estela de sus rimas. En palabras de su gran amigo Patricio Pérez Moreno:

“¡Poesía de Montiano! ¡Cantar aldeano lanzado al viento en son de amorosa y ardiente queja! ¡remanso espiritual donde las horas

monótonas del cotidiano trabajo se detienen y arrinconan temblorosas para dar paso a las puras especulaciones artísticas! ¡Añoranzas de lo ya ido! ¡Clamor levemente amargo del corazón!”.

Aunque la emoción y el sentimiento fluye en Montiano por la vena poética, no puede sustraerse a la fuerte tendencia de la época de crear obras de teatro. A los veinte años estrena, con éxito de público y buena crítica, una obrilla que titula La Muñeca, en 1.924. También, en un acto, escribe La Siembra y en fecha posterior debió de escribir La Vida Continua Sorpresa, hoy ilocalizada. Su obra poética se recoge en el libro El Remanso de las Horas, publicado en 1.934, con un espléndido prólogo de Patricio Pérez Moreno.

MONTIANO PLACERES

SU TEATRO

Montiano Placeres era, a decir de quienes lo conocieron, un hombre cultísimo. Conocedor del quehacer cultural de las islas y al tanto de los movimientos culturales, intelectuales y artísticos que venían del exterior.

Consciente, pues, del poder de animación y de movilización del género teatral y conocedor del auge formidable que estaba alcanzando en otros lugares del Estado, participa como autor y como organizador en el despertar del teatro teldense.

Como autor, Montiano, es el primer escritor, nacido en Telde, que se aventura en el género, produciendo en 1.905 *La Muñeca*.

Desde los cargos directivos que ocupa en la Sociedad Casino La Unión y desde el Grupo Aparte, alienta la organización de veladas teatrales y recitales de teatro leído. Estos actos tenían lugar en los salones del Casino, en casas particulares, en la Plaza de San Francisco o "al calor de los laureles de la Plaza de San Juan".

La actividad de animación teatral que se produce en esta época marca un hito en la breve historia de nuestro teatro.

El texto dramático es para Montiano, el cauce, una vía para influir en el medio hostil y de incultura pertinaz que le rodea.

Sólo existe en el Telde de principios de siglo un grupo social que genera una actividad que pudiera, con generosidad, calificarse de animación cultural. Este grupo lo forma una población de elite integrada por el escaso funcionariado, el clérigo y unas pocas familias adineradas, el resto sólo mantiene un fugaz contacto con la cultura académica, cuando lo tienen, a su paso por la escuela.

Madre Pepa, personaje de *La Siembra*, explica con claridad la única actividad posible en la época. Por cierto que rivalizaban en organización, concurrencia y animación.

De La Siembra:

MADRE PEPA: ¿Que qué es lo que va a haber aquí esta noche...?

Una reunión, mujer,... tú, como no hace más que unos días que estás en la casa no te has gosao ninguna de estas reuniones... Aquí viene lo mejor del pueblo: las hijas del Jues munisipal, las hijas del Secretario del Ayuntamiento, las hijas de Don Francisco, las hijas de D. Antonio... en fin, lo mejor del pueblo... Las únicas que no vienen son las hijas del Alcalde... Ah, y esta noche vendrá con el médico un amigo suyo que llegó hase pocos días de pa fuera...

Desde luego, todo texto dramático ha sido concebido y escrito para ser puesto en escena. Los de Montiano también, pero hemos de anotar una preocupación, quizá exagerada, por dejar clara en el texto, lo que debe hacerse en todo momento y lo que se pretende. De esta minuciosidad que apenas deja lugar al director teatral es consciente el autor y se refleja con claridad, en toda su producción. Es como si pretendiese ejercer deliberadamente esta función, sabedor del carácter aficionado de quienes iban a representar sus obras y en consecuencia asume este magisterio.

Obsérvese los extremos de esta dirección.

De La Muñeca:

CARMELA: ... no las hemos probado... bueno... Pero ha sido porque...

(Mira al público y hace con los dedos señas de dinero). No teníamos... lo guardábamos... (Arreglándose el peinado). Hoy estoy medio loca (Rectificando). No, loca, no (Se aparta del espejo). Lo que estoy es alegre, muy alegre...

De La Siembra:

DOÑA PETRA: *(Despertando al oír el grito). ¿Qué ocurre...? (Sujeta por un brazo a Doña Pancracia).*

ERNESTO: *(A Pinito, que habrá quedado entre él y Pedrito). ¿Es su hermano...?*

PINITO: Mi hermano, sí, señora.

BARTOLITO: *(Llegando cerca de Doña Pancracia). ¡¡Madre!!*

DOÑA PANCRACIA: *(Levantándose). ¿Qué...? (Doña Pancracia quiere preguntar algo pero Bartolito la interrumpe). (Todos los personajes estarán en pie).*

En sus textos fustiga la beatería imperante, el cinismo social y la injusticia que campa en todas las relaciones de una sociedad muy atrasada. Responsabiliza de esta situación a la población urbana y en particular "a esas gentes que viven del cuento", justificando la incultura, los modos de los hombres del campo en base a su integridad ética y a la practicidad de su duro trabajo.

De La Siembra

BARTOLITO: ... y ya ves tú lo que son las cosas: mientras yo en el campo me rompo los huesos trabajando, mis hermanas están aquí echándose las de ricas y gastando dinales en vestíos y sintanjos... y too pa ver si puen casarse con señoritos de esos que se afeitan la cara toos los días y andan siempre con los bigotes muy tiesos...

Montieno Placeres, descrito así por su amigo personal Juan Vega Yedra: "Sentado a la mesa de un severo despacho estaba un hombre de edad madura y, para mí, de aspecto imponente; muy robusto, rostro abultado, ademanes tranquilos, ojos de mirada inquisidora encubiertos tras unos "quevedos" que se quitó con cierta elegancia

para examíname...” detrás de este aspecto seco y distante, de apariencia seria e incluso huraño, Montiano guarda una sensibilidad poco común; una socarronería fina, propia del hombre que pudiendo, no quiere ofender; sin resignarse por ello a echar mano de un humor a veces negro, siempre presente en sus escritos y que encuentra mayor viveza en el texto dramático.

De La Siembra:

DOÑA PANCRACIA: Oh, muy bien... Yo no me canso de oírlo...

¿Usted no le oyó explicar esta noche la parábola...?

PINITO: Parábola, mamá...

DOÑA PANCRACIA: Eso es... Pará... bola... La pará... bola del trigo y la cizaña...?

PEDRITO: No, señora... seguramente cuando yo entré ya la había explicado...

DOÑA PANCRACIA: Pues decía la parábola...

PINITO: Pará... (*Corrigiéndola*).

DOÑA PANCRACIA: Pará, pará... bola... esta dichosa palabra es un trabalenguas...

Otras veces el humor sirve, no ya como recurso de atención o de divertimento, sino como vehículo de reflexiones más hondas o de desahogo a situaciones tan serias que solo puede tener una salida desenfadada.

De La Siembra:

M. PEPA: ... El número cuatro me persigue desde que vine al mundo... yo nací el día cuatro del cuarto mes de un año que acababa en cuatro... En mi casa éramos cuatro hermanos... cuando cumplí los cuatro años, me metieron en la escuela para que aprendiera las cuatro reglas y los cuatro años que en ella estuve, no aprendí ni las cuatro primeras letras de la cartilla... El número cuatro me va a perseguir hasta después de muerta... porque después de muerta me ensenderán cuatro velas, me

meterán en una caja hecha con cuatro tablas y cargarán conmigo cuatro hombres... Te digo que ha sido un milagro que yo no ande por el mundo en cuatro pies...

El teatro de Montiano viene envuelto en un ropaje costumbrista que alcanza tanto a la escena como al lenguaje. A pesar de ello, el autor no hace ni permite concesiones estentóreas de léxico o expresiones exageradas para exaltar el localismo. Puede decirse que los textos dramáticos de Montiano Placeres están en perfecta sintonía con su obra poética. Aunque con un lenguaje y rigor literario distinto, el intimismo formal y la localización temática, hacen que su obra, que peca de breve, sea un teatro "localizado", término que no tiene la carga peyorativa que lleva la denominación de "costumbrista".

MONTIANO PLACERES

LA MUÑECA

La Muñeca es el primer texto dramático de autor teldense que ha tenido el privilegio de ser impreso.

Original de Montiano Placeres se imprimió en los talleres de la Tipografía España, en la calle Travieso nº 27 de Las Palmas de Gran Canaria, en el año 1.906.

El autor dedica expresamente la publicación “a la Junta de Señoras de la Sociedad Niños Pobres”.

La obra fue representada en una gala benéfica que esta Sociedad celebró en el Teatro Pérez Galdós el 14 de Octubre de 1.905.

Este “diálogo en prosa”, como lo llama el autor, no tiene mayor calado, ni persigue otro fin que el de entretener y sensibilizar a la audiencia que en esa noche del 14 de Octubre llenaba el Gran Teatro de Las Palmas.

Pobreza, desprendimiento y sensibilidad es el triángulo de ideas que maneja Montiano con la delicadeza suficiente que le permite poner al frente del reparto a dos niñas.

Está escrita con gran cuidado del lenguaje de las formas teatrales y de los cuadros con los que pretende *influir en el público*.

A pesar de la juventud del autor, veinte años, denota una gran maestría en el manejo de las situaciones e incluso con sólo dos personajes, María y Carmela, establece un mayor protagonismo el

sentimiento que el diálogo.

En la brevedad de la obra, un solo acto con cinco pequeñas escenas, Montiano se permite con acierto, numerosos recursos teatrales: contacto directo de los actores con el público, pasividad en la escena para que surja con mayor fuerza el golpe de efecto...

Como refleja Pérez Moreno en una de sus certeras apreciaciones sobre el poeta teldense: "Montiano es un hombre que refleja en toda su obra una gran robustez de imaginación, mezclada constantemente con un sentimentalismo que no tiene nada de eso".

La Muñeca deja entrever un gran autor teatral de poderosa imaginación y de especial sensibilidad para con el débil, cierta también en la vida real. Ello hizo posible que esta obrilla tuviese una gran acogida de público y crítica en 1.905 y que con las características de nuestra sociedad no haya, en absoluto, perdido vigencia.

MONTIANO PLACERES

LA SIEMBRA

“La Siembra”, que Montiano subtitula “Escenas Pueblerinas”, fue escrita en el año 1.924 y no se tiene noticia de que fuese puesta en escena hasta Mayo de 1.985 en el Instituto de Formación Profesional de Ingenio.

El texto original, no llegó nunca a ser publicado y se halla mecanografiado, con numerosas correcciones y añadidos de puño y letra del autor, en la biblioteca personal de Montiano Placeres, registrado con el número de orden 126.

Esta obra, de mayor consistencia teatral que “La Muñeca”, consta de un único acto con diecinueve escenas. Los diálogos se reparten entre catorce personajes, siendo Bartolito y Doña Pancracia los ejes de la sencilla trama.

Con una detalladísima y cuidada puesta en escena, el autor retrata la situación o mejor, la realidad de un pueblo como Telde a principios de este siglo, realidad poblada de sombras y complejos. Utiliza para ello la ambientación interior en magníficos cuadros de costumbres y, la ambientación exterior que llega en forma de voces o rumores por una ventana a la escena.

Un argumento cotidiano constituye la trama de la obra. Una familia aparentemente acomodada posee una casa en el pueblo y una finca en el campo. En el pueblo, la madre y las hermanas hacen vida social,

empeñada la primera en casar “bien” a sus hijas. En el campo Bartolito, a falta de padre, es el hermano mayor y el hombre de la casa. Trabaja la labranza y cuida los animales. Es otra forma de ver y vivir la vida. Los sábados estas dos formas de vida se juntan y chocan inevitablemente en la casa del pueblo, en presencia de una nutrida representación social.

La Siembra sintetiza el pensamiento poético y social de Montiano e incluso se permite ciertas similitudes biográficas.

La religiosidad ñoña, la inteligencia del dinero, los matrimonios de conveniencias, la insalubridad, el alumbrado público... Temas presentes en la obra, indican no sólo un profundo conocimiento de la realidad, sino también una prodigiosa facilidad para hacer imágenes.

A lo largo del desarrollo de la trama se manifiesta la vena sagaz y humorística del Montiano serio, no exento de un fino pesimismo de que las cosas sean como son.

Bartolito representa una de las claves del poeta, la sinceridad y la poética del campo. Un campo al que Montiano, como Machado y Juan Ramón Jiménez, mira en busca no sólo de la verdad, más verdad cuanto mas cruda y desnuda se manifiesta.

La Siembra, constituye la cumbre del intimismo teatral de Telde y con ella el autor adelanta “Los tres puntales en los que se asienta y consolida su poesía...” que se recoge en su único libro de poemas “El Remanso de las horas”.

LA MUÑECA
(Diálogo en prosa)

Montiano Placeres

PERSONAJES

CARMELA, alrededor de 10 años

MARÍA, alrededor de 10 años

ACTO ÚNICO

La escena representa la habitación de Carmela: una cama con las ropas revueltas; una mesa; un espejo; sillas en desorden, etc. Puerta al foro y laterales.

Al levantarse el telón, María, que está vestida como para salir, aparecerá sentada en una silla, teniendo colocada, a guisa de babero, una toalla, Carmela, que vestirá traje de casa, está terminando de peinar a María.

ESCENA I

MARÍA. CARMELA

MARÍA: Anda, date prisa, que puede llegar mamá.

CARMELA: ¡Y qué importa! ¿Crees tú que nos va a reñir por lo que vamos a hacer?...

MARÍA: Ya sé que no, Carmela, ya sé que no; pero es que yo quiero darle una sorpresa cuando regrese...

CARMELA: Ah, siendo así, me explico la prisa que te das. (*Deja de peinarla*). Vaya, ya estás peinada; puedes marcharte cuando gustes.

MARÍA: (*Levantándose*). No, no me marchó hasta no decirte una cosa. Vamos a ver lo que tú crees: sabes que no disponemos sino de de diez pesetas que hemos reunido tú y yo.

CARMELA: Si, lo sé.

MARÍA: Bueno, pues tú dirás si compramos dos, o compramos una.

CARMELA: No, no, dos no; una, una muy grande. (*Con tristeza*).
¡Parecida a la que se nos murió!

MARÍA: (*Idem*). ¡La qué se nos murió!... ¡Qué bonita era!... Me parece que la estoy viendo: con sus ojitos azules; con su mejillas rosadas; con su pelo rubio que brillaba como el oro... ¡Qué bonita era!...

CARMELA: Así es como debe ser la que compremos ahora.

MARÍA: No, Carmela, eso no puede ser; en el mundo no hay dos cosas iguales...

CARMELA: Pero será parecida, muy parecida...

MARÍA: *(Poniéndose el sombrero frente al espejo)*. Eso sí; y ya verás como al fin nos vamos a olvidar de la otra, y no querremos sino a ésta... Ya verás, ya verás... *(Coge dinero que habrá encima de la mesa. Va a marcharse. Carmela la detiene)*.

CARMELA: Oye, pero no me has dicho donde vas a comprarla.

MARÍA: Ni puedo decírtelo. La compraré... donde más parecida a la otra la encuentre. *(Va a salir)*.

CARMELA: Pero no te detengas...

MARÍA: *(Desde la puerta)*. No, no; vengo en seguida. *(Sale por el foro. Al rato suena un timbre que se supone sea el de la puerta de la calle)*.

ESCENA II

CARMELA: *(Coge la toalla que María tenía en la escena anterior, y que habrá dejado sobre una silla)*. ¡Ay, Dios mío!... Por fin vamos a recuperar la que perdimos... *(Con tristeza)*. Pero María tiene razón: no será igual a la otra; en el mundo no hay dos cosas

iguales. *(Transición)*. Pero que importa... Será parecida, muy parecida: tendrá los ojitos azules... El pelito rizado... *(Impaciente)*. ¡Uy, Dios mío! cuánto va a tardar María... *(Pausa, durante la cual Carmela se fija en su habitación)*. ¡Uy! esto no puede quedar así... Para recibir a esa amiguita tengo que arreglarlo todo; tengo que limpiar las sillas, ponerlas en orden, hacer la cama... Manos a la obra... *(Comienza a sacudir las sillas, con la toalla que tendrá en la mano. Canta)*. "Mimi, mimi..." *(Deja de cantar. Con tristeza)*. "Mimi se llamaba la otra... ¡Pobrecita mál... No puedo olvidarla... *(Transición. Se adelanta al público)*. Yo no sé como hay niñas que no les gusta más que pasearse en la Alameda con los pollitos... ¡Jesús! yo les tengo un odio... No los puedo ver, ni pintados... Y que me perdonen los que me estén oyendo... Pero no los puedo ver... *(Hablando con alguien del público)*. Se ríe usted... Ay, si todas hicieran lo que yo, lloraría usted en vez de reír... *(Pausa)*. Pero con estas cosas me olvido de mis quehaceres... *(Sacude y coloca bien las sillas, mientras canta)*: "Frou, frou, graciosa coupletista... etc." *(Seguirá cantando hasta que haya puesto las sillas en orden)*. Vaya, ahora me falta la cama *(Acercándose a este mueble)*. Quién sabe si ella dormirá aquí esta noche... *(Pausa. Comienza a arreglar la cama)*. Pero cuánto tarda María... ¿Le habrá sucedido algo...? *(Suena el timbre. Con alegría)*. Ya está ahí... *(Se dirige al foro. Las dos llegan al mismo tiempo a la puerta)*.

ESCENA III

MARIA. CARMELA

CARMELA: *(Al fijarse en María)*. ¿Cómo...? ¿Pero qué vienes sola...? ¿Por qué no la traes...? ¿Por qué no la has comprado...? ¿Qué pasa...?

MARÍA: Pues verás: recorrí varios establecimientos, y en ninguno la encontré a mi gusto. Fuí entonces al comercio de Don Jorge, y allí ví una muy parecida, casi igual a la otra...

CARMELA: *(Con ansiedad)*. ¿Y por qué no la compraste...?

MARÍA: Déjame terminar. Le pregunté al dependiente el precio, y me dice: *(Imitando voz de hombre)*. "Vale doce pesetas".- Y no podría usted dármela en diez?, le dije.- *(Idem)*. No, niña, no podemos rebajar nada, aquí en todo tenemos precios fijos. Pero si usted quiere, continuó, puede llevársela, y ya nos pagará...- No, no puede ser, le contesté, estas son cosas de mi hermana y mías, y nosotras... tarde tendremos ese dinero.

CARMELA: Bueno, ¿y qué...?

MARÍA: Nada, que he venido... a ver si a ti se te ocurre algo...

CARMELA: Sí, sí ¿sabes lo que vamos a hacer?

MARÍA: *(Con ansiedad)*. ¿Qué...?

CARMELA: Pues... la traes y le dices que mamá pagará las dos pesetas... que has hablado con ella... y que mañana o pasado pase la cuenta...

MARÍA: (*Filosóficamente*). Pues mira, me parece bien, muy bien...

CARMELA: Pues anda, date prisa... (*La empuja suavemente*).

ESCENA IV

CARMELA

CARMELA: Es lo que hay que hacer... mamá tiene que ayudarnos... es decir, el dinero todo nos lo ha dado ella... pero ha sido poquito a poco... ahora... que saque dos pesetas... que por dos pesetas... nadie se queda pobre... La cosa es comprarla, la cosa es llenar el vacío que ha dejado la otra, la que se nos murió... Pobrecita mía... cada vez que me acuerdo.. La teníamos un día en una silla... Nosotras comíamos bombones... ella también... ¡Qué linda estaba! ... Yo fuí a darle otro y ... que si tú no se lo das primero... y que si se lo doy yo... cae la pobre al suelo y se hace añicos... Pobrecita

mía... *(Solloza. Se limpia distraídamente los ojos con la toalla)*. Mamá que siente el golpe, viene a donde estábamos nosotras, y al ver de aquella manera a nuestra amigueta, nos dice: “¿La habéis roto, verdad?. ¿La habéis dejado caer por estar jugando?. En el pecado llevaréis la penitencia... Buscad ahora quién os compre otra...” Y nosotras, desde entonces, hemos estado reuniendo dinero, del que mamá nos dá los domingos para golosinas... y hemos reunido... diez pesetas... ¡Ayl, cuando venga ésta, no le daremos bombones, no los comeremos nosotras. *(Se mira al espejo)*. Desde el día en que se nos murió la otra, no los hemos probado... Bueno... pero ha sido porque... *(Mira al público y hace con los dedos señas de dinero)* no teníamos... lo guardábamos... *(Arreglándose el peinado)*. Hoy estoy medio loca... *(Rectificando)*. No, loca, no, *(Se aparta del espejo)* lo que estoy es alegre, muy alegre... Y con razón... Después de haber estado esperando tanto tiempo... Pero no importa, toda la alegría de ese tanto tiempo, la hemos guardado para hoy, y hoy estamos risueñas, contentas, muy contentas... *(Suena el timbre)*. Ahí está María. *(Se dirige al foro)*.

ESCENA ÚLTIMA

CARMELA. MARÍA

CARMELA: *(Al ver entrar a María)*. Pero qué, ¿qué te ha sucedido?
¿Por qué no la traes? *(Con tristeza)*. ¡Nos hemos quedado sin muñeca!

MARÍA: No, no nos hemos quedado sin muñeca, tendremos una, pero será de carne y hueso...

CARMELA: ¿Pero qué dices...?. Cuéntame, cuéntame...

MARÍA: Pues óyelo todo. Cuando iba ya muy cerca del comercio de Don Jorge, me encontré a una mujer que con voz muy apagada me dijo: "niña, una limosna por el amor de Dios, y por este angelito que llevo en los brazos". Comprendí, desde luego, que aquella mujer había sufrido y sufría mucho, y le invité a que me contase su historia. Ella accedió a mi ruego, y me contó lo siguiente:
- "De niña, me dijo, quedé sola. La consigna de mi madre, al pasar por este mundo, no fue otra que la de dejarme en él y marcharse ella al otro, al desconocido... Una señora, condolida tal vez de mi suerte, me recogió en su casa, y en su compañía estuve hasta que llegué a ser mujer... Pero tuve que separarme de ella, porque me casé con el padre de este niño que llevo en los brazos..." - ¿Y su

marido la ha abandonado?, le pregunté - "No, mi niña, él no me ha abandonado, él era muy bueno, por eso quizás se lo llevó Dios. Después de la muerte de mi marido, continuó, he sufrido mucho, mucho... He rodado, mi niña, he rodado por el mundo envuelta en la miseria, acosada por el hambre, por los sufrimientos... Pero, ¿a qué seguirle contando a usted todo lo que me ha pasado?. Usted es muy niña todavía y no conoce el mundo, a usted le sonrío la vida..." - Tome usted, buena mujer, tome usted, le dije, y le dí el dinero que llevaba para comprar la muñeca...

CARMELA: *(Que ha oído el relato con mucho interés)*. Muy bien, María, muy bien... ¿Y por qué no le dijiste que viniera?

MARÍA: Si que se lo dije, pero no ahora, sino más tarde, que es cuando mamá está aquí.

CARMELA: ¿Y tú crees qué viene?

MARÍA: ¡Pues claro...!

CARMELA: Ay, Dios mío... Y el niño, María, ¿y el niño es bonito?

MARÍA: Si, muy bonito, lo que está es muy sucio el pobrecito...

CARMELA: *(Con tristeza)*. ¡Pobrecito mío...!

MARÍA: Mira, tiene los ojillos azules, como los de nuestra muñeca... el pelito rubio, pero de un rubio oscuro, sucio... *(Suena el timbre)*.

Ha llegado mamá, voy a decírselo... *(Sale corriendo por el foro)*.

CARMELA: *(Adelantándose al público)*. Ay, Dios mío, que contenta estoy: tendremos una muñeca de carne y hueso, una muñeca que hable, que coma, que camine...

MARÍA: *(Desde dentro)*. ¡La muñeca! ¡La muñeca...!

CARMELA: *(En el paroxismo del entusiasmo)*. ¡Ay! *(Se dirige al foro)*.

Antes de que Carmela llegue, María aparecerá en la puerta, dando la mano a un niño de unos dos o tres años, que traerá los pies descalzos y vestirá un traje muy andrajoso. Carmela, al verlo, exclama: ¡Ay, pobrecito mío...! (Se arrodilla y lo besa). Aquí encontrará amor y caridad... (Lo levantan entre los dos y lo besan).

MARÍA: Tu serás nuestra muñeca, ¡nuestra alegría...! (Cuadro).

(Telón rápido)

LA SIEMBRA

(Escenas pueblerinas en un acto y en prosa)

Original de Montiano Placeres

PERSONAJES

DÑA. PANCRACIA, 60 años.

MADRE PEPA, 70 años.

TITITA, 22 años.

RITITA, 22 años.

ANDREA, 18 años.

PEDRITO, 26 años.

EL MÉDICO, 30 años.

ERNESTO DEL BARCO, 30 años.

DÑA. PETRA, 50 años.

PINITO, 26 años.

ANITA, 20 AÑOS.

DÑA. ENCARNA, 55 años.

BARTOLITO, 24 años.

PEPITO, 27 años.

Derecha e izquierda, las del autor.

ACTO ÚNICO

Sala cursi en una casa de un pueblo del interior de Gran Canaria. Lateral derecha, dos puertas. Lateral izquierda, dos ventanas que se supone dan a la calle. Foro izquierda, piano. Al centro de la escena y sobre ella un quinqué de petróleo con buena luz. Sillas. Cuadros en las paredes, etc.

ESCENA I

MADRE PEPA. ANDREA

Madre Pepa ha estado arreglando la sala y ahora le echa una última ojeada como para convencerse de que nada falta. Andrea sale, primera derecha y se dirige a la puerta del foro.

M. PEPA: Andrea, Andrea... Mira... Tráeme el ramo de flores que está sobre la mesa del comedor... Tráelo con jarra y todo...

ANDREA: Sí, señora... *(Vase foro)*.

M. PEPA: Me parece que no faltarán sillas... *(Contándolas)*. Una, dos, tres, cuatro... No... Ni al quinqué le faltará gelmotina... *(Dirigiéndose a la mesa)*. ¡Cuándo vendrá la eléctrica a este pueblo! *(Después de examinar el quinqué)*. No le falta, no, tiene pa toa la noche... ¡Ay! Mañana cuando se enteren las hijas del Alcalde de que aquí hemos dao una fiesta, van a estar rabiando too el día... Que rabeen... ¡Las envidiosas...!

ANDREA: *(Entrando)*. El ramo, Madre Pepa...

M. PEPA: Trae... Verás que bien va a quedar aquí... *(Lo coloca sobre el piano, después se retira un poco y lo contempla)*. ¡De primera...! *(Fijándose en Andrea)*. Mira, tienes que arreglarte un poco mejor: peinarte, empolvarte, abetunarte las botas... Ponerte presentable, ¿sabes?, porque a lo mejor te llaman después pa que traigas agua o pa culisquiera otra cosa y no está bien que vengas así...

ANDREA: Yo, cuando me peino y me empolvo y me abetuno los zapatos y me pongo mi traje nuevo, Madre Pepa, es cuando voy a misa...

M. PEPA: ¿Naa más?

ANDREA: Y... Cuando esperaba a mi novio, pero... ahora no tengo ninguno...

M. PEPA: ¿No tienes novio...?

ANDREA: No, señora...

M. PEPA: Mejor.

ANDREA: Mejor, no, Madre Pepa... porque... mire usted: cuando una no ha tenido novio nunca, no lo extraña... pero cuando lo ha tenido y se queda después sin él... está una... como atontada... como si le faltara algo... sobre todo los días de fiesta por la tarde, cuando ha terminado una de hacer las cosas de la casa...

M. PEPA: Sí, dímelo a mí, dímelo a mí que tuve cuatro.

ANDREA: ¿Cuatro novios...?

M. PEPA: Y los cuatro murieron...

ANDREA: ¡Jesús Madre Pepa...!

M. PEPA: ¡Qué quieres...! El número cuatro me persigue desde que vine al mundo. Hablando de estas cosas me decía un día mi madrina que yo nací el día cuatro del cuarto mes, de un año que acababa en mi casa éramos cuatro hermanos... Cuando cumplí los cuatro años, me metieron en la escuela para que aprendiera las cuatro reglas y los cuatro años que en ella estuve, no aprendí ni las cuatro primeras letras de la cartilla... El número cuatro me va a perseguir hasta después de muerta... Porque después de muerta me encenderán cuatro velas, me meterán en una caja hecha con cuatro tablas y cargarán conmigo cuatro hombres... Te digo a ti que ha sido un verdadero milagro que yo no ande por el mundo en cuatro pies... *(De la iglesia del pueblo viene el toque de ánimas)*.

ANDREA: ¡Qué cosas dice...!

M. PEPA: ¿Oyes...? Están saliendo de la plática... Ya lo sabes: esta noche tienes que peinarte, empolvarte y arreglarte, porque si

llaman después muchas veces, yo estoy muy cansaa y muy vieja pa estar toa la noche pa dentro y pa fuera...

ANDREA: Pero, ¿qué es lo que va a haber aquí esta noche, Madre Pepa...?

M. PEPA: ¿Que qué es lo que va a haber aquí esta noche...? Una reunión, mujer... Tú, como no hase más que unos días que estás en la casa, no te has gosao ninguna de estas reuniones... Aquí viene lo mejor del pueblo: las hijas del Jues Munisipal, las hijas del Secretario del Ayuntamiento, las hijas de Don Fransisco, las hija de Don Antonio... en fin, lo mejor del pueblo... Las únicas que no vienen son las hijas del alcalde... Ah, y esta noche vendrá con el médico un amigo suyo que llegó hase pocos días de pa fuera...

ANDREA: ¿Y pa qué vienen aquí, Madre Pepa...?

M. PEPA: ¡Que pa qué vienen aquí...! ¿Pa qué van a venir, boba...? Pa haser una reunión... Y pa cantar... Y pa bailar, si se ofrese.

ANDREA: ¿Y pa jugar al juego de los novios...?

M. PEPA: Con los novios no se juega, muchacha...

ANDREA: Pos en el campo, cuando vamos a una última jugamos a ese juego... Y muchas veses algunas muchachas han salío de la última con su novio...

M. PEPA: Estarán locas... Porque mira tú que jugar con un novio y salir después con él... *(Se deja de oír el toque de ánimas)*.

ESCENA II

DICHAS. BARTOLITO.

Bartolito trae la americana sobre el hombro derecho. En la cintura, un cuchillo de los llamados canarios. Bartolito usa bigote. Hace una semana que no se ha rasurado la cara.

BARTO: Madre Pepa, ¿está la sena...?

M. PEPA: Hola, Bartolito... ¿Cómo te ha dío esta semana por allá arriba, hombre...?

BARTO: Bien, me ha dio bien. ¿Está la sena?

M. PEPA: Enseguidita va a estar ... Ve poniendo la mesa, Andrea ...

BARTO: Ve poniendo la comía en la mesa... *(A Madre Pepa)*. ¿Quién es esta muchacha...?

M. PEPA: Una criada nueva...

BARTO: *(A Andrea)*. Bueno, ve preparando la comía, porque traigo más jambre que un maestro de escuela ...

M. PEPA: *(A Andrea)*. Anda...

ANDREA: Voy corriendo... *(Vase foro)*.

ESCENA III

MADRE PEPA. BARTOLITO.

Bartolito deja la americana sobre una de las sillas que está entre las puertas de la derecha.

M. PEPA: ¿Has trabajao mucho estos días, Bartolito...?

BARTO: Más que un negro, Madre Pepa... Pero a mí el trabajo no me mata, al contrario, me da la vía... No se ha inventao naa mejor que el trabajo, pero el trabajo al aire libre, el trabajo del campo... si no fuera porque tengo que afeitarme toos los sábados y ponerme ropa limpia toos los domingos, no vendría nunca al pueblo...

M. PEPA: Y pal tiempo que estás aquí cuando vienes. Llegas los sábados por la noche y te marchas los domingos por la tarde...

BARTO: Es que pa mí no hay naa como vivir en el campo, Madre Pepa... Mira, yo me levanto toos los días muy temprano, las ubres repletas de las vacas me dan el desayuno, y, después, satisfecho porque descansé toa la noche, contento porque me siento con nuevas fuerzas pa empezar la brega de aquel día, tranquilo porque a nadie le jise mal ninguno, si hay que trabajar con la azaa, la cojo entre mis manos y la clavo muchas veces en la tierra... muchas... Toos los días riego yo la tierra con el suor de mi frénte. Y cuando hay que asurcar... con mi mano derecha en la mansera del arao, con la aguijaa en la mano izquierda, caminando al paso lento de la yunta que parece que va durmiéndose, yo lanzo al aire mi cantar, el cantar de nuestra tierra y, al hacerlo, creo que la yunta y el campo too se paran un momento pa escuchar la copla, porque

parece que es la misma tierra la que canta por la boca que el arao va abriendo en ella... Te digo, Madre Pepa, que si a mí a la fuerza me hicieran vivir en el pueblo, me pasaría lo que me pasó cuando estuve aquellos meses en el seminario: que si estoy más tiempo, ¡me ajogo!... (*Madre Pepa se santigua sin que la vea Bartolito*). Y ya ves tú lo que son las cosas: mientras yo en el campo me rompo los huesos trabajando, mis hermanas están aquí echándose las de ricas y gastando dinerales en vestíos y sintajos... Y too pa ver si puen casarse con un señorito de esos que se afeitan la cara toos los días y andan siempre con los bigotes bien tiesos... ¡Cómo si los señoritos fueran mejores que los hombres del campo...!

M. PEPA: De too hay, Bartolito...

BARTO: Sí, de too hay... Pero los señoritos no trabajan. Y los que trabajan no ganan pa vestirse. Naide mejor que tú sabe, por que has estao siempre en esta casa, que mi padre, que en pas descansa, fue labraor y que lo poco que tenemos él lo ganó con su trabajo.

M. PEPA: Mucha verdad...

BARTO: Pos a ver cuándo va a ganar un señorito de esos pa comprar una casa... (*Madre Pepa quiere hablar*). Mira, vamos a no jablar de estas cosas... ¿Dónde está mi madre...?

M. PEPA: A la plática fue con tus hermanas...

BARTO: ¿Y cuándo salen de la plática...? Porque yo tengo una jambre que no veo...

M. PEPA: Ahora mismito vienen... Ya dieron ánimas... Toas las noches pedrica un padrecito que da gusto oírlo... Dice unas verdades... Por qué no te quedas mañana y vas a la plática...?

BARTO: ¿Yo...? Mira, Madre Pepa: ese padrecito es un trabajador como yo... Con la diferencia de que él siembra palabras en la iglesia y no recoge náa y yo siembro simiente en el campo y recojo fruto...

M. PEPA: Él también recoge fruto, Bartolito...¡No digas desatinos...!

BARTO: El fruto que él recoja soy yo capaz de comérmelo ahora mismo...

M. PEPA: ¡Claro!. Con el hambre que tú traes.

ESCENA IV

DICHOS. DOÑA PANCRACIA. ANITA. TITITA.
PINITO. PEDRITO. ANDREA.

ANDREA: Aquí están la señora y las niñas...

BARTO: Gracias a Dios... Creí que no llegaban en toa la noche...

D^a PANCRACIA: Hola, hijo... ¿Cómo estás...?

BARTO: *(Se quita el sombrero y cruza los brazos sobre el pecho).*

Echeme la bendición, madre...

D^a PANCRACIA: *(Cual un obispo su anillo, le da a besar su mano derecha, Bartolito la besa y, seguidamente, la mano se eleva y traza en el aire, sobre la cabeza de Bartolito, una cruz).* Dios te bendiga...

ANITA: Hola, Bartolito...

TITITA: ¿Qué hay, Bartolito...?

PINITO: ¿Cómo te va, Bartolito...?

BARTOLITO: Bien, bien, estoy bien... Ahora lo único que me falta es que me den de comer...

D^a PANCRACIA: Madre Pepa, Andrea, prepárenlo todo que vamos

a cenar...

M. PEPA: Ahora mismito... Vamos, Andrea...

ANDREA: Vamos... *(Vanse foro, Madre Pepa y Andrea).*

ESCENA V

PANCRACIA. BARTOLITO. PINITO. PEDRITO.
ANITA. TITITA.

D^a PANCRACIA: Y qué, Bartolito, ¿hay alguna novedad por allá arriba...? *(Bartolito y D^a Pancracia, a la izquierda, Pinito y Pedrito en primer término derecha, Titita y Anita se van segunda derecha).*

BARTO: Pos... Novedades no hay muchas... Que tuve que comprar dos horas de agua porque la nuestra no fue bastante pa regar el cercao de millo... ¡Si viera usted lo grande que está el millo!. Cuando me meto en él, ni la gente que está por los alrededores me ve a mí, ni yo veo a naide... Y tienen caa piña que mete medio...

D^a PANCRACIA: ¿Y la vaca bragada...?

BARTO: La vaca bragaa parió ayer dos becerros y la cabra mocha se murió anoche de una jartarga...

D^a PANCRACIA: ¿Se murió la cabra mocha...?

BARTO: Esta mañana la enterramos. Abrimos un joyo al lao del brenbrillero que está en la caena del barranco y en él la metimos... Como estaba tan gorda, sobró mucha tierra de la que

saquemos cuando jabrimos el joyo...

D^a PANCRACIA: ¡Pobre cabra mocha...! ¿Y el baifito...?

BARTO: Too el día se lo ha pasao el pobre dando velfíos... ¡Daba pena oírlo...! Ah, su compadre Andrés me dijo... *(Siguen hablando. Anita sale segunda derecha y se dirige a la ventana segunda izquierda, a la cual se asoma).*

PINITO: Ya lo veremos después...

PEDRITO: Has querido decir la veremos, ¿no?. Pues me parece que no la vamos a ver o, mejor dicho: que no la vamos a oír.

PINITO: ¿Por qué?

PEDRITO: Por la sencilla razón de que no vendrá...

PINITO: Pero si Pepito nos dijo que él conseguiría que viniera...

PEDRITO: Aunque Pepito haya dicho eso, no creo que venga... Y para ello tengo mis razones...

ANITA: *(Como si respondiera a un saludo de alguien que pasara por la calle).* Buenas noches...

PEDRITO: Cuando esa muchacha estaba en el pueblo, se dieron en el Casino unas veladas, por alguien se propuso que se la invitase a cantar y tu madre y tus hermanas y todas *(Titita sale segunda derecha y se va por el foro. Cuando D^a Pancracia oye los pasos de Titita mira hacia el foro y la ve desaparecer)* las demás señoras y señoritas a las cuales se les dijo, se opusieron a que tomara parte en esas fiestas, porque, según decían, no estaba bien visto que esa muchacha alternara contigo, con tu madre, con tus hermanas y con todas las demás señoras y señoritas...

PINITO: Es verdad, pero... *(Siguen hablando).*

BARTO: No, si yo no tengo miedo de estar solo allá arriba toa la semana... Ni me muero de hambre habiendo gofio y leche... Pero estando toos juntos se gastarían menos... Se gastarían menos en comía y menos en ropa, porque en el campo no hay que estar tan bien vestíos como en el pueblo...

D^a PANCRACIA: Sí, tienes razón, pero ahora precisamente no podemos irnos al campo. Dentro de cinco o seis meses se casará tu hermana Pino y hay que arreglar todas las cosas necesarias para la boda: hay que ir a la ciudad a hacer compras, hay que tener aquí una costurera fija para que termine la ropa blanca... Imposible... Ahora es imposible que nos vayamos al campo... Además, Anita está continuando sus estudios de piano... Y tu hermana Titita ya sabes que todavía no tiene novio...

BARTO: En el campo también hay novios, Madre, y también se casa la gente...

D^a PANCRACIA: Si, también se casa la gente en el campo, pero no creo que pretendas que tus hermanas se casen con un boyero o con un pobre peón. Tú sabes que en estos pueblo, la única carrera que pueden hacer las mujeres es la del matrimonio. Yo haré lo posible para que tus hermanas se casen pronto y bien, y después me iré al campo a pasar contigo los años que me queden de vida...

BARTO: Bueno, madre, mañana hablaremos de ésto con más calma... *(Medio mutis, primera derecha)*. Ah, se me olvidaba darle el apunte de la leche vendía en la semana ... *(Buscándolo)*. ¿Dónde lo puse yo...? Aquí está... *(Le entrega un papel que saca de los bolsillos del pantalón. Doña Pancracia lo lee junto al quinqué. Bartolito se va primera derecha)*.

ESCENA VI

PANCRACIA. PINITO. PEDRITO.
ANITA. TITITA.

PEDRITO: No lograrás convencerme. Si ustedes no tienen inconveniente en que venga ahora aquí porque ha cantado en las principales casas de la ciudad ella, si no se ha olvidado de lo que ustedes le hicieron, no querrá venir y no vendrá... Ya verás.

PINITO: Pero, ¿qué le hicimos...?

PEDRITO: ¿Te parece poco...? No querer alternar con ella ni tu madre, ni tú, ni tus hermanas, ni las demás señoras y señoritas.

M. PEPA: *(Desde la puerta del foro)*. ¡A la mesa cuando quieran...!

D^a PANCRACIA: Vamos allá... *(Vase Madre Pepa)*.

¡Bartolito!. ¡Anita! ¡A cenar...!

PEDRITO: No discutamos más. Poco tiempo te falta para que te convenzas que no viene...

PINITO: O para que te convenzas tú de que viene...

ESCENA VII

DICHOS. BARTOLITO.

Bartolito sale primera derecha y Anita se retira de la ventana, dirigiéndose ambos a foro. Bartolito recoge la americana y se la hecha al hombro.

ANITA: *(Antes de que Bartolito haya llegado a la puerta del foro).*

Bartolito...

BARTO: ¿Qué hay...?

ANITA: ¿Vas a salir después...?

BARTO: Sí, ¿por qué...?

ANITA: Si no te enfadas... te voy a pedir...

BARTO: Me vas a pedir lo de todos los sábados, ¿no? Que te dé el cuchillo... Que te da mieo verme con el cuchillo, ¿verdad?

Tómalo... *(Le da el cuchillo)*. No pienso matar a naide esta noche...

ANITA: *(Tomando el cuchillo)*. Lo pondré en tu cuarto...

BARTO: Donde quieras... *(Vase foro)*.

ANITA: *(Como si hablase con Bartolito)*. No, en tu cuarto, no... Lo guardaré en el mío... *(Entra segunda derecha y sale al momento sin el cuchillo y se va por el foro)*.

ESCENA VIII

PANCRACIA. PINITO. PEDRITO.
TITITA.

- D^a PANCRACIA: ¿Usted quiere acompañarnos a cenar, Pedrito?.
- PEDRITO: Muchas gracias, Doña Pancracia, yo ya lo hice. *(Pedrito y Pinito se ponen en pie)*.
- D^a PANCRACIA: ¿Qué me dice usted del padrito? ¿Le agradó el sermón de esta noche...?
- PEDRITO: Cuando yo llegué estaba terminando... Pero, habla muy bien...
- D^a PANCRACIA: Oh, muy bien... Yo no me canso de oírlo, ¿usted no lo oyó explicar esta noche la parábola...?
- PINITO: Parábola, mamá...
- D^a PANCRACIA: Eso es... Pará...bola... La pará... bola del trigo y la cizaña...
- PEDRITO: No, señora...Seguramente cuando yo entré ya la había explicado...
- D^a PANCRACIA: Pues decía la parábola...
- PINITO: Pará... *(Corrigiéndola)*.
- D^a PANCRACIA: Pará... pará... bola... Esta dichosa palabra es un tragalenguas... Decía que el hombre siembra en su campo...
- M. PEPA: *(Desde la puerta del foro)*. ¡La comida se enfría...!
- D^a PANCRACIA: Ay, es verdad... Ya le contaré... Ya le contaré...
- PEDRITO: Cuando usted quiera.
- D^a PANCRACIA: Vamos, Pinito... *(A Pedrito)*. Se quedará usted solo

un momento... A no ser que quiera usted vernos comer...

PEDRITO: Me quedaré aquí por si empiezan a llegar los invitados...

D^a PANCRACIA: Bueno, pues hasta luego...

PINITO: Hasta ahora...

PEDRITO: Buen provecho...

D^a PANCRACIA: Muchas gracias. *(Sale primero doña*

Pancracia y después Pinito, que al llegar a la puerta del foro, por donde desaparecen ambas, vuelve la cabeza para mirar a su novio).

ESCENA IX

PEDRITO.

PEDRITO: *(Llega a la puerta del foro y mira hacia el sitio por donde se han ido su novia y su futura suegra).* Conque... parabóla, ¿eh?. Parabóla... *(Se retira de la puerta).* A esta doña Pancracia le dejan los padritos la cabeza... que no sirve... ni para bola de billar. Pero por mí, que rueda la bola... Yo tengo resuelto mi problema... Para resolver el problema de la vida en estos pueblos, lo que tenía que hacer un pobre empleado como yo, era conseguir una muchacha con dinero y casarse con ella... y eso está conseguido... conseguido... y con creces... porque el animal de Bartolito no se casará nunca... A él lo único que le interesa es labrar la tierra y cuidar de sus animales y vestirse de limpio los domingos... Titita...

¿quién se casa con Titita...? Ha sido novia... ¡qué se yo...! lo menos de veinte sujetos, que por lo visto no estaban muy sujetos, porque ahuecaron todos... Se ha hablado más de ella que de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo... ¿y Anita...? Oh, Anita, oh... esa es seguro que se queda para vestir santos... Como ustedes lo oyen... Cualquiera carga con ella después del escándalo con el telegrafista, único novio que se le ha conocido... Dio más ruido ésta con ese novio, que la otra con su veintena de tenorios... De modo que doy por seguro que no se casarán mis tres cuñados y cuando muera doña Pancracia, que Dios quiera que sea pronto, yo me haré cargo de la administración de todos sus bienes y de ahuyentar a los que se acerquen a mis cuñadas, atraídos por el ruido de los cuartos... Seré el único heredero de doña Pancracia... Seré rico... Seré uno de los notables del pueblo... Porque teniendo dinero... se puede...

D^a ENCARNA: *(Sin ser vista por el público)*. ¿Se puede...?

PEDRITO: Se puede ser alcalde, se puede...

D^a ENCARNA: *(Idem)*. ¿Se puede...?

PEDRITO: Se puede ser Juez municipal...

ESCENA X

PEDRITO. DOÑA ENCARNA.

D^a ENCARNA: *(Por el foro)*. Ay, Pedrito...

PEDRITO: ¿Qué hay doña Encarna...?

D^a ENCARNA: *(Paseando agitada y dándose aire con la pañoleta que traerá por los hombros)*. ¡Ay! Tan deprisa quise subir la escalera que casi llego al último escalón...

PEDRITO: Pero, ¿Qué le pasa a usted...? Viene usted muy agitada...

D^a ENCARNA: Ay, ay... No se como no me he vuelo loca.

PEDRITO: Pero, ¿qué le sucede...? Cuente usted...

D^a ENCARNA: Mi marido que es un mal hombre, que es un sinvergüenza, un borracho...

PEDRITO: ¿Qué...? Su marido come...

D^a ENCARNA: No come, Pedrito, no come, bebe.

PEDRITO: No. Digo que si come-tió algo grave, que si faltó a los deberes conyugales, que...

D^a ENCARNA: No, no señor... Lo sucedido es que llegó a casa hace un momento en completo estado de embriaguez y al enterarse de que mis hijas y yo nos estábamos preparando para venir esta noche a la reunión que habrá aquí... ¿Sabe usted lo qué dijo...?

PEDRITO: Usted dirá...

D^a ENCARNA: Pues dijo: "Esta noche no se sale. Mis hijas no van a estar como cajas de turrón de fiesta en fiesta..." Pero papá... Decían las chicas... Pero hombre... repliqué yo... "No se sale..." Y mientras lloraban mis hijas, él se fue a nuestra alcoba y se tendió

en la cama... y allá me fuí yo... no a la cama, ¿eh?, a la alcoba... Me acerqué a él... Romualdo, le dije... "No se... sáa..." No pudo terminar la frase. *(Como si hablara con Romualdo)*. No... se... sa... no... se... sa... *(Dirigiéndose a Pedrito)*. No cesa de darnos disgustos, créame usted... Romualdo, le dije otra vez... "No... se... sa...", contestó. Ya hablaba menos. ¿No sabes...? ¡Lo que yo no sé es como puedo aguantar tanto...! *(A Pedrito)*. Ultimamente decía: "No... no..." Y después no decía nada.

PEDRITO: ¡Claro...! Ya lo había dicho todo...

D^a ENCARNA: Ay, crea usted que estas cosas y otras son para que una estuviera tirando piedras por esas calles...

PEDRITO: No es para tanto, doña Encarna...

D^a ENCARNA: Mire usted, mire usted como he venido... Gracias a que esta noche, como otras muchas no hay alumbrado público...

PEDRITO: No han encendido los faroles, no, señora...

D^a ENCARNA: El único farol que alumbró esta noche fue el farol de mi marido. Y ya ve usted para que: para encenderme a mí la sangre y para apagar en mis hijas la esperanza de pasar aquí un rato agradable...

PEDRITO: Qué hemos de hacerle.

D^a ENCARNA: Ay, he estado aquí más de lo conveniente. Me voy. Están las chicas solas. Dígale usted a doña Pancracia lo que sucede... y que disculpe nuestra ausencia... Seguramente estará cenando y no quiero molestarla... Adiós Pedrito, adiós... *(Medio mutis)*.

PEDRITO: Vaya con Dios doña Encarna... Y revístase usted de paciencia...

D^a ENCARNA: Ay, ¡si no fuera porque tengo mucha...! Adiós, adiós. *(Vase foro)*.

PEDRITO: Buenas noches...

ESCENA XI

PEDRITO. ANDREA. DOÑA PETRA.
RITITA.

PEDRITO: ¡Pobre doña Encarna...! Indudablemente es una desgracia tener que aguantar las impertinencias de un borracho... *(Transición)*. Pero nada: cada palo que aguante su vela. Doña Encarna sabía cuando se casó con don Romualdo, que a éste le gustaba empinar el codo... Se casó porque era joven y porque tenía dinero... Pues que lo sufra ahora que es viejo y no tiene perras... Todo acaba... La juventud... Las perras... Las perras de la juventud... La juventud de las perras...

ANDREA: *(Por el foro)*. Señorito: la señora que si quiere usted tomar café que vaya al comedor...

PEDRITO: Mira... Tú te llamas Andrea, ¿verdad...?

ANDREA: Sí, sí señor, pa servirle a Dios y a usted...

PEDRITO. Muchas gracias. Pues mira Andrea, dile a doña Pancracia... *(Doña Petra y Ritita por el foro)*.

D^a PETRA: *(Desde la puerta)*. ¿Se puede...?

PEDRITO: Adelante, adelante... Pasen ustedes.

D^a PETRA. RITITA: *(Entrando)*. Buenas noches, Pedrito...

PEDRITO: Muy buenas. ¿Cómo están ustedes?

D^a PETRA. RITITA: Bien, ¿y usted...?

PEDRITO: Bien, gracias... Siéntense ustedes, tomen asiento...

D^a PETRA: Muchas gracias... *(Doña Petra se despoja de la pañoleta que le cubría el busto y la coloca en una de las dos sillas que*

estarán entre las puertas de la derecha y en el espaldar de la otra coloca Ritita un pequeño abrigo que traía pendiente del brazo).

PEDRITO: Mira, Andrea: Dile a doña Pancracia que esta noche no acepto su invitación, aunque le agradezco mucho y que han llegado doña Petra y su hija Ritita...

ANDREA: Sí, señor... *(Vase foro)*. ~

Dª PETRA: Por nosotras no deje usted de aceptar la invitación...

PEDRITO: No, señora... Muchas gracias... Me invita a tomar café y a mí el café no me agrada mucho... Lo bebo...

Dª PETRA: Ay, pues a mí si me quitan el café me quitan la vida. Mi desayuno todos los días es una buena taza de café... Pero de café, ¿sabe? De café puro, porque hay algunas que lo mezclan con garbanzos.

RITITA: Pues yo bebo pocas veces café y cuando lo bebo me pongo muy nerviosa...

PEDRITO: Usted debiera tomarlo con garbanzos, Ritita...

Dª PETRA: Eso le he dicho yo... Bueno, Pedrito, ya que no ha querido aceptar la invitación que le han hecho, va usted a contarnos, mientras terminan doña Pancracia y sus hijas, lo que le pasa a doña Encarna. Cuando entremos, salía más que deprisay hablando sola...

RITITA: Parecía una loca... A nosotras nos dió miedo...

Dª PETRA: Le preguntamos que le pasaba y nos dijo, siempre corriendo: "Pedrito que les cuente, Pedrito que les cuente..." De modo que, cuéntenos usted...

PEDRITO: Pues oigan ustedes.

ESCENA XII

DICHOS. DOÑA PANCRACIA. PINITO.

D^a PANCRACIA: ¡Mi señora doña Petra...! ¡Ritita...!

PINITO: Buenas noches...

D^a PETRA. RITITA: Muy buenas... Muy buenas. ¿Qué tal...?

D^a PANCRACIA. PINITO: Muy bien. ¿Y ustedes...? *(Besos, apretones de mano, etc. Doña Petra y doña Pancracia a la derecha. A la izquierda Píñito, Ritita y Pedrito).*

D^a PANCRACIA: La chica nos dijo que ustedes habían llegado...

D^a PETRA: Pero por nosotras no dejarían ustedes de cenar...

D^a PANCRACIA: No, señora... Estábamos entre sorbo y sorbo de café, terminando nuestro rezo. Es una costumbre antigua, ¿sabe usted...? No podemos levantarnos de la mesa sin antes darle gracias a Dios...

D^a PETRA: Lo mismo hacemos en casa. Y lo mismo creo yo se haga en todas las casas del mundo... Porque en todas las casas se come.

D^a PANCRACIA: Sí, en todas las casas se come, pero no en todas las casas se respeta a Dios. Sin ir más lejos, ya ve usted lo que pasa en los pueblos; los domingos no van a misa más que cuatro gatos... Y esas señoritas que van alguna que otra vez, ¿por qué van? ¿Por qué cree usted que van esas a misa? Por lucir el traje o el sombrero nuevo. Porque las vean y por ver ellas al pretendiente o al novio... Esta es la verdad...

D^a PETRA: Desgraciadamente, doña Pancracia...

D^a PANCRACIA: Pero, siéntese, señora, que con la conversación ni me había dado cuenta de que estábamos de pie... Siéntese. *(Doña Petra y doña Pancracia se sientán en las sillas en que la primera y Ritita dejaron, al entrar, sus abrigos).*

D^a PETRA: Muchas gracias.

D^a PANCRACIA: ¿Ustedes no fueron esta noche a la plática?

D^a PETRA: No, porque Juan quería cenar temprano y acostarse. *(Siguen hablando).*

PEDRITO: ¿Todavía no le ha dicho a usted nada...?

RITITA: Nada... Mucha mirada, mucho paseo; pero... nada más...

PINITO: Lo mismo que éste cuando estuvo enamorándose...

RITITA: Son pesaditos los muchachos de este pueblo. Para declararse están haciendo guardia en la esquina y paseando nuestra calle meses y meses... Y después, cuando ya son novios, la tienen a una haciendo guardia en la ventana años y años, sin que se les ocurra hablar de casamiento...

PEDRITO: Es que esas cosas, Ritita, hay que tomarlas con calma... Porque ha de saber usted... *(Siguen hablando).*

D^a PETRA: Yo creí que nuestra mandadera había entendido mal el recado... Como usted acostumbra a celebrar sus reuniones los domingos por la noche...

D^a PANCRACIA: No quiero dar reuniones los sábados porque esos días está aquí mi hijo Bartolito... Y como tiene ese genio tan raro...

D^a PETRA: Tan raro, sí, señora...

D^a PANCRACIA: Pero, a primera hora vino Pepito y me dijo: Ahora mismo he sabido que la cantante viene hoy a pasar el día con su familia y que mañana a mediodía se marcha. ¡Quizá para siempre...! Si en vez de dar mañana la reunión quiere usted darla esta noche, yo puedo conseguir que ella venga a cantar y figúrese usted, ¡con los deseos que tenemos de oírla!

ESCENA XIII

DICHOS. TITITA. ANITA.

TITITA. ANITA: Buenas noches.

D^a PETRA: *(Se levanta)*. Hola, niñas...

TITITA: ¿Cómo está, doña Petra?

ANITA: ¿Qué tal, doña Petra?

D^a PETRA: Bien... muy bien. Yo las veo tan buenas... *(Se besan. Ritita viene a saludarlas)*.

TITITA: ¿Qué hay, Ritita...?

ANITA: Hola, Ritita...

RITITA: ¡Estuvieron buenas...! *(Se besan)* Esperándolas en casa cuando salieron de la plática...

TITITA: Es que habíamos cenado... *(Siguen hablando. A la derecha, entre las dos puertas, doña Petra y doña Pancracia, a la izquierda, primer término, Pinito y Pedrito, casi al centro de la escena, los otros tres personajes. Hablando todos)*.

PINITO: Oye, ¿será verdad que al médico, mi hermana, le era muy simpática?

PEDRITO: No sé, así parece que lo ha dicho la solterona que lo sabe...

PINITO: Pues no tendría nada de particular que resultaran novios el médico y Anita. El bien puede merecerlo. Si el tiene su carrera, ella sabe tocar el piano... *(Siguen hablando)*.

D^a PANCRACIA: A mí igual me da estar en el pueblo que estar en el campo. Si no fuera por mis hijas, en el campo viviría. Nadie mejor

que usted sabe que mi finca tiene una buena casa.

D^a PETRA: Ya lo creo... Con todas las comodidades apetecibles.

D^a PANCRACIA: Y además me gustaría estar en el campo, porque mi hijo Bartolito estaría mejor atendido.

D^a PETRA: Seguramente...

BARTOLITO: *(Trae puesta la americana. Desde la puerta del foro).*
Buenas noches.

D^a PETRA. RITITA: Buenas noches.

D^a PANCRACIA: ¿Vas a salir...?

BARTOLITO: Sí, voy a la barbería... *(Vase).*

RITITA: *(A Anita).* Creí que era tu médico...

ANITA: Hija, yo no tengo médico...

RITITA: Pues por ahí lo dicen...

TITITA: Es que la gente habrá creído que ésta está enferma...

RITITA: Sí, pero no del mal del cuerpo.

ANITA: Entonces...

RITITA: En la puerta del Casino estaba cuando nosotras pasamos...

TITITA: Pues ha tardado en llegar.

ANITA: Estará esperando al amigo.

RITITA: Vamos a ver si vienen. *(Van a la ventana, segundo término).*

TITITA: Esta noche para ver a alguien en la calle, hay que pedirle permiso al oscuro. *(Se asoma a la ventana).*

D^a PETRA: Ah, esas niñas del Alcalde son imposibles... Ahora les ha dado por tomarla con esa señora...

D^a PANCRACIA: Yo no sé como la madre consiente semejante cosa...

D^a PETRA: ¿La madre...? La madre es peor que ellas. ¡Ni que no conociéramos a la madre! *(Siguen hablando).*

TITITA: *(Hablando con alguien que está en la calle).* Bien, ¿y ustedes? Está bien, mucgracias... Sí, señor... ¡Cuidado...! ¡Cuidado...! ¿Se ha hecho usted daño? ¿Quieren ustedes pasar...?

Bueno, bueno... Como quieran... Adiós... Muchas gracias... Adiós.
ANITA: (*Idem*). Adiós... Buenas noches...
RITITA: (*Idem*). Buenas noches.
ANITA. TITITA. RITITA: (*Después de apartarse de la ventana*). Ja, ja, ja...
D^a PANCRACIA: Pero, ¿qué es eso...?
D^a PETRA: ¿Qué pasa...?
ANITA: Vuelvo enseguida... (*Vase corriendo foro*).

ESCENA XIV

TITITA. PEDRITO. PETRA. PANCRACIA.
PINITO.

Titita va al grupo formado por doña Pancracia y doña Petra. Ritita va al formado por Pedrito y Pinito. Ritita hará los mismos movimientos que Titita, cual si estuviera contando a Pinito y a Pedrito lo que les cuenta Titita a doña Pancracia a doña Petra.

TITITA: Nada... Las de don Gonzalo... El novio, la niña, don Gonzalo y su señora... Don Gonzalo alumbrando con un farol...
D^a PETRA: Pero, niña, si hace un oscuro que no se ve un palmo de tierra...
TITITA: Bueno, pero es que como don Gonzalo es cojo, el farol, llevado por él, iba para arriba, para abajo, para arriba, para abajo... Y las sombras de ellos iban bailando un baile raro...

PEDRITO: *(Hablando con Ritita)*. Sí, el baile de las sombras...

TITITA: Y luego, el pobrecillo, cuando pararon debajo de la ventana, miró para arriba, hizo un movimiento y, sin darse cuenta, metió la pierna chica en la arquilla que está frente a la puerta de casa...

D^a PANCRACIA: ¡Pobre señor...!

TITITA: Cuando lo levantaron, la sacó chorreando...

D^a PETRA: ¿Sangre...?

TITITA: No, señora, agua...

D^a PETRA: Ah, porque si hubiera habido sangre, la cosa no era para tomarla a broma.

D^a PANCRACIA: Pues claro está que no...

ESCENA XV

DICHOS. MÉDICO. ERNESTO DEL BARCO.
PEPITO.

MÉDICO: *(Desde la puerta)*. ¿Se puede...?

TITITA: El médico, su amigo y Pepito...

D^a PANCRACIA: Adelante, adelante... *(Se levantan todos)*.

MÉDICO: *(A doña Pancracia)*. ¿Qué hay, señora...? *(Se estrechan la mano)*.

(Ritita, al entrar el médico y los otros personajes, se separa de Pedrito y de Pinito y se va al lado de doña Petra, que estará acompañada de Titita, pues doña Pancracia ha ido a saludar a los

que han llegado. Pepito, mientras duran los saludos, se asomará a una de las ventanas o contemplará los cuadros que penden de las paredes. Pinito y Pepito, al mismo tiempo que Titita, se separa de ellos, se dirigen al foro, y, Ernesto, una vez que saluda a doña Pancracia, les sale al encuentro, les estrecha la mano y habla con ellos y con doña Pancracia).

MÉDICO: Doña Petra... Ritita... Voy a presentar a ustedes a un amigo, Ernesto del Barco... (*Llamándolo*). ¡Ernesto...!

ERNESTO: (*A doña Pancracia, Pinito y Pedrito*). Perdonen ustedes...

D^a PANCRACIA: Perdonado, perdonado... (*Ernesto se dirige al otro grupo*).

MÉDICO: (*Haciendo la presentación*). Doña Petra Pérez de Pérez y su hija Ritita... Mi amigo Ernesto del Barco... (*Ernesto estrecha la mano de doña Petra, de Ritita y de Titita. Siguiendo hablando*).

PEPITO: Pues lo que hay es que no viene la cantante...

PEDRITO: (*A Pinito*). ¿No te lo dije...?

D^a PANCRACIA: Pero, ¿qué ha dicho...?

PEPITO: Ha dicho que no viene porque está afónica.

PINITO: (*A Pedrito*). Ya lo oyes: por que está afónica.

PEDRITO: Para mí que eso es una disculpa. ¿Tú hablaste con ella...?

PEPITO: Señores, la verdad es esta: fui después del almuerzo a su casa y me dijeron que estaba durmiendo la siesta... Le expuse a su familia el objeto de mi visita y le anuncié otra para más tarde... Volví más tarde, al caer de la tarde y me dijo la madre: -Salió esta tarde pero puede que no tarde... Espere a más tarde...- Total: que me dieron la tarde... Y acabé por marcharme con la música a otra tarde, digo a otra parte...

D^a PANCRACIA: De modo, ¿qué no vendrá...?

PEPITO: No creo que venga... Lo que les aseguro a ustedes es que la familia de esa... cantante, me pagará lo que me ha hecho hoy... ¡vaya...!

D^a PANCRACIA: No hay que molestarse, Pepito... Y ya sabe usted que le quedo muy agradecida por sus gestiones...

PEPITO: ¡Señora...!

PEDRITO: Bueno, doña Encarna y sus hijas tampoco vienen...

D^a PANCRACIA: ¿Pues qué les pasa...?

PEDRITO: Antes, mientras ustedes cenaban, estuvo aquí doña Encarna y me dijo que a su marido le dolía mucho la cabeza...

PEPITO: De alguna borrachera...

D^a PANCRACIA: ¡Por Dios, Pepito...!

D^a PETRA: ¿Es verdad...? ¿No viene la cantante...?

MÉDICO: Pepito no lo ha dicho...

PEPITO: Es verdad. No viene. No puede venir...

D^a PETRA: Pues es lástima... Yo no la he oído nunca...

RITITA: Ni yo...

TITITA: Ni yo...

PEPITO: Señores: por falta de un garbanzo no se deja de hacer un puchero...

MÉDICO: No hace falta la cantante... Mi amigo Ernesto cantará...

ERNESTO: Hombre, yo no sé cantar...

MÉDICO: ¿Cómo no...? Ahora mismo va a quedar acordado el programa de la fiesta... Anita... *(Mirando en derredor)*. ¿Dónde está Anita...?

D^a PANCRACIA: *(Que va en dirección al grupo y oye la pregunta del médico)*. Viene en seguida... *(Se dirige a la puerta del foro)*.

MÉDICO: Anita tocará el piano...

D^a PANCRACIA: *(Desde la puerta del foro)*. ¡Anita...!

PEPITO: Eso es... Sinfonía por el piano...

MÉDICO: Justo... Después Pedrito recitará unos versos...

PEDRITO: ¡Protesto...! *(Va con Pinito a la ventana)*.

MÉDICO: Luego mi amigo Ernesto cantará.

ERNESTO: Hombre, yo...

PEPITO: Y yo haré unos juegos de manos...

D^a PETRA: No, Pepito, las manos quietecitas...

PEPITO: Se trata de unos juegos con la baraja, doña Petra...

PEDRITO: *(A Pinito)*. ¿Convencida de lo que te dije antes...? ah, pero todavía no estás...

ESCENA XVI

DICHOS. ANITA.

ANITA: Buenas noches...

ERNESTO: Muy buenas... ¿Cómo está usted...?

PEPITO: Buenas noches, Anita...

MÉDICO: *(Estrechándole la mano)*. Anita, ¿cómo se hace usted desear...!

ANITA: No tendría usted muchos deseos de verme cuando no ha venido antes...

ERNESTO: De que no haya venido antes, he sido involuntariamente el culpable...

ANITA: Está usted perdonado...

(Pinito y Pedrito en la ventana del primer término. Doña Petra y doña Pancracia se habrán sentado en las sillas que están entre las dos puertas de la derecha. Pepito, Titita y Ritita, cerca de la mesa que está al centro de la escena. Anita y el médico hablando junto al piano. Después de que Anita ha perdonado a Ernesto, viene el

grupo que forman Pepito, Titita y Ritita).

MÉDICO: Si de mí dependiera, Anita, constantemente estaría contemplándola...

(Siguen hablando).

ERNESTO: *(A Ritita).* ¿Cuándo va a empezar la fiesta...? ¿Faltan invitados...?

TITITA: Sí. No han llegado doña Encarna y sus hijas...

PEPITO: No vienen...

RITITA: ¿No...?

PEPITO: No, porque esta noche la ha cojido *(Indicando que ha bebido)* don Romualdo...

RITITA: ¡Pobre señor...!

TITITA: ¿Pobre señor...? Pobre señora y pobres niñas...

RITITA: Es verdad *(Dirigiéndose a Ernesto)*. Pues estamos todos...
(Siguen hablando, Ernesto con Ritita y Pepito con Titita).

PEPITO: ¿Bailaremos, Titita...?

TITITA: Pero, ¿habrá baile...?

PEPITO: ¿Cómo no...? El baile es un número imprescindible en estas fiestas...

TITITA: Bailaremos, si hay baile...

PEDRITO: *(A Pinito)*. Oye, no te fijas en lo entretenidos que están el médico y tu hermana...

PINITO: Si la solterona los viera, diría mañana que Ana y el médico están en vísperas de casarse...

RITITA: *(A Ernesto)*. El pueblo no vale nada...

ERNESTO: Un pueblo antiguo... Pero tiene unos bellos alrededores...
(Pepito se separará de Titita y llegará a donde está el médico en el preciso momento en que Ernesto acabe de decir lo anterior).

PEPITO: Anita, con el permiso del doctor, ¿quiere usted toca algo...?

MÉDICO: Sí, toque usted, toque usted... algoailable... ¿quieren ustedes bailar...?

RITITA, TITITA: Sí... sí... bailar... vamos a bailar...

PEDRITO, PEPITO: Quitemos de aquí la mesa... *(Por la que está al centro de la escena).*

ERNESTO: Yo llevaré el quinqué... *(Ernesto toma el quinqué y Pepito la mesa).*

MÉDICO: ¡Cuidado, Ernesto...!

PEDRITO: ¡Cuidado...! Que la casa no está asegurada contra incendios...!

ERNESTO: No hay que asustarse, caballeros...

(Todos, menos doña Petra y doña Pancracia, que duermen, están pendientes de la suerte que, en las manos de Ernesto, correrá el quinqué).

PEPITO: Aquí no estorba... *(Coloca la mesa entre las dos ventanas).*

ERNESTO: *(Después de dejar el quinqué sobre la mesa).* Señores: llegó sano y salvo. Si merezco un aplauso, no me lo negueis...

TODOS: *(Menos doña Petra y doña Pancracia).* ¡Bien!... ¡bien!... ¡Bravo!... *(Muchos aplausos).*

D^a PANCRACIA. D^a PETRA: *(Despertando).* ¡Ay...! *(Se sujetan por los brazos y se miran una a otra cual si se preguntaran la causa de su sobresalto).*

PEDRITO. ANITA. PEPITO: ¿Qué pasa...? ¿Qué pasa...?

(Todos se acercan a doña Pancracia y a doña Petra. Estarán colocados en esta forma: en primer término, Titita y Pepito, segundo Pinito y Pedrito; y luego, Anita y el médico).

D^a PANCRACIA: Nada, nada... que nos habíamos quedado dormidas y nos despertó el ruido de los aplausos... *(Risas).*

TITITA: Aplaudimos a don Ernesto...

RITITA: Estuvo en sus manos nuestras vidas...

PEPITO: En sus manos y en sus pies... porque llega a tropezar y cae...

(Anita y el médico en dirección al piano).

MÉDICO: Anita, toque usted el arrorró para que vuelvan a dormirse su mamá y doña Petra...

ANITA: No. Tocaremos un vals para que bailen todos y ellas no se duerman... *(Se sienta al piano)*.

PEPITO: Señores: el baile va a empezar...

(Anita toca un vals lento).

MÉDICO: Puede el baile comenzar...

PEPITO: *(A Titita)*. Nosotros los primeros... ¿Vamos Titita...?

(Ofreciéndole un brazo).

TITITA: Vamos allá...

ERNESTO: *(A Ritita)*. ¿Quiere usted que bailemos este vals...?

(Ofreciéndole el brazo).

RITITA: *(Aceptándolo)*. Bailemos...

PEDRITO: *(A Pinito)*. ¿Vamos también nosotros...?

PINITO: ¿Por qué no...?

(Las tres parejas pasean. El médico estará junto al piano dándole conversación a Anita. Antes de finalizar la escena, las mamás estarán dormidas).

PEPITO: *(A Titita, al pasar frente al público)*. Yo no creí que la cantante y su familia me hicieran ese desaire...

TITITA: Esa gente no tiene en cuenta nada...

ERNESTO: *(A Ritita, al pasar frente al público)*. En mi pueblo también pasabamos así las veladas... De otra manera es imposible...

RITITA: Estas fiestas nos alegran la vida...

PEDRITO: *(A Pinito)*. Pepito es zascandil... en el pueblo no hay quién le haga caso...

PINITO: Bien se lo tiene merecido.

MÉDICO: Señores, menos charla y más movimiento... ¡A bailar! ¡A bailar...!

PEPITO: Sí, señores; ¡a bailar...! Bailaremos...

(Bailan las tres parejas. Pepito, que estará frente al público)

tarareará, cuando empiece a bailar, el vals que está tocando Anita). Ta, ra, ra, ra...

ESCENA XVII

DICHOS. BARTOLITO.

(Bartolito, que regresa de la barbería con la cara rasurada).

BARTOLITO: *(Deteniéndose en la puerta del foro gritando con todas las fuerzas de sus pulmones). ¡Alto, señores, alto...! (Anita deja de tocar; los bailarines dejan de bailar y se detienen a la izquierda de la escena. Anita y el médico, junto al piano).*

D^a PETRA: *(Despertándose al oír el grito). ¿Qué ocurre...? (Sujeta por un brazo a doña Pancracia).*

ERNESTO: *(A Pinito, que habrá quedado entre él y Pedrito). ¿Es su hermano...?*

PINITO: *Mi hermano; sí, señor...*

BARTOLITO: *(Llegando cerca de D^a Pancracia). ¡¡Madre...!!*

D^a PANCRACIA: *(Levantándose). ¿Qué...? (Doña Pancracia quiere preguntar algo pero Bartolito la interrumpe. Todos los personajes estarán de pie).*

BARTOLITO: *¡Qué se acabe el baile...!*

PEPITO: *Si ahora mismo empezó...*

BARTOLITO: *Pos se acaba ahora mismo... ¡Aquí no se baila...!*

D^a PANCRACIA: *Pero, Bartolito...*

BARTOLITO: ¡Nada, madre!. Aquí no se baila mientras yo sea el hombre en esta casa...

D^a PETRA: Bartolito...

BARTOLITO: D^a Petra, mañana, pasao... otro día hablaremos... Ahora lo que quiero y lo que desijo es que se acabe esto, que aquí no se baila... Y perdonen si no se despresarme de otra manera... Yo a toas las cosas las llamo por sus nombres: al pan pan y al vino...

MÉDICO: *(A Anita)*. Vino, vino a tiempo su hermano...

BARTOLITO: *(Al médico)*. Sí; a tiempo de que ustees no sigan tomando a broma esta casa... *(El médico, Ernesto y Pepito se aproximan a Bartolito y casi al mismo tiempo dicen)*.

MÉDICO: Señor mío...

ERNESTO: Caballero...

PEPITO: No hay derecho, Bartolito...

BARTOLITO: A mí no me asustan ustees ni tres más grandes que ustees... Estoy en mi casa y hago y digo lo que me da la gana... *(Los otros quieren hablar)* Naa... naa... fuera... A la calle... fuera de aquí... bastante... bastante me han burlao...

MÉDICO: Oiga usted...

ERNESTO: Pero óiganos...

BARTOLITO: No me da la gana... fuera, fuera... a la calle... Si no fueran por las buenas, por las malas... *(Mientras dice lo anterior se echa mano a la cintura y como no encuentra el cuchillo, se dirige a la puerta del primer término derecha y desaparece)*.

D^a PANCRACIA: *(Cuando Bartolito va hacia la puerta)*. ¡Bartolito...!

PEPITO: Va a buscar el cuchillo... aquí se arma una... yo me voy... adiós. *(Vase corriendo)*.

ESCENA XVIII

PANCRACIA. MÉDICO. ERNESTO. PINITO. D^a PETRA.
PEDRITO. ANITA. MADRE PEPA. TITITA.

(Esta escena con la mayor rapidez posible).

D^a PANCRACIA: ¡Don Ernesto!. ¡Doctor!. ¡Por Dios ...!

MÉDICO: Señora, no tema usted. No ocurrirá nada... Ya nos vamos...

ERNESTO: Estamos en su casa y no queremos dar lugar a una escena desagradable... ¡Qué vergüenza...!

(D^a Petra y Ritita han tomado sus abrigos)

D^a PETRA: Adiós, doña Pancracia... Vamos, Ritita...

RITITA: *(A Titita y a Anita que están junto a ella)*. Adiós...

MÉDICO: Buenas noches...

ERNESTO: Buenas noches...

D^a PANCRACIA: Perdones a todos...

D^a PETRA: Señora...

(Aparece Madre Pepa en la puerta del foro).

PEDRITO: *(A Pinito)*. Yo también me voy. No quiero líos con tu hermano. Hasta mañana...

BARTOLITO: *(Dentro)*. ¡Anita...! ¡Anita...!

(Anita, al oír que la llama Bartolito, se queda indecisa: quiere y no quiere acudir al llamamiento de su hermano).

TITITA: *(A Anita indicándole que vaya a donde la llama Bartolito)*.
Ve, mujer...

(Salen doña Petra, Titita, el médico y Ernesto. Mientras, doña Pancracia dice lo que sigue, Anita se dirigirá a la puerta de la

derecha primer término).

D^a PANCRACIA: Madre Pepa, acompaña a estos señores cuando salgan, cierra la puerta de la calle y guárdate la llave... (*Mutis madre Pepa. Doña Pancracia cierra la puerta del foro*).

D^a PANCRACIA: ¡Qué dirá esa gente!. ¡Qué dirá esa gente...!

ESCENA ÚLTIMA

D^a PANCRACIA. PINITO. TITITA. ANITA
BARTOLITO. MADRE PEPA.

BARTOLITO: (*Desde la puerta primer término derecha, sin que aún Anita haya llegado a ella. Dirigiéndose a Anita*). ¡ Mi cuchillo...! ¿Dónde pusiste mi cuchillo...?

D^a PANCRACIA: Ya se han ido, hijo, ya se han ido... Ay qué vergüenza nos has hecho pasar... (*Titita y Pinito, a la izquierda, Anita primer término derecha. Todos en la actitud que se crea conveniente, pendientes de lo que dicen doña Pancracia y Bartolito*).

BARTOLITO: (*Entrando en escena*). Madre, vale más pasar esta vergüenza que no tener que pasar otra mayor...

D^a PANCRACIA: Digo que toos esos no vienen aquí más que a pasar el rato... que el nombre tuyo y el de tus hijas va de boca en boca, “que toas las bocas se sonrén al nombrarlas a ustees...” Y que yo no quiero que de ti ni de mis hermanas se burle naide...

D^a PANCRACIA: Pero, hijo...

BARTOLITO: Por eso, porque soy tu hijo... Y porque soy tu hijo te digo que si quieres recojer buen fruto, tienes que sembrar buena simiente... Y porque soy tu hijo te pío que mañana mismo dejes el pueblo pa siempre y te vaigas pal campo conmigo y con mis hermanas, y que allí y en cualisquiera parte que vivas, no le abras a naide la puerta de tu casa... ¡A naide...!

(Madre Pepa vuelve a aparecer en la puerta del foro).

D^a PANCRACIA: Mira, Bartolito...

BARTOLITO: Naa, madre, naa... ¡Al campo!. ¡Al campo mañana mismo...! Y si no quieres dir... si quieres más quearte en el pueblo, quéate, pero, yo, en el primer barco que salga, ¡me largo pa la Bana...! *(Mutis por la puerta de la derecha primer término).*

Pedrito y los demás personajes, menos madre Pepa, rodean a doña Pancracia y comentan, sin palabras, lo sucedido. Madre Pepa llegará también al grupo antes de que caiga el telón.

Telón

LUIS BÁEZ

UNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Nace en la ciudad de Telde el año 1.907. Con sólo cinco años se traslada a Cuba con sus padres. Realiza estudios primarios en La Habana y de regreso a Telde, cursa el Bachillerato en Las Palmas. Formaliza matrícula en la Universidad de Madrid, realizando allí el primer curso de *Derecho*. Problemas de salud le obligan a completar la licenciatura en la Facultad correspondiente de la Universidad de La Laguna. En 1.928 marcha de nuevo a La Habana, allá estudia Filosofía y Letras, al tiempo que cultiva su afición poética bajo la influencia de los grandes poetas de habla hispana y de la elite de la intelectualidad cubana.

Una delicada situación familiar obliga a Luis Báez a emprender el camino de regreso a Telde, donde ejerce con brillantez su profesión de abogado.

Forma parte de la generación de poetas e intelectuales que hacen famosas las tertulias de Montiano. Es miembro destacado del Grupo Aparte y como tal, participa en certámenes poéticos, veladas literarias, dicta conferencias y participa activamente de la animación cultural que, en los años previos a la Guerra Civil, se realiza en Telde.

Su obra, como su vida, es breve pero vibrante. Juan Vega, amigo personal y compañero de inquietudes políticas y sindicales, lo recuerda así:

“Su influencia sobre nosotros era evidente. Tenía el don de cautivar al oyente. Hablaba con soltura de temas teatrales, de su estancia en Madrid; recitaba con donaire a Rubén Darío, a Rueda, a Marquina y, de vez en cuando, por petición del auditorio, recitaba algunos versos suyos”.

Murió en 1.941, dejando su producción literaria dispersa en periódicos y revistas de la época.

BRAULIO GUEDES

UNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Nació en Telde el año 1.903. Era el noveno en una familia de doce hermanos.

Hombre inteligentísimo, culto, de formación autodidacta, participó con asiduidad en las tertulias y actividades culturales y festivas del Grupo Aparte.

Miembro fundador, junto a Luis Báez y Juan Vega, del P.S.O.E., (Partido Socialista Obrero Español) teldense, fue presidente de este partido político.

Los que lo conocieron, lo definen como un hombre honesto, afable en el trato, muy ocurrente y chistoso. Vivió una vida bohemia y “muy particular”.

Su gran pasión fue la lectura, poseedor de una buena biblioteca, recoge junto a otros miembros de su generación, los ecos y tendencias intelectuales que llegan de fuera y los traslada a su actividad política y cultural.

Braulio Guedes, de profesión gestor, fue un hombre multifacético, articulista, conferenciante, le sorprendió la muerte participando en el rodaje de la película Tirma, en el año 1.954.

Su obra, que debió de ser considerable, se halla hoy perdida o diseminada. Antonio Guedes, hombre ilustrado y conocedor de la vida de Braulio, recuerda que “nunca fue perseguido por sus ideales

socialistas, quizá por respeto a su padre que era Secretario del M.I. Ayuntamiento de Telde, lo cierto es que no fue molestado por los miembros del régimen franquista". Sin embargo, muchos de sus escritos y novelas fueron quemados públicamente en unas Misiones frente a la iglesia de San Juan de Telde.

LUIS BÁEZ
BRAULIO GUEDES

SU TEATRO
EL ÚLTIMO MÁRTIR

Luis Báez y Braulio Guedes mantienen una relación de estrecha amistad. Tienen puntos de vista coincidentes en política, en intereses culturales, en sensibilidad artística y también en la forma de entender y enfocar la vida. Ambos participan de las actividades culturales del Grupo Aparte y son miembros activos de numerosas iniciativas que se llevan a cabo en la época. Tanto Luis como Braulio Guedes llevaron una vida desordenada y bohemia que no fue compartida ni entendida por la sociedad teldense.

La colaboración literaria, en una misma obra, es inédita en la literatura teldense y con toda probabilidad en la literatura canaria; sin embargo sí es frecuente en el teatro español del momento. Muestras de esta colaboración la ofrecen los hermanos Machado, los Quintero, Muñoz Seca y García Álvarez, Muñoz Seca y Pérez Fernández...

El único fruto que conservamos de esta colaboración es *El Último Mártir*, drama trágico en tres actos, fechado en Julio de 1.938. La obra se desarrolla en Madrid y la trama se encuentra entrelazada con la buena vida que disfrutaban los estudiantes universitarios. Un ambiente reflejado en múltiples citas de la cultura e intelectualidad capitalina y conocido "in situ" y dado su carácter, estamos seguros de que per sé

ya que, como queda dicho, estudió el primer curso de Derecho en la universidad madrileña. De ese fondo de buen vivir van surgiendo los sentimientos de los personajes y se va tejiendo la tragedia. El amor, la picaresca, la fuerza de la amistad, la intransigencia en cuestiones de honor... son algunos de los temas presentes en *El Último Mártir*.

La influencia del teatro de Lorca es evidente tanto en el planteamiento de la línea argumental como en la forma de tratar los personajes. En el drama adquiere el gran poeta andaluz su plenitud teatral; la mujer es tratada siempre como una heroína, de manera especial la madre y la mujer amada; la amistad para Federico García Lorca obliga a los mayores sacrificios. Estas tres cuestiones son también las claves de *El Último Mártir*: el drama como forma teatral; la defensa de la pureza y fidelidad al amor que profesa Mercedes; la amistad de Raúl, llevada a sus últimas consecuencias.

El Último Mártir es la obra de teatro de mayor envergadura de la literatura de Telde. Sus autores localizan, deliberadamente, la escena en la capital del Estado. Puede entenderse que rechazan de forma consciente el localismo cultural que ata a otros autores canarios y que hace fracasar fuera de la isla a intelectuales y escritores de la talla de Alonso Quesada.

El magnífico resurgir de la cultura en la Segunda República, que tiene su faro en Madrid, atrae de forma poderosísima a la elite de la intelectualidad de la periferia y este es, a mi juicio, el factor decisivo por el que Luis y Braulio plantean en la forma que lo hacen esta obra. En ningún caso debe estimarse como válido el precedente que establecen los dos grandes dramaturgos de la literatura canaria, Galdós afincado en Madrid y Guimerá en Cataluña, con los cuales, poco o nada comparten los autores teldenses.

La obra está estructurada en tres actos: el primero consta de doce escenas, el segundo de once y el acto final que tiene diez. Con un plantel de veintidós personajes y algunos acompañantes, *El Último*

Mártir, entraña una cierta complejidad escénica.

El lenguaje de la obra, en general, es correcto y de perfecta dicción, salvo cuando se usa como elemento de humor, exagerando entonces el castizo madrileño, el paleta inculto o el gracejo andaluz.

El Último Mártir, aún cuando muestra una notable frivolidad temática, pone de manifiesto la elegancia de estilo, la cultura y la inteligencia de sus autores que se evidencia, sobre todo, en la abundancia y riqueza de imágenes.

La pieza se fecha a un año escaso de la conclusión de la contienda civil y cuando el Archipiélago afronta uno de los momentos económicos y sociales más difíciles de su historia. Los autores no permiten concesión alguna al compromiso y no hay ni una sola referencia a esta situación. Luis y Braulio, dos intelectuales comprometidos social y políticamente, deslindan su actividad literaria y el activismo político con total autoridad, de forma que es incluso difícil percibir este compromiso en sus obras poéticas.

Con El Último Mártir, el teatro teldense se viste de largo en unas fechas en las que empieza a caer un negro telón sobre la escena española, una puesta de largo que desafortunadamente no va a tener ya continuidad hasta nuestros días.

EL ÚLTIMO MÁRTIR
(Drama trágico en tres actos, en prosa)

Luis Báez Mayor y Braulio Guedes Santos

PERSONAJES

Raúl.	Doctor 1º.
Arturo.	Doctor 2º.
Ernesto.	Mercedes.
Julián.	Mimi.
Lorenzo.	Nena.
Felipe.	Lola.
Roberto.	Magda.
Camarero.	Lina.
El Pelao.	Policía 1º.
Caballero 1º.	Policía 2º.
Caballero 2º.	Estudiantes, tanguis-
Caballero 3º.	tas y mozos.

La escena en Madrid. Época actual.

Nota: Derecha e izquierda, la del espectador.

ACTO I

Una habitación de estudio modestamente amueblada. A la derecha en primer término una puerta que se supone comunica al interior de la casa. En segundo término, una ventana a la calle. Puerta al fondo que da al pasillo y escalera. A la izquierda, en primer término, puerta que también pone en comunicación con el interior de la vivienda. Cerca de la puerta del fondo y a la izquierda, una mesa escritorio con libros y objetos del caso.

ESCENA I

ARTURO.

(Al levantarse el telón aparece Arturo con los codos en la mesa, sentado frente al espectador en la actitud del que está absorto en la lectura de un libro. Pausa).

ESCENA II

RAÚL. ARTURO.

RAÚL: *(Entra por la puerta del fondo que estará entornada, la cierra y dice en voz estentórea).* ¿Se puede?

ARTURO: ¡Ah!. ¿Eres tú, Raúl?.

RAÚL: Siempre has de ser un pobre imbécil. ¿Por qué demonio se te ocurre preguntarme si soy yo, viéndome delante?

ARTURO: No, hombre, es que no podía ser otro que tú: Raúl González, o dicho de otra manera el tío más fresco de todo Madrid, que ya es mucho decir, porque aquí los hay de “abrigo”.

RAÚL: *(Coge la petaca de Arturo que estará encima de la mesa, un cigarro, brindará a éste y se la guarda).* Chico, dispensa, no había notado que estabas fumando. *(Le arrebató el cigarrillo, coge lumbre y tira la colilla. Arrellánase cuidadosamente en un sillón y pone los pies en la mesa).*

ARTURO: *(Estallando).* Esto es imposible, Raúl, eres un sinvergüenza.

RAÚL: Poco a poco, caballero; cuidadito con insultar a personas desconocidas.

ARTURO: ¿Desconocidas...?

RAÚL: ¡Claro!. ¿No me preguntabas antes si “yo” era “yo”? Suponte que “yo” no quiero ser “yo”, sino “él” u otro cualquiera; entonces tu insulto no lo recibo “yo” sino “él”... Y como a mí no me gusta que delante de mí se injurie a nadie que esté ausente, te planteo una cuestión personal y, figúrate...

ARTURO: Ni pensarlo... ¡Batirme yo, que casi no sé tener la espada

con el mejor esgrimidor de la Asociación de Estudiantes!.
Abrenuncio, como diría el bueno de Sancho.

RAÚL: Por Dios, Arturo...

ARTURO: Nada de modestia. ¿Hay en todo Madrid uno que haya podido medir sus habilidades contigo? Bueno. Eso es en cuanto a la espada. ¿Y con el sable? ¡Ah! En cuanto a eso te juro sobre las cenizas de mi tatarabuela que no tienes competidor, ni en Madrid, ni en cuarenta leguas a la redonda.

RAÚL: Siempre se exagera...

ARTURO: ¡Qué se exagera ni que ocho cuartos! Lo sé por experiencia propia... Desde luego que te conozco -que ya hace lo menos siete años- hemos venido sosteniendo un duelo con semejantes armas, en el que he sido tocado más de setenta veces. Y sin embargo, yo a ti, ¡imposible! Tanto que si seguimos de este modo voy a tener que declararme en quiebra.

RAÚL: Bueno, hombre; déjate de estocadas y sablazos y volvamos a nuestra conversación. Decíamos...

ARTURO: Singulariza. No me hagas cómplice de los disparates que puedas largar.

RAÚL: Es lo mismo. con que decía... decía... ¿Qué decía, pardiez? Ah sí. Hablabamos de "yo" personal, "Ego personalium" que dijeron ciertos latinistas; y discutíamos si yo (ego), era ego (yo), o ille (él). Y, de deducción en deducción llegamos a mi acuanimidad y rectitud y de aquí a lo de la cuestión personal.

ARTURO: ¡Hombre, admirable! Puedes pluralizar si quieres.

RAÚL: Dejémonos de tonterías. Comprendiendo -sigo la conversación el sobresalto y agitación en que te encontrarás ante la incertidumbre de mi verdadera personalidad, voy a tranquilizarte, Ego (yo), soy yo, (ego), y no ille ¿sabes?. Un yo personal no muy definido pero "yo" al fin.

ARTURO: No ahondes, Raúl, te lo aconsejo. Déjate de disertaciones

metafísicas.

RAÚL: Que meta, ni que diablos. El que está metiendo la pata que es un gusto eres tú.

ARTURO: ¡Raúll!

RAÚL: Sí, yo, Raúl, y para que no dudes, ahí va mi cédula.

ARTURO: Bueno, con todas tus imbecilidades, te has olvidado de darme explicación de tu entrada en ésta, sin tocar.

RAÚL: Lo que quiere decir...

ARTURO: Lo que quiere decir que, como persona educada... ¿Tú te crees educado, verdad?

RAÚL: "Ego inteligus plus".

ARTURO: ¿Qué...?

RAÚL: "Que como el que más". Te lo digo en latín para que veas hasta donde llegan mis conocimientos.

ARTURO: Bueno. ¿Qué debe hacerse al llegar a una casa ajena si se quiere pasar?

RAÚL: Tocar a la criada...

ARTURO: ¿Cómo...?

RAÚL: Digo, que tocar para que salga la criada.

ARTURO: ¡Ah!. Pues si es así, ¿por qué no lo has hecho en la mía?

RAÚL: ¿En tu criada?

ARTURO: No, hombre, en mi casa.

RAÚL: Acabáramos. Pides explicaciones ¿eh? Pues ahí van: No lo he hecho, porque tan seguro como que en este instante hay más de mil acreedores maldiciendo mi estampa y dirigiendo enojosos epítetos a mis honorables ascendientes, si al tocar el timbre no se me presenta esa simpatiquísima gaditana que tienes de doncella y me dice con su tonillo zalamero que atonta: *(Se levanta, abrocha la levita e imita tonos y ademanes)* "¿Qué dezea er zeñorito? ¿Ve ar zañorito? Lo ziento mucho zeñorito, pero er zañorito acaba de zalf. Zi er zeñorito quié paza má atardecío." "Ymientras tanto el

señorito sibaríticamente recostado sobre sobre sus mullidos divanes, se burla descaradamente de mi señoría... ¡Ca, hombre, ca! Ya sé que tiene órdenes de no recibir a nadie, pero yo he necesitado hablarte y he estado, aunque al hacerlo, tuviera que pasar por encima de un escuadrón de policía montada.

ARTURO: Ya sabes, Raúl que siempre te he estimado y querido fraternalmente. Ya sabes que siempre me has encontrado a tu disposición cuando de servirte se ha tratado. Pero ahora tenemos los exámenes arriba y hay que estudiar de firme. Mi pobre tío que tan desinteresada y cariñosamente me paga la carrera, se está aburriendo ya, y no es cosa de que...

RAÚL: De que te desherede, ¿verdad? No temas eso, querido Arturo. ¿Para qué quiere tu señor tío tantos millones? Justo es que su amantísimo sobrino vaya aliviándole poco a poco de la enorme carga y continuos dolores de cabeza que supone tanta cantidad de dinero. ¡Cuántos quebraderos de cabeza y sinsabores motiva el tener una bolsa bien repleta!. Mira. ¿Por qué crees tú que yo soy tan feliz?

ARTURO: Hombre, ¡y a mí qué me preguntas!

RAÚL: Es que voy a darte una fórmula para ser dichoso: "Mauvalem felicitorum per Raulus Gonzalo et Gonzalorum". ¿Aceptas?

ARTURO: Según y como...

RAÚL: Conque hay condiciones ¿eh? Voy a hacerte un favor y aún me pones condiciones. Bueno, dilas y veremos si nos conviene...

ARTURO: Nada... Una sola y bien sencilla: que sea gratuita...

RAÚL: *(Ofendido)*. ¡Caramba, Arturito! Conque me supones tan mezquino que voy a levantarle dinero a un amigo por un simple consejo. *(Registrándose los bolsillos inutilmente)*. Si llego a tener tarjetas, te aseguro que lo pasas mal.

ARTURO: Dejémonos de charlas y lárgate esa famosa fórmula.

RAÚL: *(Como si hablase consigo)*. No, esto ya es demasiado...

ARTURO: Bueno. ¿Quieres hablar o no?

RAÚL: (*Volviendo a la realidad*). Sí, Arturito, sí aunque me has lastimado profundamente, hablaré. Tu bien, antes que mi amor propio...

ARTURO: Pues venga de ahí...

RAÚL: Pues nada. Si quieres ser feliz, verdaderamente feliz, no tienes más que largarte de la ciudad, comprarte una casita en el campo, buscarte una chica que sea guapa ¡y ya verás! ¡Qué razón tuvo Fray Luis de León al cantar las excelencias de la vida del campo! ¡Oh!, es cosa que me encanta, que me extasía, que me enloquece...

ARTURO: Sobre todo por las campesinas...

RAÚL: Déjate de prosaísmos. Porque allí, embellecidas y purificadas las almas por el balsámico ambiente, aleja de sí toda idea malista. No piensan, no viven más que para el amor. ¡Maldito dinero! ¡Cuántos males han causado nuestras capas de oro y de plata!

ARTURO: ¡Así!. ¡Muy bien, amigo mío!. ¡Qué hermosa disertación sobre las miserias del dinero! Sigue por ese camino y verás que bien nos entenderemos.

RAÚL: (*Aparte*). No hay que entusiasmarlo mucho por si acaso... (*Alto*). Hombre, fíjate bien, no es que siempre, siempre, el dinero... ¿Comprendes...?

ARTURO: ¡Y tanto!

RAÚL: ¡Claro! Hay algunas circunstancias de la vida, en que... ¡Tú ya sabes lo que quiero decir!

ARTURO: Mira, Raúl, te veo venir. Por lo tanto te advierto que escasamente tendré doscientas pesetas, pesetas que necesito...

RAÚL: ¿Imprescindiblemente?

ARTURO: Y tan imprescindible, como que...

RAÚL: Nada de excusas. Yo necesito cinco duros. Si tú como buen amigo me los puedes prestar...

ARTURO: ¡Pero, hombre, está bien! ¿No estabas en este mismo instante maldiciendo el oro y la plata?

RAÚL: ¡Claro!. Y sigo maldiciéndolo con todas mis fuerzas.

ARTURO: ¿Entonces?

RAÚL: Entonces, me lo das en papel y "finitum temorium". *(Suena el timbre).*

ESCENA III

LINA

LINA: *(Entrando por la puerta de la derecha y a Arturo que pretende levantarse).* No ze levante zeñorito. Er zeñorito pue ezta zin cuidao que ya verá er zeñorito como queará bien zervío. *(Sale por la puerta del fondo).*

ESCENA IV

LINA. VOZ. RAÚL.

VOZ: *(Desde afuera)*. ¿Está nuestro querido amigo el futuro doctor?

LINA: *(Idem)*. Lo ziento mucho, zeñoritos; el zeñorito acaba de zalí; zi los zeñoritos quién pazaze ma atardeció...

RAÚL: *(A Arturo)*. Nada, lo que yo te decía. De memoria como los papagayos. Lo que es ésta, antes de venir a tu casa ha estado, seguramente, al servicio de algún deudor empedernido. ¡Hay qué ver, con la educación que manda a uno de paseo!

VOZ: *(Desde afuera)*. Perdónanos hermosa, pero me parece que desde aquí veo el sombrero de nuestro querido colega.

LINA: *(Desde afuera y queriendo detener a los estudiantes que pretenden entrar)*. ¡Por Dioz, zeñoritos, que no eztá. Lez azeguro a uztees que no eztá! ¡Qué no eztá zeñoritos! *(Al comprender que no hay remedio, se adelanta a todos entrando por la puerta del fondo y dice, dando una patada en el suelo:)* Digo que no eztá, hombre, que no eztá bien atopellar azí a una donzella, a una pobre mujer indefenza como yo. *(Sale por la puerta de la derecha)*. *(Entran Roberto, Julián, Ernesto, Felipe y Lorenzo)*.

ESCENA V

LINA. RAÚL. ROBERTO. JULIÁN. ERNESTO.
ARTURO. FELIPE. LORENZO.

ROBERTO: Mi querido Arturo. *(Abrazándole)*.

JULIÁN: Estimado colega. *(Idem)*.

ERNESTO: ¡Oh doctor!. Que emoción... *(Idem)*.

ARTURO: Por favor, tened piedad, que me vais a ahogar.

FELIPE: ¿Y eso qué importa?. Morir siguiendo la corona que te imponen unos compañeros por tu perenne y verdadera amistad; morir asfixiado por los dulces abrazos de algunos amigos... ¡Qué alegría!

ROBERTO: Chico, te felicito por la criada que te has conseguido.

JULIÁN: Y yo también.

ERNESTO: Y yo.

TODOS: Y yo.

ROBERTO: Vaya un modo de defender los baluartes. Si llega a estar en el ejército de Boabdil. ¿Boabdil se dice, no? ¡Oh, si llega a estar cuando la defensa de Granada, te aseguro que no entran los Reyes Católicos, aunque hubiera habido en el frente cristiano mil Grandes Capitanes.

ARTURO: ¿De veras?.

JULIÁN: Tú que has estudiado Procedimientos sabrás lo latosos que son ¿verdad?. Pues te aseguro que he sudado más para entrar,

que para estudiar todos los procedimientos civiles y criminales habidos y por haber.

FELIPE: Julián, fíjate quien está ahí.

TODOS: ¡Raúl!

JULIÁN: ¡Pardiez! ¿Dónde teníamos los ojos que no te hemos visto, querido Raul?

RAÚL: ¿Que dónde? Donde tenéis la inteligencia... En ninguna parte.

ROBERTO: Pues nosotros que te hacíamos estudiando. Es increíble, se necesita ser gandúl y tener poca vergüenza. No faltan más que tres días para los exámenes y ahí lo teneis: tan campante como si esperase la absolución "in articulis mortis".

RAÚL: (*Picado*). Hombre, no parece sino que vosotros andeis pegados a los libros. ¡Vaya descaro!

ERNESTO: ¿Descaro? ¡Viva la Pepa! Qué palabras más indecentes salen de tu boca. ¡Descaro! ¿No sabes que la peña "Los Siete Sabios de Lavapiés" tienen fama por su educación y comedimiento? ¿Pruebas? Ahí están todas las simpáticas y guapísimas gachís que componen el gremio de las modistillas madrileñas, ni una siquiera se ha podido quejar de que algunos de los miembros componentes de nuestra asociación, le ha mordido los labios al besarla, o que la han mirado con los ojos en blanco -cosa peligrosísima para las mujeres sentimentales y románticas- o que las hayan pellizado en aquellas partes que por su escasa carnosidad puedan resultar averiadas...

JULIÁN: Eso tiene su explicación. El reglamento de la Sociedad es inflexible en estos puntos. Igual que el Concilio de Trento, fulmina tremendas anatemas contra aquéllos que se atreven a infringir sus leyes. Verbi gratia: si quis morderet (si alguno mordiera), etc, etc, anathema sit, o lo que es lo mismo: sea excomulgado. Si quis discerit: si alguno dijera a las modistillas, pelotaris o cocineras que

se dignan recrear nuestra vista con sus tipos zalameros y zandungeros, palabras que puedan ocasionar la condenación de sus inocente “psiquis”, digo, alma: sea excomulgado.

FELIPE: Omite un detalle importantísimo.

LORENZO: Una prerrogativa concedida a los señores asociados.

JULIÁN: ¡Ah, sí! Ya sé a lo que se refiere. Como ustedes comprenderán (*Por Raúl y Julián*) la vida sería imposible para cada uno de los Sabios que componen la Sociedad, si no se concedieran ciertas libertades, pues es tarea ardua y sumamente difícil pretender cerrar la boca para expresar su admiración por una chiquilla, a unos fogosos estudiantes en la plenitud de la vida. Por este motivo hemos llegado a una transacción: la Asociación autoriza la emisión de piropos siempre que éstos estén expresados en términos técnicos. Por ejemplo: en vez de un “negraza, qué pantorrillas más regordetas tienes”, -cosa que resultaría bastante plebeya- “africana- sabemos que las africanas son negras en grado superlativo- tiene usted una tibia pletórica de cartílagos, moléculas, átomos y subátomos, capaz de dejar tibio al esquimal más esquimal de todos los esquimales”, ¿eh? ¿Qué tal? Y para que veais las ventajas que de ello nos ha resultado. ¡Viva el comunismo!, aquí os presento algunas de las múltiples invitaciones para meriendas, tes, proyecciones cinematográficas, etc. etc., hemos recibido. Por cierto que el objetivo de nuestra visita no ha sido otro que convidar a nuestro amado Arturo... (*A Raúl*) tú ya lo estás, para el partido de frontón de esta tarde.

ROBERTO: Te aconsejamos, Arturo, que no dejes de ir. Juegan Luz y Lulú contra Rosita y Lola, en el primero. Ya sabes tú la amistad con que Luz honra al amigo Ernesto...

ERNESTO: Por Dios...

ARTURO: Nada de molestias; estamos enterados.

ROBERTO: Ella le ha dicho que jueguen a las contrarias, y se dejará

ganar...

ARTURO: Ya comprendo. Ernesto como buen amigo os ha comunicado tal decisión...

TODOS: Eso es.

ARTURO: Y vosotros acudís en comisión para darme un "sablazo".

TODOS: (*Menos Lorenzo*). Equi li qua.

LORENZO: Cuando yo os decía que este Arturito era un sabio. ¡Hay qué ver la vista que tiene el tío!

ARTURO: Hombre, está bien. El que menos de vosotros, me debe sus buenas pesetas y sin saldar las anteriores cuentas, venís por más. ¡Ca amigos míos, qué os creéis eso!

FELIPE: Siento mucho decirte, Arturito, que contra lo que acostumbras te has equivocado de medio a medio. Puedo asegurarte, que quién te pide ahora no te ha pedido jamás.

ARTURO: ¿Cómo?

FELIPE: A fe de hombre honrado.

ARTURO: ¡Qué insolencia!

FELIPE: Nada de insolencias.

ARTURO: Pero recorcholis. ¿Es que te has olvidado de los nueve duros que te dejé días pasados?

FELIPE: Claro que no. Fíjate si tendré buena memoria que aún recuerdo todos los pormenores que acompañaron a la entrega. Si quieres te los cuento.

ARTURO: ¿Entonces?

FELIPE: Pues verás, hombre, nada más fácil de explicar.

ARTURO: Veamos...

FELIPE: Tu afirmas y con mucha razón que éste, ése, aquél, el otro y yo, estamos en deuda contigo.

ARTURO: ¡Claro!

FELIPE: Pues bien, ni éste, ni ése, ni aquél, ni el otro, ni yo te hemos pedido nada ahora.

ARTURO: ¡Pero pardiez!. ¿Es qué me queréis volver loco?

FELIPE: Espera. Quien te ruega encarecidamente que hagas un pequeño anticipo, no es ninguno de nosotros, es la Sociedad...

ARTURO: *(Sonriéndose)*. Tiene gracia.

FELIPE: No me podrás negar que la Asociación no te debe nada.

ARTURO: Hasta para pedir prestado te vales de la lógica; eres un hacha Felipe. Toma ocho pesetas que tengo sueltas, pero has de anotar en el libro de actas, que la Sociedad está en deuda conmigo. Por si acaso...

JULIÁN: Bueno. Ya que hemos visto que nuestro Arturo goza de perfecta e inmejorable salud...

ARTURO: Sed francos y decid: ya que nuestro querido amigo, como todas las veces, ha hecho el primo...

JULIÁN: Nada, lo dicho. Eres un sabio. Vamos a tener que nombrarte sabio honorario.

ROBERTO: ¡Nadie más digno que él!

LORENZO: Oye, si quieres conocer las condiciones de ingreso... Diez pesetas de entrada...

ARTURO: ¡Uf! Déjame tranquilo. Andad, andad rajaos que tengo que estudiar.

LORENZO: Bueno hombre, está bien. Hasta la vista. *(A Raúl)*.
¿Vienes tú, Raúl?

RAÚL: No, me quedo.

LORENZO: ¿Ah, no...? Pues quedad con Dios. *(Saliendo)*. ¡Viva el comunismo!

TODOS: ¡¡Viva!!

(Salen por el fondo).

ESCENA VI

ARTURO. RAÚL.

ARTURO: (*Pausa prolongada*). Todos, todos han de ser más felices que yo. Como sé que sus espíritus están lejos de preocupaciones y de dolores como el mío. ¡Qué diferencia tan grande separa nuestros estados de ánimo!. Para ellos el caso más insustancial, el menor equívoco, cualquier frase inocente se trueca en ruidosas carcajadas.

A mí, eso mismo que en ellos provoca risas, hace brotar de mis ojos profundo dolor. Un abismo enorme, insondable, infinito como el tiempo y el espacio, nos separa. A un lado la alegría; al otro lado la tristeza, el sufrimiento hondo e interminable que lacera corazones, marchita juveniles ilusiones e inocular en nuestro espíritu la desesperación. Al llegar a la vida, cada cuál lleva su destino. Nacemos en una u otra parte del universo en circunstancias especiales de la vida. Así somos felices o desgraciados y son inútiles nuestros esfuerzos para pasar al otro lado... Parece como si una mano oculta, se complaciera en destrozar y aniquilar el fruto de nuestros desvelos y fatigas. Comenzaréis, tornaréis a comenzar y al fin viendo la inutilidad de vuestros esfuerzos tendréis que declarar impotentes, vencidos, desesperados... ¿Por qué, por qué Dios mío seré tan desafortunado? ¿No poseo ese tesoro inapreciable que se denomina juventud? ¿No soy rico...? ¡No,

querido Raúl! ¡Cuánto te envidio!

RAÚL: Ya sé lo que me quieres decir. Todo ese patético estudio que has hecho sobre la felicidad, las desdichas, no es más que un prefacio al extenso y latoso discurso cotidiano.

ARTURO: Pero, Raúl...

RAÚL: ¿A qué tanto lamentarte? Por ventura. ¿No tienes en tu mano la decisión que anhelas? ¿Por qué pues vacilar? Resuélvete y si piensas que la quieres, que sin ella no podrías vivir... ¡Pues sigue con ella! Es más, ya que estás en el camino de las locuras, la coges, te la llevas a América, al África o al Infierno -si es que en el Infierno no te conocen- y se acabó. Luego, al cabo de dos años, cuando esa tontería que tú crees amor y no es más que un simple capricho de estudiante, haya terminado, te pegas un tiro y... ¡angelitos al cielo!

ARTURO: No, Raúl, te lo juro; no es capricho, es amor inmenso, adoración...

RAÚL: Pero, hombre, ¿tú crees que yo no he tenido también mis tanguistas? Sí, hijo, sí, y de Barbieri, lo mismo que la tuya.

ARTURO: No la compares a las otras. Yo sé de fijo que ella también me quiere...

RAÚL: Como todas, amigo mío, como todas. ¡Ah! Aún no estás tú muy ducho en todos los artificios de que se revisten esas nenas, para embaucar a los crédulos provincianos que tienen la desdicha de ponerse al alcance de sus manos. ¡Si vieras las posturas trágicas que adoptan! Te digo que son consumadas artistas.

ARTURO: Por Dios, Raúl, ¡no me martirices!

RAÚL: Lloro, llora ahora, que después reirás.

ARTURO: Entonces ¿qué me aconsejas tú?

RAÚL: ¿Yo? Pues lo mismo que te aconsejaría tu padre si viviera.

ARTURO: Que la abandones, ¿verdad?

RAÚL: Indiscutiblemente. Que la abandones.

ARTURO: ¡Ya lo sabíamos!

RAÚL: ¿Qué dices?

ARTURO: Nada, nada...

RAÚL: Abandónala, olvídala, que en el olvido está tu salvación.

ARTURO: Te juro Raúl que eso es imposible. No podré olvidarla jamás.

RAÚL: ¿Imposible? Pues chico esa es la única salvación que veo, al menos que quieras cometer el dislate de unir tu honorable apellido al de una tanguista, aventurera y "buscadora de oficio" ...

ARTURO: (*Indignado*). Calla, Raúl, esconde esos injurios en lo más recóndito de tu alma o, ¡por Dios!, que con estas mismas manos que siempre te han servido, auxiliado, te estrangulo. Aunque ella fuese lo que haya sido, no deberías tú, mi amigo, mi hermano, envenenar mis oídos con esas palabras ignominiosas. Si otro cualquiera hubiese proferido delante de mí lo que tú, lo aplastaría como a un reptil asqueroso.

RAÚL: (*Con tesón*). Sí, por eso, por eso mismo, Arturo, porque te quiero como a un hermano, te he manifestado lo que siento y he pretendido arrancar de tu cabeza esa obsesión que más tarde podría ser fatal.

ARTURO: ¿Fatal? ¿Dices fatal? La fatalidad y la desgracia serían para mí, no tenerla a mi lado, no gozar las caricias de sus manos blancas como el armiño, no verme en el espejo de sus pupilas azules e insondables, no unir sus purpúreos labios a los míos en un interminable beso de amor...

RAÚL: ¡Pobre Arturo! ¡Deliras. El estado de exaltación febril en que te encuentras, te ha impedido sondear serenamente el corazón de esa mujer, ¿ignoras lo que ha sido en otro tiempo?

ARTURO: ¡Qué me importa lo que haya sido! Si su cuerpo se ha enlodado en el cenagoso pantano del vicio, su alma se conserva pura, diáfana, inmaculada... Fue vencida, no por el deseo ni el

amor, sino por el dolor y el hambre. Fuimos nosotros, ¡los miserables!, los que la hemos empujado para que ruede al precipicio. Es el hombre, que en su avalancha destructora, no vacila en arrancar un ángel al cielo. ¿Qué nos importa una honra, verdad? ¿Qué nos importa hacer un demonio de un ángel de inocencia, con tal de saciar nuestros brutales instintos? Pues bien, ¿lo oyes? ¡Yo me prometo una obra de redención! El lodo de su cuerpo, ha sido arrastrado por el manantial de sangre, brotado de la herida que le causó una bala traidora cuando se interpuso para salvarme la vida. Así como ella no regateo su sangre para salvarme, yo tampoco le he de regatear mi cariño para redimirla...

(Sale precipitado por el lateral izquierda dejando solo a Raúl).

ESCENA VII

RAÚL.

RAÚL: *(Siguiendo a Arturo)*. ¡Arturo; Arturo! *(Deteniéndose)*. ¡Pobre loco! Parece mentira lo que puede hacer una rubicunda belleza y unos ojos azules. Quien pudiera decir que éste es el Arturo de antes, aquél que con tanta indiferencia ha mirado siempre a las mujeres. El que ha desechado partidos tan ventajosos está ahora de atar con una tanguista de Barbieri. Eso sí, la chica se lo merece, ¡vive Dios!. Bonita como no hay dos y luego, abnegada hasta el

heroísmo. Aún me parece ver la valentía con que arrastró una muerte segura, cuando aquel tramposo de jugador, a quién Arturo descubrió, le hizo dos disparos, que ella recibió en un brazo. Pero de todos modos, al fin y al cabo es una tanguista. Muy bonita, muy buena, lo que ustedes quieran, pero es una tanguista. *(Pausa)*. ¡Dios, iluminadme...! ¿En dónde, en dónde estará su felicidad? ¿Con ella? Decídmelo. Vos que leéis en todas las almas sabéis que sólo quiero su dicha. *(Suenan afuera silbidos)*. ¡Caramba! Esos silbidos... y como si fueran una contraseña... y sale la gaditana de puntillas... ¡Uf! Escondámonos, aquí hay gatos encerrados... *(Escóndese detrás de una cortina)*.

ESCENA VIII

LINA. RAÚL.

LINA: *(Entra por la puerta lateral derecha adoptando muchas precauciones. Se acerca a la ventana y dice)*. ¡No! ¡No hay nadie...! ¡Zi, zegurizima...! ¿Otra carta...? ¡Bien! Tírela. *(Cae una carta que es recogida por ella que se la guarda en el bolsillo del delantal)*. Está bien... ¡Vaya uzté con Dios! *(Intenta marcharse pero Raúl, que sale de detrás de la cortina, se le interpone)*.

RAÚL: Un momento, apreciada Lina.

LINA: *(Sorprendida)*. ¡Oh, don Raúl! Qué zusto me ha dado uzté. *(Aparte)*. ¿Me habrá vizto?

RAÚL: ¿De veras, querida? Lo siento mucho, créemelo, haber asustado tan lindo pimpollo. Te pido mil perdones...

LINA: ¡Oh!. Ezo no ez naa. ¡Eztaría bien!

RAÚL: Muchísimas gracias por tu absolución. Tienes un corazón de oro.

LINA: Ahora zoy yo quien le dá la grazia de un inmerecido piropo.

RAÚL: ¡Caramba! ¿Sabes que hablas como un magistrado?

LINA: Yo... Mire uzté don Raúl, la conversación me ez agradabilízima pero con zu permizo me voy a retirar: tengo mucho que hacer.

RAÚL: Espera, espera. ¿Vas a ser tan mala que me querrás privar del inmenso placer de contemplar tan linda cara y gozar de tu animada charla?

LINA: ¡Oh, zeñorito, Dios zabe que...!

RAÚL: Por favor te pido que no metas a Dios en nuestra conversación.

LINA: Pero, ¿por qué...?

RAÚL: Porque sería un sacrilegio.

LINA: *(Temblando)*. No lo comprendo...

RAÚL: No tengas cuidado que ya me comprenderás, ¡te lo juro! Vamos a ver. ¿Qué tienes en ese bolsillo?

LINA: *(Aparte)*. ¡Jesús!. *(Alto)*. ¿Y uzté qué le importa?

RAÚL: No seas así, Linita: Mira que vas a echar por tierra el buen concepto que tenía formado de tu educación. Conque, anda contesta con comedimiento, ¿qué llevas ahí?

LINA: *(Aparte)*. Zoy perdida, me vió y oyó; pero por zi acazo vamo a ve si ezcapamo al pobre Roberto. *(Alto)*. Pue naa, una carta de mi novio; como uzté comprenderá no voy a enseñarle mi secreto...

RAÚL: Nada más lejos de mi ánimo.

(Raúl observa como Lina con disimulo saca la carta del bolsillo y la cruza por la espalda, pretendiendo romperla. Entonces él se la arrebatata).

RAÚL: Me has obligado a usar la violencia contigo, lo siento, pero "a

lo hecho pecho”, como reza el refrán. *(Comienza a leer)*. “Querida Mercedes: ...”

LINA: Por Dios señor Raúl, que me va uzté a comprometer. Déjeme la carta... mire... se lo pido de rodillas. No sea uzté malo, por favor. ¡Démela! Ahora Díoz mío. ¿Qué va a ser de mí zi me echan de aquí? ¡Tenga uzte compasión, zeñorito, de una pobre doncella...!

RAÚL: Sí, de una doncella muy poco doncella, ¿no es eso? Pero en fin estas son cosas que a mí no me incumben. Ya veo que si esto llega a manos de Arturo vas de patitas a la calle, ¿no?

LINA: *(Lloriqueando)*. Por favor... por favor...

RAÚL: Déjate de lloriqueos y vamos al grano. Yo te puedo perdonar...

LINA: Gracias, gracias, zeñorito Raúl. Ya sabía que era uzté mu bueno...

RAÚL: ... pero con una condición.

LINA: ¿Condición?

RAÚL: Sí.

LINA: ¿Cuál?

RAÚL: Que contestes con sinceridad y con franqueza a las preguntas que te voy a hacer.

LINA: ¿Naa más que ezo?

RAÚL: Nada más.

LINA: Pregunte uzté.

RAÚL: Comienzo. ¿Quién es este Roberto que firma la carta?

LINA: ¿Que quién? Uzté lo conoce.

RAÚL: ¿Quién es?

LINA: Íntimo amigo de uzté y der zeñorito Arturo. Acaba de zalí...

RAÚL: ¿Cómo...?

LINA: Zí, zeñorito, el zeñorito Roberto Eztrúa.

RAÚL: ¡Bandido! Ya me lo figuraba.

LINA: ¿Qué ice er zeñorito?

RAÚL: Nada, nada.

LINA: ¿No tie er zeñorito naa ma que preguntarme?

RAÚL: Espérate. Por lo que se desprende de ésta (*Mirando la carta*), parece que Roberto ha escrito varias más. ¿Las ha aceptado Mercedes?

LINA: Zi, zeñorito, y hazta parece que las ha conetztao... bueno, ¡parece no! que ez cierto, puezto que yo misma laz he entregao a su deztinatario...

RAÚL: Está bien, eso es todo lo que deseaba saber. Puedes retirarte.

LINA: Er zeñorito me ha perdonao y no dirá naa al zeñorito, ¿verdá?

RAÚL: Sí, mujer, sí, descuida... ¡Ah! Ten la bondad de decir a Mercedes que haga el favor de venir. Dile que la espero.

LINA: Bien. A zus órdenez. (*Vase por la derecha*).

ESCENA IX

RAÚL.

RAÚL: (*Leyendo*). “Querida Mercedes: ésta es una de las tantas cartas que te escribo después de nuestra separación. No sabes con cuanto placer y temor emborrongo estas cuartillas que más tarde han de pasar portus manos. Doy mil vueltas a la imaginación para escribirte una carta apasionada, tan grande como mi cariño, pero no puedo, son escasas, muy escasas la luces de mi entendimiento”. (*Hablando*). Eso ya lo sabíamos. (*Prosigue*). “Una infinita locura brota espontánea de mi corazón. ¿Por qué no

vuelves a mi lado?. Si, amor mío, sueño mío, vida mía. ¿Por qué no quieres revivir aquellos instantes de indescriptible felicidad? ¿Es que acaso lo estorba algún otro amante? ¡Dímelo!, y tan solo una palabra tuya será su sentencia de muerte.

Adiós, piensa bien, recapacita y razona con tranquilidad todo lo que te he manifestado y, si por si acaso llega a despertar en tu corazón aquel amor que en otro tiempo me tuviste ven, que con los brazos abiertos te espera tu Roberto". *(Pausa)*. Infame, sí, mil veces infame: ese es el nombre que mereces Roberto. Viendo estoy esta carta y aún no puedo acostumbrarme a la idea de que sea realidad... ¡No! Me parece un sueño, una pesadilla... ¿Pero es posible, Dios mío, que existan sobre la tierra personas tan miserables?. ¡Es increíble! ¿Cómo ha podido este bandido hacer traición a Arturo, a ese noble y leal compañero? ¿Cómo ha podido entrar en esta casa sin que el fuego de la lealtad que toda ella respira no le haya abrazado su proterva conciencia...? Y dice que lo quiere matar para desembarazarse de él... Amiguito, no, te has equivocado de medio a medio, aquí estoy yo. No hay que enterar de nada a Arturo, porque entonces sí que salíais con la vuestra sin tener que recurrir al acero. Antes que mi amigo, mejor dicho, mi hermano, sufra un ápice por vuestra causa, yo os habré aplastado como víboras. ¿Queréis duelo? ¡Pues vengan duelos! Os respondo que yo sé tirar mi poquito. Bueno, ya la suerte de él está decretada... pero a ella, a la hipócrita, ¿qué le vamos a hacer? Veremos lo que saco en limpio de vuestra entrevista y después juzgaremos. Casualmente, ahí viene... *(Entra Mercedes por la derecha)*.

ESCENA X

MERCEDES. RAÚL.

MERCEDES: Buenas tardes, Raúl.

RAÚL: Muy buenas, Mercedes.

MERCEDES: Me ha dicho la doncella que deseabas hablarme.

RAÚL: ¿Nada más te ha dicho la doncella?

MERCEDES: Nada más.

RAÚL: Pues bien: antes que nada, Mercedes, mil gracias por haberme complacido.

MERCEDES: Por Dios...

RAÚL: Después... ¿Tienes mucha prisa?

MERCEDES: ¿Por qué lo dices?

RAÚL: ¿Puedes concederme una entrevista?

MERCEDES: Y, ¿para qué?

RAÚL: Para hablarte de cierto asunto...

MERCEDES: ¿Importante?

RAÚL: ¡Importantísimo!

MERCEDES: ¿Y es necesario que yo lo oiga?

RAÚL: ¡Y tanto!. Como que se refiere a tí.

MERCEDES: ¿A mí?. Me asustas, Raúl.

RAÚL: Bueno, ¿aceptas?

MERCEDES: ¡Acepto!

RAÚL: Antes que nada una pregunta, has de jurarme que me contestarás con franqueza, como si yo fuese tu hermano.

MERCEDES: Por Dios, Raúl...

RAÚL: ¡Júramelo!

MERCEDES: Bien... ¡lo juro!

RAÚL: Oye, Mercedes, ¿tú quieres a Arturo?

MERCEDES: ¿Que si lo quiero? Entonces, ¿por qué estoy viviendo con él?

RAÚL: No quiero nada de conceptos vagos que sólo sirven para eludir una categórica respuesta. Di... ¿Lo quieres?

MERCEDES: ¿Que si lo quiero? ¿Pero dónde tenéis la vista vosotros los hombres? ¿Lo preguntas tú, que nos estás viendo cada momento? ¿No has visto que tan solo al sentir sus pasos toda la sangre afluye a mi rostro? ¿No has percibido el latir de mi corazón con tal ímpetu que parece salirse de su sitio cuando sus adoradas manos se posan en las mías?

RAÚL: (*Indignado*). Entonces, infame, ¿por qué le has engañado?

MERCEDES: ¿Engañado...? ¿Dices engañado?

RAÚL: ¡Sí!

MERCEDES: ¿Yo?

RAÚL: Sí, tú. Contesta, ¿por qué le has engañado?.

MERCEDES: ¿Pero qué es eso? ¿Qué dices? ¿Deliras?

RAÚL: ¿Delirar yo? ¡Estás loca!

MERCEDES: Bueno, Raúl, por Dios te lo pido. Dime que es verdad que no has dicho que yo le soy infiel a mi Arturo.

RAÚL: Señora, ¿pretende usted negarlo?

MERCEDES: ¡Callad! No mienta usted.

RAÚL: Mentir... ¿Quiere usted pruebas?

MERCEDES: Sí, sí, preséntemelas.

RAÚL: Una sola y suficiente. ¿Me negarás acaso que te escribes con Roberto?

MERCEDES: ¡Roberto! ¿También tú te has enterado?

RAÚL: ¡Sí! Me he enterado de todo, ¿sabes? ¡De todo! Así es que no me ocultes nada, pues estoy dispuesto, si tus explicaciones no

me satisfacen, a arrancar de raíz es mal que puede ocasionar la muerte de mi amigo.

MERCEDES: ¡Raúl! Por Dios. Antes me decías que te considerara como a un hermano. Sé que todo lo que dices no es más que guiado por el cariño que profesas a Arturo. Sé que eres muy bueno... *(A un ademán de Raúl)*. Sí, sí, lo sé. Tú eres de los que se esfuerzan por parecer malos pero no pueden. Pues bien, como a un hermano se lo voy a decir todo, sin omitir detalles. Pero... ¡Júrame que no se lo contarás a nadie!

RAÚL: Según. Si de ello sale perjudicado Arturo...

MERCEDES: No temas.

RAÚL: Pues entonces, ¡lo juro!

MERCEDES: Verás. Yo vivía tranquilamente con mis padres en mi casita, allá en el campo. Éramos pobres, muy pobres. No teníamos para llevarnos a la boca más que el honrado pan ganado con el sudor de nuestra frente. Sin embargo, yo me consideraba muy feliz...; para mí la vida no era sino cantares y alegrías... Hasta que un día llegó al pueblo para veranear un joven de la capital, rico y gallardo. Sus maneras de hombre de mundo cautivaron mi inocencia. Sus múltiples castillos de ventura y felicidad que elevaba con su extraordinaria verbosidad, ilusinaron mi corazón que hasta ese momento no había cobijado más sentimiento que el cariño de hija... lo demás, te lo puedes suponer... Fui suya. Al enterarse mis padres me echaron de casa, aquella casa que yo había deshonrado. Nos vinimos a Madrid. Al principio todo fue bien, aún Roberto -porque sí, Raúl, Roberto era- no se había hastiado de mis caricias. Mas, un día, me enteré que era mentira lo que sobre su riqueza me había dicho... al contrario, era bastante pobre. Nada me importó porque yo me había entregado a él, no al dinero... Pero... ¡siempre lo recordaré! el 17 de Junio precisamente, fecha fatal que señala el momento de mi desventura, acudió a mí...

y me hizo una proposición infamante. “Es necesario, me dijo, que busques dinero; yo soy un pobre estudiante y no te puedo mantener con lo que mis padres me envían”. “Pero ¿cómo quieres tú, le contesté, que gane dinero, si nada sé hacer”. “Vamos, replicó, en verdad que eres tontilla, ¿para qué quieres entonces esos ojos azules?” Al momento comprendí lo que quería manifestar. Todo lo que de amor había en mi corazón, se transformó en desprecio. “¿Aceptas?” preguntó, “prefiero la muerte”, contesté. “Pues entonces ten la bondad de ponerte en la calle”. “¿Será posible?”, le dije. “Y tan posible, como te decía no puedo mantenerte con mi mensualidad”. Y... salí. Poco trabajo me costó encontrar colocación. El dueño del cabaret “Barbieri”, me contrató como tanguista... y allí fui. Pero a pesar de todo aún no había podido olvidar completamente a Roberto. Le escribí varias cartas, pidiéndole me dejara retornar nuevamente a su lado. Me contestó que sí, siempre que estuviese dispuesta a aceptar lo que me propuso. Me negué y ya no volví a acordarme de él. Seguí pues en mi puesto de tanguista, si bien me desagradaba rozarme con tal clase de mujeres... Muchos fueron los que me requirieron de amores, mas, a ninguno acepté pues quería expiar mi culpa. Una noche me fijé en un jovencito moreno, de ojos negros, muy grandes y soñadores...

RAÚL: ¡Arturo!

MERCEDES: Sí, Arturo. Parecía tan triste y desgraciado como yo. Su melancolía me interesó. Sentí compasión por él. La compasión, después, se transformó en cariño, un cariño que me acariciaba el corazón con inefable dulzura, que me hacía gozar de una manera que jamás había sentido... Lo demás, lo sabes; un jugador sacó una pistola para matarlo... Al verlo no sé lo que pasó por mí... Sólo sé que no pensaba en mi vida sino en la de él y quise salvarla. Me interpose. La bala me hirió en el brazo. Al ver esto me cogió Arturo

en los suyos y me llevó a su casa para curarme. Después... no he vuelto a salir de ella...

RAÚL: ¿Eso es todo...?

MERCEDES: No, espera, aún falta lo principal. Me parece haberte dicho que antes de conocer a Arturo, había escrito varias cartas a Roberto para que me admitiese de nuevo ¿verdad? Pues bien ¿sabes el uso que el miserable ha hecho de ellas?

RAÚL: Tú dirás...

MERCEDES: Ha cambiado sus fechas y puesto en su lugar la de ahora...

RAÚL: ¡También falsificador! ¡No está mal!

MERCEDES: Y me ha amenazado con entregárselas a Arturo si no le envío dinero.

RAÚL: Perfecto chantaje. ¡Caray! no conocía las habilidades del ilustre Roberto. Por menos que eso han metido en chirona a más de cuatro. Bueno ¿y tú que has hecho?

MERCEDES: Yo... ¿qué iba a hacer? Si las cartas hubiesen llegado a manos de Arturo, estaba perdida, porque en seguida supondría que yo estaba a su lado para robarle. Así es que antes de perder mi felicidad vendí mis alhajas, incluso un anillo que me regaló Arturo y le fuí entregando lo que me pedía...

RAÚL: Con quién, ¿le has mandado las pesetas...?

MERCEDES: Con Lina, la doncella.

RAÚL: (*Aparte*). Ahora comprendo por qué decía que le había contestado. (*Alto*). Está bien, Mercedes, perdóname lo que antes te dije; estoy convencido de tu inocencia.

MERCEDES: Gracias Raúl.

RAÚL: No podemos cantar victoria todavía. Hemos de empeñar una recta batalla con Roberto, y Roberto es un enemigo temible. Arturo no se debe enterar de nada porque saldríais perjudicados tú y él, pues Roberto lo mataría. Déjalo todo de mi cuenta.

MERCEDES: Gracias, gracias, Raúl.

RAÚL: No me tenéis que dar gracias. Sois buenos y merecéis la dicha. Eso es todo.

MERCEDES: ¡Y, quién más bueno que tú!

RAÚL: Dejemos las flores a un lado...

MERCEDES: ¿Y la carta?

RAÚL: ¿Cuál? ¿La de Roberto?

MERCEDES: Sí.

RAÚL: ¿Quieres que te la lea?

MERCEDES: Hazlo...

RAÚL: *(La saca del bolsillo y comienza a leer)*. “Querida Mercedes: esta es una de las tantas cartas que te escribo después de nuestra separación. No sabes con cuanto placer y temor emborrongo estas cuartillas que más tarde han de pasar por tus manos. Doy mil vueltas a mi imaginación para escribirte una carta apasionada...”
(Al llegar a este pasaje de la carta entra Arturo, quien, sorprendido por lo que ve y oye se para bruscamente, escuchando).

ESCENA XI

ARTURO. RAÚL. MERCEDES.

Raúl se hallará con relación a Arturo de tal forma, que éste no nota que está leyendo sino que habla a Mercedes.

ARTURO: *(Aparte)*. ¿Qué es esto?

RAÚL: (*Prosiguiendo la lectura*). "... y tan grande como mi cariño".

ARTURO: (*Aparte*). ¡Su cariño! Pero ¿es qué él también la adora?

RAÚL: "... Tan sólo un grito de infinita vehemencia y que tú quizás taches de infinita locura, brota espontáneo de mi corazón. ¿Por qué no vuelves a mi lado?"

ARTURO: (*Aparte*). ¡Ha dicho de él antes que mía y no me lo ha dicho! ¡Maldito! ¡Mil veces maldito! Y ella también lo quiere... Mirad como lo escucha...

RAÚL: "... Sí amor mío, vida mía, sueño mío..."

ARTURO: (*Interrumpiéndoles bruscamente y con risa siniestra*). Ja, ja, ja. (*Raúl y Mercedes se levantan precipitadamente*). Lo he oído todo... ¡todo!... ¿Sabéis?... Ja, ja, ja... ¡Todo! Creíais que me ibais a engañar... ¡¡Imbéciles!! Ya sabía que os queríais... Y que me hacíais traición en mi casa... ¡en mi misma casa!

MERCEDES: Pero...

RAÚL: Calla, por su bien, calla.

ARTURO: Y que no halla justicia en el cielo para dejaros carbonizados cuando os besabais... ¡Y pensar que también me has besado a mí! Víbora... Quisiera arrancar mis mejillas sólo porque las has babeado con tus asquerosos labios... Y tú (*A Raúl*), mi amigo, mi hermano... Ja, ja ¡qué hermano, oh blasfemia...! Salid de mi casa, salid y meteros en el infierno que es donde debíais estar.

MERCEDES: Pero...

RAÚL: Calla...

ARTURO: ¡Ah! ¿No salís? A las mujeres no se las puede pegar pero a ti, infame ¡¡toma!! (*Lo abofetea y escupe*).

RAÚL: (*Cogiendo por las manos a Arturo y dominándolo*). ¿A mí? ¿Qué has hecho? ¿No sabes qué quien me pone la mano encima muere? (*Conteniéndose*). ¡Ah!. ¿Pero qué estaba haciendo? (*Lo suelta*).

ARTURO: ¿Eh? ¡Tú no has hecho nunca nada! Tú eres un cobarde.

RAÚL: *(Furioso)*. ¿Cobarde yo?

ARTURO: Sí, tú ¡por qué no me has matado...!

RAÚL: ¿Que por qué no te he matado? *(Conteniéndose)*. Tienes razón ¡porque soy un cobarde! *(Sale bruscamente por la puerta del fondo, siguiéndole Mercedes, quien llora amargamente)*.

ESCENA XII

ARTURO.

ARTURO: No, no eres tú el cobarde... El cobarde he sido yo que no te he partido el corazón, ¡miserable! *(Cae sentado)*.

(Telón rápido)

ACTO II

Representa la escena un departamento contiguo al salón de bailes y actos del cabaret "La Alegría". A la derecha una puerta. Otra al fondo que se considera como la de la salida. A la izquierda dos en primero y segundo término, que se comunican con el salón de baile. Hállase semioscuro, iluminándose con el resplandor de las luces del salón. Varias mesas colocadas de la manera siguiente: mesas 1ª y 2ª, a la izquierda de la puerta de la derecha. 3ª a la derecha. 4ª y 5ª al fondo. 6ª, 7ª y 8ª a la izquierda del espectador, distribuidas de modo que no entorpezcan las salidas y entradas por las puertas de este lado. Se oyen los acordes de una pieza cualquiera.

ESCENA I

ARTURO.

Al levantarse el telón habrá en la escena un silencio absoluto contrastando con el bullicio del salón o sala inmediata. En la mesa 1ª se ve dormitando a Arturo. Tendrá el pelo alborotado y a punto de encontrarse borracho. En dicha mesa habrá botellas vacías, excepto una y vasos. En el suelo, cerca de él, dos o tres botella más. Pausa. Termina la pieza.

ESCENA II

ARTURO. ERNESTO. MIMI. NENA. LOLA
CABALLEROS 1º, 2º Y 3º. MAGDA.

Van entrando conforme se indica. Ernesto entra secándose el sudor.

ERNESTO: ¡Uf! Qué calor hace. Si no fuera por lo que me gustan

los jamoncitos en dulce como tú, cualquiera me hacía bailar.

MIMI: ¡Guasón! (*Entran Nena, Lola y Magda acompañadas de los caballeros ya indicados. Toman asiento en distintas mesas lejos de Arturo*).

ERNESTO: ¿Qué quieres tomar, prenda? Te has ganado un refresquillo por lo admirablemente que lo has hecho. Pide por ese pedazo de manzana que tienes por boca, lo que sea de tu gusto... Siempre que lo que sea de tu gusto no exceda los límites de mis economías... (*Se sientan*).

MIMI: (*Cogiéndole la nariz*). ¡Monín! ¡Resalao! A quién quiero yo es a ti y na más.

ERNESTO: Pues mira, Mimi, si te conformas conmigo te quedaré sumamente agradecido. Con eso me haces ahorrar unas cuantas pesetas que nunca están de más.

MIMI: No, eso no, querido Ernesto. Se te puede querer y a la vez no enemistarse con el dueño del cabaret ¿no te parece?

ERNESTO: Todas sois iguales. No pensáis más que en sacarnos los cuartos. ¡Anda!. Llama y acabemos.

MIMI: (*Llamando*). ¡Mozo! ¡Mozo!... No viene. Será que no me oye a mi sola... (*Al vecino*). ¡Oiga, pollo! ¿Tiene usted la bondad de acompañarme (*En acción de palmotear*) a las palmas...?

CABALLERO 1º: ¿A Las Palmas? No digo yo... Con usted soy capaz de largarme a la Conchinchina...

ERNESTO: (*Amenazador*). ¡Caballero!

CABALLERO 1º: (*Idem*). ¡Señor!

MIMI: (*Aparte a Ernesto*). ¡Calla, celoso, ha sido un retuécano! (*Alto*). No era eso... le quería decir si no tenía usted inconveniente en ayudarme a palmejar para que acuda el dichoso camarero.

CABALLERO 1º: Con muchísimo gusto. (*Aparte a Nena*). ¡Vaya metedura de pata!

NENA: (*Notando que en verdad se está "zafando" un poquillo*). Si me

parece que la metes demasiado...

CABALLERO 1º: *(Comprendiendo)*. ¡Ah! *(Retira el pie. Durante este diálogo no ha cesado de palmotear y llamar ¡mozo!, ¡mozo!)*.

VOZ: *(Desde afuera)*. ¡Va, vaaa!

MIMI: Gracias a Dios. *(Al Caballero 1º. Que continúa palmoteando)*.

Ya puede cesar... Las gracias...

CABALLERO 1º: *(Que está hablando con Nena. Al oír esto se levanta y haciendo una grave reverencia dice:)* Manuel Balcón Miraflores, para servirle. Si quiere usted, ahí va mi tarjeta...

ERNESTO: ¿Me desafía usted...?

MIMI: *(Conciliadora a Ernesto)*. Es que este señor ha creído que le preguntaba su nombre y me ha dado su tarjeta. ¡Una galantería!. *(Al Caballero 1º)*. No, amigo mío, yo le daba las gracias *(Haciendo ademán de palmotear)* por sus molestias...

CABALLERO 1º: ¿Otra vez con retruécanos? Al primero que me haga otro más... ¡lo tiro! *(Jurando)*. ¡Por mi apellido!

ERNESTO: ¿Entonces lo tirará usted por el balcón, señor Balcón Mira... Flores...? ¿No es eso? *(Riendo)*. Ja, ja, ja... ¡Tiene gracia!

CABALLERO 1º: ¿Qué dice usted? ¿Otra vez...?

NENA: ¡Si eres tú el que las haces, sin querer!

CABALLERO 1º: *(Cayendo abatido en la silla)*. Tienes razón Nena, ¡soy un suicida!

MIMI: ¿Pero ese camarero...?

ESCENA III

DICHOS. CAMARERO.

CAMARERO: *(Entrando)*. Ya estoy aquí. ¿Qué desean los señores?

ERNESTO: Pero hombre, ¿donde te habías metido?

CAMARERO: Perdonen los señores. Estaba poniéndome una camisa que acaba de hacer mi Sinforosa. Por cierto, que me queda tan enormemente grande, que me vi negro para salir de ella. Unas veces metía la cabeza por las mangas; otras por no sé donde, en fin, que poco me faltó para que al salir de aquella dichosa camisa, no pusiese otra de fuerza...

ERNESTO: ¡Claro! Ahora me explico. ¿Cómo ibas a contestar? ¿A quién se le ocurre? Meterse en camisa de once varas...

CAMARERO: Es que esa Sinforosa es rematadamente idiota. ¿No la conoce usted, verdad?

ERNESTO: No tengo ese honor. Pero me figuro que será su querida...

CAMARERO: ¿Mi querida? Ni que yo fuera imbécil... Una mujer que para comer se mete la cuchara por las ventanas de la nariz porque no sabe donde le queda la boca. ¿Querida mía? Mi esposa, señor, mi esposa... ¿Y la suya?

ERNESTO: Tantas gracias.

CAMARERO: No. Le pregunto que ¿y la suya como está?

ERNESTO: ¡Ah...!. Pero ¡si no estoy casado...!

CAMARERO: Vamos... Quiero decir... su... su Luz...

ERNESTO: ¡Mi linterna! En casa...

CAMARERO: No, señor, no... Su Luz... Vamos... su pelotaris...

ERNESTO: Acabáramos. Muy bien, gracias. *(Siguen hablando)*.

CABALLERO 2º: *(Grupo aparte)*. Que no, Lola, te digo que no y no.
Como si yo tuviera el dinero para tirarlo.

LOLA: Pero hombre... Una botellita de champagne...

CABALLERO 2º: ¿Champagne? Eso está bueno para la gente loca.
(Sale el camarero por la puerta de la derecha).

LOLA: ¿De manzanilla?

CABALLERO 2º: ¡Imposible!

LOLA: ¿Y un vaso de café?

CABALLERO 2º: Ya vas bajando. Del champagne al café, veintiocho pesetas lo menos... ¡No está mal!... Pero no insistas, mi decisión es inquebrantable.

LOLA: ¡Caray, chico! Que pesao te pones. Al menos como indemnización a los pisotones que me has dado. *(Siguen hablando)*.

MAGDA: *(Otro grupo)*. Has estado bestial, fenomenal, piramidal...

CABALLERO 3º: ¡Animal...!

MAGDA: ... Lo que eres tú, bailas el tango admirablemente. Hay que ver aquellas vueltecitas... Y aquellas recogidas de cintura que daban mareo...

CABALLERO 3º: No adules... *(Entra el camarero con botellas que deja en las mesas de Ernesto y del Caballero 1º)*.

MAGDA: Yo no acostumbro a adular a nadie, a menos que tenga la cartera bien repleta, y la tuya no puede estar más vacía.

CABALLERO 3º: Eso es verdad...

MAGDA: No, si yo a pesar de ser lo que soy, soy una tanguista de las honraas si las hay...

CABALLERO 3º: Magda, vida mía... Eso de la honradez ha sido una frase despampanante... ¡Oiga, camarero...!

CAMARERO: ¿Qué desea el señor?

CABALLERO 3º: Dos botellas de cerveza por la honradez de esta

pequeña...

CAMARERO: (*Aparte haciendo mutis*). ¡Lo que han bajado las cosas...!

CABALLERO 1º: (*Grupo aparte*). Pero si estamos a oscuras...

NENA: Deja, tonto. ¿A ti que te importa?

CABALLERO 1º: No, no. Que a mí la oscuridad... y contigo me debilita. (*Gritando*). ¡Luz! ¡Luz!

ERNESTO: (*Escondiéndose debajo de la mesa*). ¡Atiza! ¡Mi pelotaris!

CABALLERO 1º: No se moleste señor. Estoy pidiendo que encienda. ¿No ve qué ésto está muy oscuro?

ERNESTO: ¡Recórcholis! No es chico el susto que me ha dado usted.

MIMI: ¡Cobardel!

CABALLERO 3º: (*Interviniendo*). El mozo no está. Lo mandé a por cerveza.

LOLA: No importa, yo misma encenderé.

CABALLERO 1º: Sí, anda, ten la bondad de alumbrar.

LOLA: (*Tapándose la cara*). ¡Jesús! ¡Qué cosas se te ocurren! (*Enciende. Entra el camarero*).

CABALLERO 2º: Gracias a Dios. Ahora parece que se respira con más facilidad.

CABALLERO 1º: (*Por Arturo*). ¡Caramba! ¿Quién es el caballero ese?

ERNESTO: ¿Eh?. (*Reparando*). ¡Pues si es Arturo!

CABALLERO 1º: Un caballero dormido aquí, aquí en "La Alegría"... Es inverosímil... (*A Arturo*). Oiga pollo, venga a tomarse un vasito de cerveza.

NENA: Si ya no nos queda...

CABALLERO 1º: Tienes razón, rica. Vaya un modo de colarse. Gracias a que no nos ha oído. (*Comienza la música dentro prelujiando un vals*). ¡Ya empieza la música!

VECES: ¡Un vals! ¡Vámonos! ¡A bailar, a bailar! (*Se levantan todos*).

CABALLERO 3º: ¿Qué viene después de esto?

MAGDA: Tangos. Canta una antigua compañera nuestra, una tal Mercedes, bajo el nombre de "la madrileña". Es una chica interesante que ha recorrido toda la escala social: fue honrada, semihonrada, tanguista, señora de casa y ahora se ha metido a cancionista. Sólo falta que se case.

CABALLERO 3º: ¡Oh! Entonces sí que resultaría interesante. (*Mutis*).

ESCENA IV

ERNESTO. MIMI. ARTURO.

ERNESTO: (*Tocando a Arturo*). ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Despierta hombre!
¡Ah! ¿No quieres? Pues vámonos. Hasta luego. (*Salen*).

ESCENA V

ARTURO.

ARTURO: (*Despertando poco a poco. Está ebrio.*) ¿Qué es eso...? Me parece oír... ¡No!... Debe ser el alcohol... También él nos traiciona... Porque miente... Al presentarnos como realidades... cosas que sólo existen en el reino de los ensueños. Pero en fin... Es el único amigo, porque nos hace olvidar... Y el único y verdadero amor... porque nos hace gozar... Bebamos, pues... (*Se sirve, levanta el brazo y dice:*) Yo te saludo vaso adorado... porque en ti va contenido lo que más se desea para ser feliz... La amistad y el amor... Hasta ayer, yo creía poseer esos inapreciables tesoros... ¡Creía! ¿Sabes?... Era mentira pero yo lo creía... y era feliz... Que a veces la felicidad depende de una mentira... Hasta ayer no necesitaba acudir a ti para ser dichoso, porque... ¡sábelo de una vez!... yo te adoro y te aborrezco con todas las fuerzas de mi alma... pues con el amor y la amistad, los dos afectos que simulas... deleitas y extasías, para envenenar después... (*Bebe*). Mirad... ahora siento una inefable alegría que recorre todo mi ser... Veo unos labios rojos como la sangre que me incitan a gozar de la ambrosía de sus besos. Veo unos brazos enlazarse alrededor de mi cuerpo... y apretarme deliciosamente, como queriendo ahogarme de amor... ¡Oh! Se fueron las imágenes de belleza... y en cambio veo ¡Dios mío!... veo unos monstruos feos, horripilantes, que como descomunales martillos, golpean despiadadamente mis sienes como si quisieran estallarlas... ¡Es el delirio...! ¡La locura!

Es el veneno que ya comienza a corroer mis entrañas... *(Deja la copa y cae sentado. En este instante se oyen voces, gritos, algazara de Julián, Lorenzo, Felipe...*

ESCENA VI

LORENZO. JULIÁN. FELIPE. ARTURO.

LORENZO: ¡Arturo!

JULIÁN: ¡Caramba!

FELIPE: ¿Y solo?

JULIÁN: ¿Por qué no has ido a bailar?

ARTURO: ¡Yo bailar! ¿Y para qué?

JULIÁN: ¡Valiente pregunta! ¡Para qué vas a bailar! Pues para divertirte...

ARTURO: ¿Y para qué quiero yo divertirme?

JULIÁN: ¿Sabes qué estás hecho todo un profesor de aritmética demostrada? Todo se te vuelve, "por qué, para qué..."

ARTURO: ¡Bah...! Sois un atajo de idiotas.

FELIPE: *(Aparte)*. ¡Vaya borrachera!

LORENZO: *(Idem)*. ¡Y de las que hacen época!

ARTURO: ¿Por qué no me contestáis? ¿Por qué os viráis y habláis por detrás de mí? Los hombres de corazón hablan y miran de cara a cara. A vosotros, sí, a vosotros os he dicho idiotas, y no me vuelvo atrás, porque lo sois. El que quiera una explicación que me

lo diga. Estoy dispuesto a dársela a bofetadas.

JULIÁN: ¡Pero hombre!

ARTURO: ¿Nadie responde? Todos sois unos cobardes... Aún mayores que las mujeres que lleváis a vuestro lado...

JULIÁN: ¿Qué decís?

ARTURO: ¡Qué sois unos cobardes! ¿Lo oís? ¡Qué sois unos cobardes!

LORENZO: Esto es insufrible.

JULIÁN: Tened en cuenta que está borracho.

FELIPE: Pues los que saben que ofenden cuando se embriagan, que no lo hagan. ¡Estaría bien!

JULIÁN: ¡Esperad!

ARTURO: ¡Cobardes!

JULIÁN: Repara, Arturo, ¿no nos conoces? Somos nosotros, tus amigos...

ARTURO: ¿Amigos? Ja, ja, ja... ¿Y esas? (*Por las tanguistas*). Esas son mis amigas, ¿verdad? ¡No mintáis! Yo no tengo amigos ni amigas, porque los amigos me birlaron las amigas... y las amigas me birlaron los amigos.

JULIÁN: Soy yo... Julián... ¿No me conoces? ¡Vuelve en ti!

ARTURO: (*Pasándose la mano por la frente*). ¡Ah... sí...! Julián... Compañeros... Tanguistas... ¿Qué os he dicho?

JULIÁN: (*Aparte*). ¿Qué os decía? (*Alto*). Nada, hombre, nada.

ARTURO: Si os he ofendido, que es muy posible, os ruego me perdonéis...

FELIPE: No seas tonto, ¡qué nos vas a ofender tú!

ARTURO: No, es que yo... estoy así... y no sé lo que me digo... Pero yo no os he ofendido ¿verdad?

FELIPE: No, hombre, no.

ARTURO: Es que si os he ofendido, me lo debéis de decir para presentaros mis excusas.

LORENZO: ¡Anda, anda!

ARTURO: Entonces... Quedamos en que no os he ofendido...

TODOS: ¡Jesús!

ARTURO: Es que yo... sabéis, soy un miserable, ¡un miserable! ¡Un miserable! *(Cae sollozando)*.

JULIÁN: ¡Pobre Arturo!

LORENZO: ¿Qué le pasa, está loco?

JULIÁN: Desgraciadamente no. ¡Quién sabe si para el fuera mejor estarlo!

FELIPE: ¿Pues qué le ocurre?

JULIÁN: Vosotros conocíais a uno que durante bastante tiempo... *(Suena el timbre)*. Va a cantar "La Madriñelita", la nueva estrella, ¡vamos allá! Pues como os iba diciendo, ese a quién Arturo daba el nombre de hermano...

ALGUNOS: ¡Raúl...!

JULIÁN: *(Iniciando el mutis)*. Sí, ese, ese es el miserable. Seguidme que os contaré... Un día... *(mutis)*.

ESCENA VII

ARTURO.

Percíbese desde el salón un tango cantado por una mujer.

ARTURO: *(Levantando la cabeza)*. ¿Qué es eso? ¿Qué escucho?
¡¡Cielos!! ¿Sueño acaso...? ¿No se habrán disipado aún las
tinieblas de mi cerebro...? No, no me equivoco, es ella, ¡¡ella!!
Conozco su voz... ¿Pero es posible? Mercedes aquí, a mi lado...
¿Por qué me perseguirá...? ¡Deliro...! Soy yo... ¡Miento! ... el
destino... es el destino que con fuerza irresistible me arrastra hacia
ella, hacia mi perdición... ¡Pero soy hombre y lucharé...! No se dirá
que muero por una arrastrada... ¡no! ... batallaré y me venceré a
mí mismo... Ataré el corazón con cadenas de mi voluntad hasta
que cese de latir... por quién no merece un suspiro... Moriré si es
preciso, pero no por ella... Lucha insensata y loca entre la voluntad
y el corazón... ¿Quién vencerá?... Ahora te desafío, destino, para
que vengas a desviar mi senda... Si estás con mi voluntad,
venceremos juntos y seremos amigos... ¡Sí!... Te daré ese dulce
dictado que ya no quería conceder a nadie... pero... si estás con
el corazón... prepárate a luchar... ¡porque te arrollaré...! *(Quédase
en una especie de sopor, apoyado en la mesa)*.

*(Durante esta escena el tango será cantado, de forma que, aunque
no se deje de oír, no impedirá al público que escuche lo que dice
Arturo. Se ha de procurar que el tango termine a un tiempo con lo
dicho por Arturo)*.

*(Suenan grandes aplausos en el salón y vivas. Entran en escena
Ernesto, Julián, Felipe, Lorenzo y mujeres)*.

ESCENA VIII

ERNESTO. FELIPE. LORENZO.

JULIÁN. ARTURO.

ERNESTO: ¡Chico! ¡La caraba! Ha estado piramidal “La Madrileña”
esa ¿no?

FELIPE: ¡Qué cuerpo!

LORENZO: ¡¡Qué brazos!!

ERNESTO: Que... que... (*Haciendo ademán*).

FELIPE: Nada, no sigas... Te comprendemos.

JULIÁN: ¡Callad!, que esa es Mercedes.

ALGUNOS: La de... (*Señalando a Arturo*).

JULIÁN: ¡Bah! ¿Por qué vais a callar? Ya esa es tan mía como
vuestra.

ERNESTO: Pero...

ARTURO: No hay pero que valga. Ya esa para mí es igual que todas
éstas que veis aquí... con la diferencia de que éstas han sido
siempre así... y no han pretendido pasar por otra cosa...

ERNESTO: No, Arturo, ésa no es igual...

ARTURO: (*Con ironía*). Acaso el señor...

ERNESTO: Ya sé lo que me vas a decir; que pretendo defenderla,
¿verdad? Pues te has engañado. Esa joven no me importa un
comino...

JULIÁN: (*Llamando*). ¡Mozo! ¡Mozo!

VOZ: (*Dentro*). ¿Quién va?

JULIÁN: Seis botellas de manzanilla.

VOZ: Va enseguida.

ERNESTO: Lo que puedo manifestarte como perito en esa clase de manjares, es que esa si no es honrada, merece serlo.

ARTURO: ¡Bah! ¿Es que pretendes conocerla en un día, mejor que yo en seis meses?

ERNESTO: No, hijo mío. Las mujeres de este gremio tienen un no sé qué, que ella no tiene.

ARTURO: ¿Sabes lo que me contestó cierto señor hablando sobre este asunto?

ERNESTO: Alguna tontería.

ARTURO: No; me dijo una verdad tan grande como un templo. Aunque la intención al hacerlo no es la misma que te guía en estos instantes, no; sino la de birlarme la mujer.

ERNESTO: ¿Qué te dijo?

ARTURO: Pues que no me fiara de ellas, porque son consumadas artistas...

ERNESTO: Quizá tengas razón. *(Aparte)*. ¡Este Arturo es un filósofo!

JULIÁN: *(Que se ha acercado a la puerta y recogido las botellas que traía el mozo)*. ¡Señores, a divertirnos; corra la manzanilla!

TODOS: ¡A beber! ¡¡A gozar!!

JULIÁN: ¡Viva la alegría!

TODOS: ¡Viva!

ESCENA IX

DICHOS. MERCEDES.

(Mercedes entrando por la puerta de la izquierda. Al intentar salir por la del fondo se la interpone Arturo).

ARTURO: *(Irónica)*. Señora...

MERCEDES: ¿Tiene usted la bondad...?

ARTURO: ¿A dónde va usted?

MERCEDES: Me parece, señor, que usted que me expulsó de su casa para no saber jamás de mí, no debe preocuparse por ignorar adonde vaya ahora.

ARTURO: Pues sí, señora; no puedo permitir que salga usted de aquí con el frío que hace. Se podría costipar y da lástima...

MERCEDES: No puedo seguir hablando con usted. ¿Quiere dejarme pasar?

ARTURO: ¿A la calle? ¡Bah, mujer! ¡Está usted loca! Aquí con los amigos... ¡A gozar!

MERCEDES: *(Indignada)*. ¿Qué dice usted?

ARTURO: Que sería una injusticia el permitir que usted se aburra soberanamente mientras nosotros estamos de alegría.

MERCEDES: ¡Déjeme usted salir!

ARTURO: ¿Qué te deje salir? ¿No me estuviste haciendo traición durante tanto tiempo? También se la puedes hacer a él durante unos minutos...

MERCEDES: ¡No injurie usted a su amigo; al único que lo ha querido a usted de veras en el mundo!

ARTURO: Tiene gracia, uno que me quiere y me engaña con mi...
ja, ja, ja... No está mal. ¡Anda! Señores ¿no querríais divertir os?
Pues ahí os entrego a una que os hará pasar el rato bastante
agradable. Os la regalo yo, ¿sabéis? Me parece que tengo algún
derecho sobre ella...

TODOS: (*Menos Ernesto*). ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva la alegría!

ARTURO: Señores: vosotros como abogados que seréis en no lejano
tiempo sabéis que nuestro código penal en su artículo 428 dice: "El
marido que sorprendiendo en delito de adulterio a su mujer...
matase a ésta o al adúltero, será castigado con la pena de
destierro". Es decir: Una evasiva del Código para no dejar impune
una muerte, casi la autoriza, ¿verdad? Pues bien, aunque ésta,
a Dios gracias, no era mi esposa, se encontraba en mí casa con
las mismas atribuciones; yo por lo tanto, haciendo uso de mi
derecho, la condeno a una pequeña pena: que baile delante de
nosotros y encima de la mesa con los vestidos más ligeros
posibles... ¿Aprobado?

TODOS: ¡Aprobado!

MERCEDES: ¡Matadme, Dios mío, antes de que sufra tanta
vergüenza!

ARTURO: Ven, querida mía, ¿quieres subir?

MERCEDES: ¡Sois unos miserables!

ARTURO: Mira, hermosa, que estamos dispuestos a usar la violencia.

MERCEDES: ¡Cobarde! ¿Os atrevéis con una indefensa mujer...?

ARTURO. ¡Ya lo creo! Compañeros. ¿Estáis dispuestos?

MERCEDES: (*Aparte*). Dios mío, y que sea él, el hombre que
adoro quien me humille de esta manera...

ARTURO: ¡Vamos señores! (*A ella*). Rica, por última vez ¿subes?
¿No respondes? Pues ¡a ella!

*Todos menos Ernesto la agarran y si bien ella forcejea, al fin la
dominan colocándola de pie sobre la mesa.*

ALGUNOS: ¡Música! ¡Música!

ARTURO: Señores: antes de comenzar el simpático baile con que Mercedes ha tenido a bien festejarnos, he de manifestar que mi sentencia para el adulterio es idéntica a la impuesta a la mujer. Para él que se cree tan valiente, será un bofetón admirable ponerlo en ridículo. ¿Estamos?

JULIAN. ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Hacer bailar a Raúl!

TODOS: ¡Si, si, hacerlo bailar, hacerlo bailar!

ESCENA X

DICHOS. RAÚL.

RAÚL: *(Entrando bruscamente)*. ¿Y quién de vosotros es el valiente que se atreve a hacerlo?

TODOS: *(Espantados)*. ¡Raúl...!

RAÚL: Sí, yo, Raúl. ¿Por qué tembláis? ¿No me queráis hacer bailar? Pues aquí estoy a vuestra disposición: Subidme a la mesa. Pero os advierto que soy bastante más pesado que esta honrada mujer con quien habéis tenido la cobardía de usar la violencia. *(Da la mano a Mercedes y la baja)*.

ARTURO: ¿Honrada, eh...?

RAÚL: ¡Qué! ¿Se atreve usted a ponerlo en duda?

ARTURO: Hombre... yo... juzgo lo que ven mis ojos...

RAÚL: No siempre ven los ojos la verdad y menos cuando se está

asquerosamente borracho como lo está usted en este momento.

ARTURO: ¿Qué dice usted...?

RAÚL: Lo que he dicho. Y le aconsejo que deponga delante de mí ese aire provocativo y fanfarrón porque siempre no se está en disposición de recibir una bofetada como la que usted me dio... una vez. Podría haberle matado, tal era mi deber ante la dignidad ofendida y no lo hice porque le he querido como no debí hacerlo a quién como usted nada merece, a quién como usted ha dado tan fácilmente paso en su corazón a la idea de que le eran infieles un ángel y un hermano. Esa mujer, ¿sabes?, esa mujer que ahí ves ha sido una mártir del cariño que puso en ti...

ALGUNOS: (*Conciliadores*). Señores...

ARTURO: (*Riendo*). ¡Bah! Una mártir sin honor y sin conciencia... Seguramente que la canonizan...

RAÚL: (*Indignado*). Mira... Tú has tenido una madre: una madre angelical. ¿No es cierto?, yo también la conocí. Te juro por mi vida que tu madre no fue nunca más pura que Mercedes después de su desgracia...

ARTURO: Esa afrenta...

RAÚL: No existe porque es la verdad. Mercedes vive en mi casa, ¿sabes?, y yo lejos de ella. ¿Comprendes tú lo que quiero decir? ¿Puedes suponer que yo ponga al lado de mi madre a una mujer impúdica? ¿O es que dudas de mi madre?

ARTURO: Todo puede ser...

RAÚL: ¿Qué dices...? ¡Miserable...! Hasta ese punto podía llegar tu infamia! Señores, venid todos. ¿Habéis oído? Este que veis aquí, ha arrojado sobre el honor de mi madre la más horrorosa de las calumnias... ¿Hay alguien que tome su defensa...? ¡Qué salga! ¡Cómo! ¿Nadie se mueve? ¿Será posible? ¿No erais vosotros los que me ibais a poner en ridículo? ¡Cobardes!

ARTURO: No es necesario que nadie se mueva, me basto y me sobro

para defenderme...

RAÚL: Sí... eso es, muy bien, tú, tú mismo. ¡Ven miserable que voy a arrancarte el alma!

MERCEDES: (*Aparte a Raúl*). ¿Qué vas a hacer? ¿A mi Arturo? ¿No lo querías tanto?

RAÚL: (*Pasándose la mano por la frente*). Si, tienes razón. ¿Qué iba a hacer?

ARTURO: Qué, señor valentón. ¿Se decide usted?

RAÚL: No, ¡imposible!

ARTURO: ¿Cómo? ¿Entonces?

RAÚL: Con todos menos contigo...

ARTURO: ¿Sabes que además de infame eres cobarde...?

RAÚL: ¡Yo ...! ¿Qué dices?

ARTURO: Que después de desafiarme con aire farruco has eludido el duelo.

RAÚL: (*Resuelto*). ¡Sí, sí, vamos! (*Conteniéndose*). Digo, no ¡nunca!

ARTURO: Yo tengo que matarte como sea ¿sabes? Con la espada de caballero o con el puñal del asesino. Elige, pues.

RAÚL: Tú serás todo, Arturo, menos asesino.

ARTURO. (*Con risa siniestra*). ¿Estás seguro? ¡Mira! (*Saca un puñal*). ¿Ves esta punta de acero? Pues se está deshaciendo por beber sangra miserable.

RAÚL: ¡Arturo!

ARTURO: ¡Por última vez!, ¿te bates?

RAÚL: Contigo, ¡nunca!

ARTURO: ¿Esas es tu última palabra? Pues bien ¡toma!, esta es la mía. (*Le hiere*).

RAÚL: (*Arrebatándole el arma*). ¿Qué has hecho... desgraciado? ¿Cómo has querido marchar hacia tu perdición...! ¡Infeliz...! Me has matado... porque no quería matarte yo... ¡Pobre Arturo...! ¡Estás loco...! ¡Te perdono...! (*Cae*).

ARTURO: (*Horrorizado*). ¿Qué he hecho? ¿Sangre...? ¡Sangre!
¡Asesino! ¡Socorro! ¡¡Socorro!!
TODOS: (*Van hacia Raúl*). ¡¡Socorro!!

ESCENA XI

DICHOS. POLICÍAS. MÉDICO.

POLICÍA 1º: ¿Qué ha sucedido?
POLICÍA 2º: ¡Jesús! ¡Un hombre muerto!
POLICÍA 1º: No, herido solamente.
POLICÍA 2º: ¡Pronto! ¡Un médico. (*Salen varios*).
POLICÍA 1º: ¡Cerrad las puertas! ¿Quién es el asesino? ¿Que quién es el asesino, repito?
POLICÍA 2º: Mirad, éste tiene sangre en las manos... (*Por Arturo*). ¡Detenedlo! (*Policía 1º lo esposas. Se inicia el mutis*).
DOCTOR: (*Entrando*). Me han dicho... ¿Quién es el herido? (*Viendo a Raúl*). ¡Ah! (*Corre hacia él y examinándolo*). Traed vendajes, pero aprisa, que se nos va a ir en sangre.
POLICÍA 1º: Ya va. Doctor, aquí le dejamos. Vamos en busca del botiquín y del Juzgado. (*A Arturo*). ¡Adelante!
MERCEDES: (*Desesperada*). ¡Cómo...! Me lo llevan... a él... Mi pobre Arturo... Preso... Y quizá para siempre... y por ti... Por tu causa... ¡Maldito seas! (*Sale*).
RAÚL: ¡Todos! ¡Todos me abandonan! Aún ella... ¡jella!... A quién

pretendí hacer feliz... procurando demostrar su inocencia... Aún ella... A quién defendí. ¡Qué sarcasmo! Solo, solo... ¡Qué ingratitud!. Mas no, ¡solo no!... La muerte... ésa. ¡Ésa es la única que me quiere! *(Llora)*.

DOCTOR: Ni aún esa, hijo mío. Ni aún esa, porque vivirás, ¡te lo aseguro!

(Telón rápido)

ACTO TERCERO

ESCENA I

ERNESTO. ARTURO. JULIÁN. PELAO. FELIPE.
LORENZO. MIMI. NENA. LOLA.

Al levantarse el telón aparece en escena un merendero que se supone situado en La Bombilla. Gran animación. Ernesto, Felipe, Julián, Lorenzo y estudiantes, menos Arturo, bailan al compás de un organillo, con Mimi, Nena, Lola, Magda y chicas. Muchas voces y gritos de rigor. Mozas que van y vienen, etc, etc.

VOZ: Maldita sea la...

IDEM MUJER: Me han pisao...

IDEM HOMBRE: Y a mí también.

VOZ: ¡Caracoles! ¿Quién será el bruto ese que casi me hunde la séptima costilla?

VOZ: Si no se pué bailar.

VOCES: ¡Qué se calle!

VOCES: ¡Afuera! ¡Afuera

ERNESTO: *(Por Arturo)*. Arturo, ¿tú qué haces?

ARTURO: Estoy bien...

VOZ: ¿A ver se va a un baile?

VOCES: ¡Que se callen!

VOCES: ¡Afuera ese!

JULIÁN: *(Al del organillo)*. Oye tú, "Pelao".

PELAO: ¿Qué quíé usted?

JULIÁN: A ver si me tocas el organillo con más fuerza, porque no se oye una "palabra".

VOCES: *(Riendo)*. Ja, ja.

ALGUNOS: ¡Indecente!

OTROS: ¡A la cloaca con esel.

PELAO: ¡Ea! Ya no se toca más. *(Para el organillo)*.

FELIPE: Anda, dale al manubrio.

PELAO: Te digo que no se toca, ¡y se acabó!

LORENZO: Pero hombre...

PELAO: ¡Que no y que no! Me están desprestigiando a mí y al
distrumento. *(Van pasando algunas parejas y retirándose por la
puerta del jardín. Otras toman asiento)*.

FELIPE: *(Al Pelao que también se marcha)*. ¡Pelao!

PELAO: ¿Qué quié el señor?

FELIPE: Ven acá.

PELAO: Con ustedes no se va a ninguna parte.

LORENZO: Que vengas acá hombre.

PELAO: ¡A la porra!

VOCES: ¿Qué dice?

FELIPE: ¡Silencio! Pelao, ¿te gusta la manzanilla?

PELAO: ¿Y a usted que limporta?

MIMI: Anda, no seas terco hombre.

PELAO. ¿Qué desean?

MIMI: Que vengas acá...

PELAO: ¿Usted lo quiere?

MIMI. NENA: Ya lo creo.

PELAO: Pue entonces no hay má que hablá. *(Se acerca)*.

TODOS: ¡Bravo! ¡Bravo!

PELAO: Es que a mí como una mujer me pida una cosa, se la doy,
aunque sea el organillo, que es lo más que quiero en el mundo.

VARIOS: ¡Viva el Pelao!

PELAO: Gracias, señores.

JULIÁN: Hombre ¿por qué no querías venir a beber con nosotros?

PELAO: Porque no me gusta rozarme con traidores.

VOCES: ¡Ola!

PELAO: Sí, señores, ustedes han cometido un delito de lesa patria...

LORENZO: ¡Caracoles! ¿Y por qué, si se puede saber?

PELAO: ¡Ya lo creo!

MIMI: Pues di...

PELAO: Vamos a ve... ¿Qué hacían ustedes mientras yo tocaba el organillo?

VARIOS: ¡Bailar!

PELAO: No, no era eso.

NENA: ¿Pues... qué?

PELAO: Gritar, jurar, blasfemar, pisar, cantar...

LOLA: Déjate de enumerar más verbos de la primera conjugación.

VOCES: ¡Schsss! ¡Schsss! ¡Silencio!

NENA: Prosigue.

PELAO: Quedamos en que ustees hacían, como dice ésta, versos de la primera concepción.

VOCES: (*Riendo*). Ja, ja, ja.

LOLA: No interrumpen.

PELAO: Pues bien. ¿Qué es lo que tocaba el organillo?

MIMI: Un schotis.

PELAO: ¿Y qué es un schotis?

NENA: El baile más chulo y cadencioso del mundo entero.

VOZ: ¡Viva el schotis!

TODOS: ¡Viva!

PELAO: (*A Nena*). To eso está mu bien, pero ¿no e má que eso?

LORENZO: Que nosotros sepamos...

PELAO: Se lo voy a decir. El schotis (*Descubriéndose*) es el himno de Lavapiés...

TODOS: Bien.

PELAO: Lavapiés es la capital de España...

TODOS: ¡Olé! ¡Bravo!

PELAO: Y España es la capital de Madrid...

TODOS: ¡Olé! ¡Olé! ¡Requetebien! ¡Bravo! ¡Muy bien!

PELAO: Por lo tanto el schotis, es el himno de Madrid...

TODOS: ¡Sublime! ¡Hermoso!

PELAO: ... El que ofende al schotis, ofende a Madrid. ¿No es eso?

TODOS: ¡Bravo!

PELAO: El que ofende a Madrid, ofende a España.

TODOS: ¡Muy bien!

PELAO: El que ofende a España, ofende a Lavapiés.

TODOS: ¡Enorme! ¡Despampanante!

PELAO. Y el que ofende a Lavapiés, me ofende a mí...

VOCES: ¡Viva la Lógica!

TODOS: ¡Viva!

MIMI: Señores... señores.

ALGUNOS: Que se calle esa...

MIMI: Voy a hablar...

ALGUNOS: ¡Fuera, fuera!

MIMI: ... Del Pelao.

ALGUNOS: Silencio. Va a hablar del Pelao.

OTROS: ¡schsss! ¡schsss!

MIMI: *(Sobre una silla)*. Señores...

TODOS: ¡Schss!

MIMI: Propongo que dado el patriotismo del amigo el Pelao...

VOCES: ¡Pelao! ¡Viva!

MIMI: Silencio. Propongo, digo, que dado el patriotismo del Pelao, demostrado con las frases que ante tan selecta concurrencia pronunció, se le conceda la condecoración más grande entre nosotros, o sea, el tapón de corcho de una botella de champagne...

VOZ: ¡Que se le imponga!

PELAO: *(Encarándose con él)*. A mí no se me impone nadie.

¿Sabusté?

VOCES: Concedido.

MIMI: Prosigo...

VOCES: Silencio que prosigue...

MIMI: Propongo también se le conceda el título, de mejor tocador de organillo del mundo.

PELAO: Eso es mucho...

NENA: Para ti nada es bastante.

MIMI: ¿Aceptado?

TODOS: Aceptado.

MIMI: Y por último, homenajearle con un banquete...

VOCES: ¡Bien! ¡Un banquete!

MIMI: Pero un banquete monstruo, fenomenal...

UNO: ¡Un banquetazo!

OTRO: Eso es. Hay que darle un banquetazo...

PELAO: *(Abrochándose la chaqueta)*. ¿Dónde está el guapo ese?

VOCES: Por ahora pasemos al jardín pa convidarle a manzanilla...

VOCES: Vámonos. *(Salen todos menos Arturo, Julián, Ernesto, Felipe y Lorenzo)*.

ESCENA II

LORENZO. FELIPE. JULIÁN.
ERNESTO. ARTURO.

LORENZO: ¡Vaya escándalo!

FELIPE: ¡Qué barbaridad! Estoy medio loco.

JULIÁN: Todo sea por la alegría, porque divertirnos sí que nos hemos divertido.

ERNESTO: Figúrate. Celebramos lo bien que hemos salido de nuestros exámenes. ¡Todos abogados!

¡Quién lo creyera! Y luego, este merendero de La Bombilla, en el que todo es perpetuo regocijo... Y junto al Manzanares, arroyo aprendiz de río, que dijo cierto poeta, a cuyas orillas se han celebrado duelos en tiempos pasados. Para nosotros, verdaderos románticos a lo Espronceda, es un motivo más para que nuestros corazones salten de regocijo, al respirar este aire... ¡Oh, el Manzanares! ¡Cuántas honras vilipendiadas han sido vengadas en sus márgenes con las puntas de los aceros! ¡Esto sí que es alegría!

ARTURO: ¿Y le llamáis a eso diversión?

ERNESTO: ¡Claro! Como tú no bebes, ni bajas, ni haces nada, no sé como te vas a alegrar. Para eso es mejor no salir de casa. Siempre has de estar con tus ridículas sensiblerías.

JULIÁN: Es muy cierto lo que dice Ernesto. Aquí hemos venido a

divertirnos...y no hay derecho a que todos nosotros nos alegremos y tú vengas a ser la nota discordante, con tu melancolía. ¡Ea! Fuera preocupaciones, ¡y a alegrarnos!

ARTURO: No, si no estoy triste... Tan solo me preocupa la tardanza de Roberto...

ERNESTO: *(Aparte)*. ¡Roberto! ¡Siempre Roberto! *(Alto)*. Pues no hay por qué preocuparse. Si él no ha venido aún, sus razones tendrá, sin duda.

ARTURO: Pero es extraño. Me prometió estar aquí a las cuatro y ya son cerca de las cinco...

ERNESTO: Ni que se fuera a perder...

ARTURO: No. Pero encuentro esto... Aquel acento extraño con que me prometió una sorpresa... En fin, veremos. Esperadme, en lo que doy una vueltecita, a ver si lo veo.

JULIÁN: Aquí te esperamos.

ARTURO: Hasta luego. *(Sale)*.

ESCENA III

LORENZO. FELIPE. JULIÁN.
ERNESTO.

ERNESTO: ¿Eh? ¿Qué os parece? *(Todos callan)*. ¿Admirable, no? ¡A buscar a Roberto! Bien, hombre, bien.

FELIPE: En verdad que Arturo está que no se le conoce. Parece la

sombra de lo que fue.

LORENZO: Yo creo que se ha convertido en místico. Todo se le va en suspirar y hacer aspavientos. A veces lo he encontrado mirando para cualquier cosa, pero tan fijemente, que se me ha figurado sumido en éxtasis... Y lo más particular del caso es que ya casi no bebe. Al principio, antes de que Raúl resultase herido, bebía como una cuba, hoy, después de que salió absuelto, apenas prueba algo y eso, tras grandes esfuerzos...

ERNESTO: ¡Valiente absolución! En verdad, yo no sé qué pensar de Raúl. A veces lo he creído un taimado, otras un santo, porque... ¡Y no hay más que decir! Es muy bella, pero contradictoria (como la opinión que de él teníamos formada) que Raúl, para salvar a Arturo, se haya pasado como que él mismo se hirió de forma inconsciente... Yo os lo digo francamente, estoy desconcertado ante este gesto, porque es hermoso, ¡vive Dios!

JULIÁN: Y lo más extraño del caso, es que Arturo ignora como Raúl lo salvó. El se ha tragado la explicación que nosotros, bajo las indicaciones de Roberto, le hemos dado.

FELIPE: ¡Cuando os digo que Arturo es lo más bonachón y cándido que hay!, es deber, que hacerle creer que él no apuñaló a Raúl sino que éste haciendo un movimiento se hirió... y él tragárselo como artículo de fe...

LORENZO: Te equivocas, Felipe. Convencido no quedó en un principio. Trabajillo nos costó puesto que juraba y perjuraba que fue él en un acceso de locura, hirió a Raúl justificándolo con su ingreso en la cárcel.

JULIÁN: Sí, pero al fin lo convenció Roberto. ¡Cuidado que ese tipo tiene astucia!. Aún me parece ver cuando Arturo protestaba, la habilidad que desplegó a fin de disipar sus últimos escrúpulos. Había que ver cómo se valió de la borrachera de Arturo para demostrarle que debido a ella “veía mosquitos en el horizonte”. Y

en cuanto a que por qué lo llevaron a la cárcel, insinuarle que él, por su misma "curda", había dicho que era el asesino...

FELIPE: Lo que yo no me explico es qué juego se trae entre manos Roberto. Sabemos todos que Arturo fue quién hirió a Raúl... y que si nosotros nos prestamos a declarar de otro modo, fue porque el mismo Raúl así nos lo pidió.

LORENZO: Hermoso rasgo, ¡a fe mía!

ERNESTO: Hay que convenir, en que nos hemos portado como villanos al servir de juguetes de Roberto. Debimos haberle dicho a Arturo la verdad de lo sucedido.... ¿Qué interés tendrá en que no se entere Arturo de como Raúl lo salvó? Y para colmo, ahora no hay más amigo para Arturo que Roberto. ¡Nada! Esto es una monstruosidad. ¡Mira que uno hacer una buena acción y otro aprovecharse de ella...! ¡Cuando yo os digo que hemos sido unos cobardes favoreciendo los planes de ése!

JULIÁN: Calla, Ernesto, ten en cuenta que Roberto es un enemigo temible...

ERNESTO: ¿Temible? ¿Y porque sea temible se ha de atropellar así, impunemente, una buena acción?

JULIÁN: Ten paciencia. Ya veremos el modo de salir airosos de este atolladero. Por de pronto, dejemos seguir las cosas por su propio cauce...

ERNESTO: Oye, ¿tú sabes con qué idea -valiéndose de sus artimañas- ha conseguido que Mercedes prometa venir a nuestra bacanal?

JULIÁN: No me explico... No me explico.

ERNESTO: Pues yo sí. Parece que hay una historia de cartas... En total, un lío, armado con la intención de desprestigiar y denigrar a Mercedes, que en un tiempo parece ser que fue su querida y que ahora se niega a dirigirle la palabra...

LORENZO: Una vergüenza en toda regla.

ERNESTO: Di mejor, una infamia.

JULIÁN: A lo mejor es para que hagan las paces...

ERNESTO: Sí. Fíate de eso...

ESCENA IV

DICHOS. ARTURO.

JULIÁN: ¡Qué! ¿No aparece ninguno?

ARTURO: (*Entrando*). ¿No aparece ninguno? Pues ¿esperabais a otro además de a Roberto?

JULIÁN: (*Aparte*). Chitón, que no se entere. (*Alto*). Ha sido un error, Arturo... Quería decir si no aparecía todavía Roberto... Es extraño que no haya venido aún.

ARTURO: Como extraño sí lo es, ¡ya lo creo! Me aseguré que estaría aquí temprano. Temo que haya tenido algún percance mi buen amigo.

ERNESTO: (*Al grupo anterior*). ¡Su amigo! ¡Su buen amigo! ¡Infeliz! Y sin saber que le está engañando. (*Exaltándose*). ¡Vive Dios! ¡Yo no puedo consentir ésto! (*Levantándose*).

JULIÁN: (*Agarrándolo y haciéndolo sentar*). ¡Por Dios, Ernesto. Ten serenidad, que nos vas a comprometer!

ERNESTO: ¡Que eso no lo puedo consentir, majadero! Que no lo puedo consentir. ¡Esto ya es demasiado!

ARTURO: ¿Qué dice Ernesto?

JULIÁN: (*Tapándole la boca tras grandes esfuerzos*). Nada, dice que

ha hecho muy mal Roberto en no haber llegado aún... Sabiendo que le esperamos...

ARTURO: Parece Julián, que algo más ha dicho. Si no ¿por qué le violentáis?

ERNESTO: (*Desprendiéndose de Julián*). Tienes razón, hay mucho que decir. (*A una indicación de Julián*). ¡Vaya! Se acabaron las cobardías. Si vosotros queréis seguir siéndolo, allá con vuestras conciencias. Yo no. Y por lo mismo, me quito este peso de encima. (*A Arturo*). ¡Arturo!. Escucha. Tengo que hablarte.

JULIÁN. FELIPE. LORENZO: ¡Dios! ¿Qué vas a hacer?

ERNESTO: ¡A desenmascararlo! ¡Arturo! (*En este momento entra en escena precipitadamente un leñador*).

ESCENA V

DICHOS. LEÑADOR.

LEÑADOR: ¡Qué desgracia, señores! ¡Qué desgracia tan grande!

TODOS: (*Sorprendidos*). ¿Desgracia...?

LEÑADOR: ¡Oh, sí, muy grande...! ¡Qué carreras! ¡Qué apuros! (*Secándose el sudor*). Déjeme un momento que coja aliento pa contarles. He corrido más que un artimóvil... ¡Oh! ¡Quién lo creyera!

LORENZO: Venga esa noticia de una vez, hombre, y no nos impaciente...

LEÑADOR: Tenga paciencia pa explicarme. Ustedes sabrán como mi oficio es el de irme a las encinas con las bestias, comprar leña, pa luego revenderla por esos villorrios de Dios...

FELIPE: ¡Nosotros que vamos a saber!

LEÑADOR: Pues deben saberlo...

ARTURO: ¡Abreviemos!

LEÑADOR: ¡Así no má e!. Yendo a darle de abreviar a las bestias, porque los animalitos estaban mu sedientos y el Manzanares, como dice el cantar... ¿Ustedes no saben el cantar ese?

LORENZO: ¿Quieres hablar o no?

LEÑADOR: Un momento. Dice el cantar: (*Canturreando*).

Manzanares, Manzanares,
tan poquita agua que tienes
y no la niegas a naide...

Aunque hay otros...

ERNESTO: Bueno. Pero... ¿tú has venido aquí a enseñarnos cantares o a qué...?

LEÑADOR: Tié usted razón. Los malos tragos pasarlos pronto. Por eso yo cuando tomo aguardiente en ca Modestu, el catalán, que es er tío má bruto de too el continente de Madri...

FELIPE: ¿Pero es que quieres tomarnos el pelo?

LEÑADOR: Yo no tomo cabello de demonios sino er de ángel.

ERNESTO: ¿Eso es todo lo que tenías que decirnos?

LEÑADOR: ¿Ca? Si estu es er plórogo, como icken la gente leía. Ahora viene lo bueno, mejor dichu, lo malo. Como les iba iciendo, al llevar a beber a mis bestias, al Manzanares, veu a unos señoritus que en atitud ná tranquila se juerun a un terraplen que allí mesmo. Yo seguielos viendu si quitarles el ojo de encimba, y vide como sacaban las espaas y empezaron golpe pa lla, (*Accionando*) golpe pa ca, tajo pa un lao, tajo pa otro... En fin, señoritus, y pa no cansarles mucho, les diré que, cuando me disponía a marcharme

creyendo que estaban de juego, porque allá van muchos a practicar, oígu un grito que me dejó talmente clavau en el suelu...

ALGUNOS: ¿Quiénes serán?

LEÑADOR: ... Y vide como el heriu, se llevó una mano al pechu y luego, acometió con tal furia al otro, que al poquito tiempo lo veu caer rendido al suelu...

ALGUNOS: Bueno. ¿Pero quiénes eran? ¿Sabes los nombres?

LEÑADOR: A esu iba. Sí, sé sus nombres.

ALGUNOS: Pues nada. Dilos de una vez.

LEÑADOR: Esperen a que les cuente como me llegué a enterar...

OTROS: ¡Este hombre nos va a matar de desesperación!

LEÑADOR: Tengan un tantico de paciencia. Pus como iba diciendo, me acerqué a ellos y veu a unos señores que se acercan al muerto -porque sí señoritus, esta es la desgracia, muerto estaba- que dicen: "pobre Roberto, pobre Roberto..."

TODOS: ¡¡Cómo!! ¡¡Roberto!! ¿Dices Roberto?

ARTURO: ¡Roberto! ¡Roberto Estrada, dices? Y el matador, ¿se llama Raúl? ¡¡Responde!! *(Cogiéndole violentamente por la solapa)*.

LEÑADOR: ¡Ay, señoritu! Tenga cuidao que me va a romper la ropilla.

ARTURO: ¡Contesta a lo que te he preguntado!

LEÑADOR: Peru, ¿cómo quie que contesti si me está ahogando?

ARTURO: *(Soltándolo)*. Tienes razón, ¡habla!

LEÑADOR: Pus sí, señoritus, el otro, al heriu primero, al que mató a Roberto, oí que le llamaban por Raúl...

ARTURO: ¡Raúl! ¡Raúl. ¿Conque mataste a Roberto...?

TODOS: ¡Corramos a donde está Roberto! ¡Aprisa señores! *(Dispónense a salir)*.

LEÑADOR: *(Conteniéndolos)*. Calma, calma, señores, porque al señoritu Roberto se lo llevarun sus amigos en un artimóvil pa

Madrid...

ALGUNOS: ¡Oh, qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande!

LEÑADOR: (*Saliendo*). Si yo me güelo que case me estrangulan, malditu lo que traigo la noticia. (*Vase*).

ESCENA VI

JULIÁN. ARTURO. LORENZO.

FELIPE. ERNESTO.

JULIAN: ¡Infeliz, infeliz Roberto! Nosotros divirtiéndonos, mientras tu luchabas con la agonía!

ARTURO: Compañeros. Por tratarse de la muerte de un amigo tan querido como Roberto, propongo que no debemos por más tiempo, continuar aquí...

ALGUNOS: Dí, di lo que debemos hacer...

ARTURO: Yo creo lo más acertado, volvemos a Madrid y ofrecer, al mismo tiempo que un testigo irrecusable de amistad, una prueba de desagravio a nuestro difunto amigo... ¡Sí!, sí señores: el matador, el asesino de Roberto, ese miserable de Raúl, debe morir, sus días es preciso que estén contados. Tened en cuenta, que si ninguno de vosotros os atrevéis... yo estoy dispuesto a ir a la cárcel nuevamente... porque... ¡escuchad lo que os digo!... que he de matar a Raúl. Pues si una vez, indebidamente, sin haber sido culpable, visité la cárcel... ahora, si ese vil de Raúl no se decide a batirse conmigo, juro por mi honor que... ¡entendedlo bien!... de

cualquier forma, mataré a ese bandido... vengando con su muerte la del amigo Roberto... ¡Vámonos señores!
Al salir, conteniéndoles la súbita presencia de Raúl.

ESCENA VII

DICHOS. RAÚL. MERCEDES.

TODOS: ¡¡Cielos!! ¡¡Raúl!!

RAÚL: *(Entrando y apoyándose en las paredes, viene malherido).*

Arturo... señores... escuchadme todos... *(A Arturo)*. Arturo... cuento con pocos instantes de vida... Sé que has jurado matarme como... a un bandido... sí... te lo he oído decir. Has decretado mi muerte... y además... has hecho un juramento... Bien... hermano mío... los juramentos... cuando se invoca la dignidad... deben cumplirse... porque si no... no se es caballero...; pero...

ARTURO: ¡Habla, habla por favor, de una vez!

RAÚL: Yo... digo, tú... aquel día... ¡la cárcel! ¡Ay, ay!, no puedo hablar... me ahogo... ¡Ayudadme! *(Ayúdanle a sostenerse Felipe y Lorenzo)*.

ARTURO: ¿Qué me quieres decir...?

RAÚL: Que tú... tú... ¡Dios mío, me muero! ¡Dejadme terminar!
¡Quiero decirlo todo! Tú... Arturo... ¡Oh Dios! ¡No puedo hablar...!

ARTURO: Por favor Raúl, haz un esfuerzo y explícate. ¿Qué me quieres decir con tus cortantes insinuaciones?

ERNESTO: ¡Infeliz! ¿Que qué te quiere decir? Yo te lo diré por él.
(*Raúl pretende contenerlo*). No ¡Hablaré, vive Dios! (*A Arturo*).
Recuerdas que antes, la llegada del leñador interrumpió una
explicación que te había ofrecido? ¡Pues bien! ¡Sábelo de una
vez! (*Raúl pretende nuevamente contenerlo*). Este, ese, aquel
(*Por Julián, Felipe y Lorenzo respectivamente*) y yo, nos hemos
portado contigo y con éste (*Por Raúl*)... ¡Entiéndelo bien!... Como
unos miserables...

JULIÁN. LORENZO. FELIPE: ¡Ernesto! ¡Ernesto!

RAÚL: ¡Calla!

ERNESTO: ¡No callaré! Alguna vez en mi vida he de tener corazón...
¡Sí! ¡Cómo unos miserables!

TODOS: ¡Ernesto!

ERNESTO: ¡Sí! Porque nosotros, que fuimos testigos de como tú,
Arturo, heristeis a Raúl...

ARTURO: ¿Que herí yo a Raúl? ¡Gran Dios!

ERNESTO: ... hemos de tal forma cambiado el caso, ante la presión
de Roberto, que no te hemos dicho como Raúl, ese a quien tanto
maldices, te salvó de la cárcel...

ARTURO: ¿Qué me salvó de la cárcel Raúl...?

ERNESTO: ... Presentándose con todos los testigos en el Juzgado
y demostrando, como tú no le habías herido, sino que
inconscientemente, se hirió él mismo...

ARTURO: ¿Eso hizo...?

ERNESTO: ... y nosotros, cobardemente, fuimos unos juguetes de
Roberto, por no haberte dicho la verdad, sino la mistificación que
compuso ése, a quien tú, erroneamente denominas "tú único
amigo".

MERCEDES: (*Entrando apresurada*). ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que
sucede?

ARTURO: ¡Cielos! ¡Mercedes! ¡Mercedes aquí! ¡Oh! Esto es volverme

loco...? ¿Son fantasmas que sueña mi perturbado espíritu? ¿Pero es posible? ¡Oh! ¡Mi cabeza da vueltas, se va a hacer pedazos! ¡Dios! ¿Qué es lo que pretendes de mí? Roberto muerto, Raúl moribundo... Yo considerando amigo a Roberto y él haciéndome traición... Maldiciendo a Raúl y él salvando mi vida y mi honor... Amigos que me traicionan, enemigos que me salvan y... para terminar ¡Mercedes junto a mí! ¿Pero qué es lo que sucede? ¿Ha cambiado la faz del mundo? Yo me vuelvo loco, ¡loco! ¡Loco! *(Varios acuden a Arturo que parece presa de un ataque).*

ESCENA VIII

RAÚL. MERCEDES. ARTURO. ERNESTO.
JULIÁN. LORENZO. FELIPE.

RAÚL: Oye... óyeme Arturo... No quería hablar... pero otro lo ha hecho por mí... por favor... un momento... Mercedes... Arturo... Tú me has tenido por un mal amigo... sólo Aquel... *(Señalando al cielo)* sabe que no lo he sido... Poned atención... porque voy a morir... y un moribundo jamás miente... ¡Arturo! Mercedes es pura... Hazla nuevamente tuya porque ambos os queréis y... no te arrepientas... No te digo más... porque tengo que ahorrar tiempo... Sí, sí... Hazla tuya porque ambos os queréis y... y porque merecís ser dichosos...

MERCEDES: *(No pudiéndose contener se postra ante Raúl)*. ¿Y tú...? ¡Tú también porque has sido un santo...!

RAÚL: Yo... *(Sonriendo tristemente)*. Yo... debo morir... Mi sacrificio ha sido preciso... para que vosotros fueseis felices... Para que tú, Arturo, me creyese inocente...

ARTURO: *(Emocionadísimo)*. ¡No, Raúl! Tú debes vivir, tú vivirás porque no tienes nada, es bien poca cosa la herida y... porque tienes un corazón de oro... ¡Un médico! ¡Voy por un médico! *(Se dispone a salir)*.

RAÚL: *(Deteniéndole)*. No... espera... No es preciso... porque ya estoy viendo... la muerte... muy cerca...

MERCEDES: *(Llorando)*. ¡Id, id por un médico! ¡Pronto, pronto! ¡Que se nos muere!

ERNESTO: ¡Descuidad! Yo voy por él...

RAÚL: No es necesario... Pero... te agradezco la voluntad... *(Sale Ernesto)*.

ESCENA IX

RAÚL. MERCEDES. FELIPE. JULIÁN.
ARTURO. LORENZO.

MERCEDES: ¡Dios mío! Y yo que te maldije cuando llevaban preso a Arturo... ¡Perdóname Raúl!

ARTURO: Y yo que te creía traidor, yo que sin piedad te herí... ¡oh!,

he sido un ingrato... El remordimiento me corroe las entrañas...
¡Soy un ser despreciable! ¡Compadéceme, perdóname Raúl...!
RAÚL: Ya no hay que hablar de eso... Yo... os perdono a todos...
(Mercedes y Arturo bésanle las manos). Gracias... gracias amigos
míos... Escuchadme... Yo... supe que Roberto ideó esta gira
para... que vinieses tú Mercedes... y denigrarte... delante de
Arturo... Pero él no contaba conmigo...
MERCEDES: (Tapándose la cara). ¡Qué horror!
ARTURO: ¡Infame!
RAÚL: Sí... sí, amigos míos. Era un infame... pero pagó con su vida
todas sus picardías... yo... os he vengado... (Entran Ernesto y
Doctor).

ESCENA X

DICHOS. ERNESTO. DOCTOR.

DOCTOR: ¡A ver! ¿Dónde está el herido? ¡Ah!. (Va hacia Raúl y
comienza a examinarlo. Todos los personajes se miran angustiados.
Levantándose). ¡Oh...!
TODOS: ¿Qué...? ¿Qué...?
DOCTOR: Que la Ciencia es nula...
ARTURO: ¡Dios mío!
MERCEDES: ¡Sálvele Doctor! ¡Por favor, sálvele! ¡No lo deje morir!
(Llorando).

DOCTOR: ¿Y qué más quisiera yo, hija mía, que salvarlo? Pero todo lo que se haga es inútil. Con la herida que ha recibido hubiera podido salvarse...

ARTURO. MERCEDES: ¿Entonces?

DOCTOR: ... Pero esa herida se ha complicado de tal forma con otra que recibió no ha mucho tiempo, que...

TODOS: (*Anhelantes*). ¿Qué...?

DOCTOR: ... Que ya no es hombre.

ARTURO: (*Desesperado*). ¡Dios mío! Y he sido yo quién le mató... Yo que fui el autor de la primera herida... Yo... el causante de la muerte del mejor de los amigos, del último mártir... ¡Sí! Del último mártir de la amistad...

RAÚL: (*Cogiéndolo a Arturo, después a Mercedes*). ¡Calla... Arturo! ¡Calla y escúchame...! Se acerca el fin de mi existencia... y estoy sintiendo como se acerca... Pero... quiero hacer de Mercedes tu mujer... ¡Jú... ramelo...

ARTURO: ¡¡Lo juro!!

RAÚL: Mercedes... Arturo... abrazaos... (*Mercedes y Arturo se abrazan*). Gracias... gracias amigos míos... Soy feliz... He sido dichoso por última vez... Muero tranquilo.

TODOS: (*Emocionados*). ¡Raúl!

RAÚL: A... a... diós... (*Muere*).

MERCEDES: (*Abrazándose a su cadáver*). ¡Raúl! ¡Raúl! ¡Oh Dios mío, ha muerto, ha muerto!

ARTURO: (*Desesperado y como loco*). ¡Sí, sí, muerto! ¡¡Dios!! ¿Qué fatalidad me persigue? ¡¡Se ha cumplido mi juramento...!! ¡¡Lo he matado yo...!!

Telón rápido

Ignacio Morán Rubio nace en San Román del Valle. Estudia Magisterio en Zamora. En 1978 se instala en Telde. El mes de Junio de ese mismo año, oposita al cuerpo de profesores de EGB, obteniendo plaza en la especialidad de Ciencias Sociales. Desde entonces ha impartido clases en los colegios León y Castillo, Obispo Pildáin y Amelia Vega.

Complementa estudios en la Universidad de Navarra y en la Universidad Nacional a Distancia. Realiza cursos de *Animación Cultural, Técnicas de Grupo, Gestión Cultural, La Prensa en la Sociedad Actual...*

Organizados por instituciones públicas y privadas.

La dinámica y la animación cultural son una constante en su trayectoria profesional.

Integrante de numerosos colectivos, es colaborador habitual en distintos medios de información y comunicación, locales y provinciales.

Director del colegio Amelia Vega desde el año 1984, abandona temporalmente el cargo para ocupar la dirección de la Casa de la Cultura de Telde en 1988.

Miembro de la Comisión Municipal de Patrimonio Histórico-Artístico, es el primer gerente del Patronato Municipal de Cultura, creado en 1989.

Además de su labor periodística, ha realizado estudios de Patrimonio Histórico, de

Etnografía, de Prensa Escolar y de Animación Cultural. Es autor del trabajo *Aprende a estudiar.*

Técnicas de estudio y del libro *Geografía Humana de Telde.*